

LA TIENDA DE LOS MUERTOS

Novela

Por: JUAN MANUEL RAMIREZ PEREZ

**Dedicada a mi hijo Luis Augusto
por su alma de artista**

*“Brotas derecha o torcida
con esa humildad que cede
sólo a la ley de la vida,
que es vivir como se puede.”*
(Las encinas)

Antonio Machado

*“Pensé que aquel plazo providencial me
alcanzaría para definir el principio del
libro, pues todavía estaba yo demasiado
biche para darme cuenta de que las
novelas no empiezan como una quiere
sino como ellas quieren”.*
(Vivir para Contarla)

Gabriel García Márquez

ADVERTENCIA DEL AUTOR

Todos los personajes que aparecen en esta novela son ficticios. Algunos episodios que figuran en ella pueden parecerse a hechos del dominio público que, sin embargo, no coinciden con los lugares ni la época en que se desarrolla el relato.

LA TIENDA DE LOS MUERTOS

(Novela)

CAPÍTULOS

I. ENGRACIA.....	6
II. DON TIMOLEON.....	23
III. METODIO.....	41
IV. LOS MUERTOS	57
V. ISIDRO MANUEL	75
VI. LUCHO PINZON	90
VII. EL CONEJO SOTO	108
VIII. MARTICA PERILLA.....	124
IX. SILVIA DE MORENO	138
X. EL MAGISTRADO ROMAN	154
XI. JULIETILLA BRICEÑO	168
XII. ROBERTO, EL JARDINERO	179
XIII. EL PORVENIR	193

I**ENGRACIA**

Engracia recibió la muerte de su anciano marido con resignación. Recordó que en los últimos años, cuando él se disponía a sacar las figuras del pesebre que fabricaba todos los diciembres, le oyó decir con frecuencia:

- Bueno, ésta sí es mi última Navidad.

Pero, ese diciembre, don Timoleón había mostrado una total indiferencia porque no llamó a Celiano para que le hiciera las instalaciones eléctricas; no mandó a reparar las imágenes de yeso ni repintó el telón del cielo estrellado. Fue cuando Engracia les comentó a las muchachas del servicio:

- Ahora sí se va a morir don Timoleón.

El día del entierro, un presentimiento aciago cruzó por la mente de Engracia al imaginar que una gran tragedia caería sobre su familia, pero borró esa mala idea porque, probablemente, era fruto de la tristeza que llega con la muerte.

Cuando regresaron del cementerio taparon los sillones de la sala con sábanas blancas, cerraron su puerta en señal de luto y reiniciaron las actividades de la casa con asiduos silencios. Engracia se puso al frente de todo.

Pero las cosas no iban bien: La producción de leche bajó tanto que fue difícil fabricar el queso que preparaba la sirvienta con su fórmula secreta, y las cosechas

fueron cada vez más escasas. Engracia notó un extraño comportamiento en los trabajadores de la finca, y se alarmó cuando el mayordomo de El Porvenir anunció su intención de marcharse después de tantos años de ser el empleado de confianza. Hizo memoria de la mañana en que don Timoleón, después de una larga conversación con el mayordomo, sentenció con desagrado:

- ¡Esta vaina se dañó!

- María, Rosa, alguna, vengan que el arroz se está ahumando - gritó Engracia una mañana de septiembre, varios años atrás.
- Apuren porque ya casi va a ser el entierro del compadre Isidro, alma bendita.

Eran los días en que mandaba el partido liberal al que pertenecía don Timoleón, durante la segunda presidencia de López Pumarejo, y aunque mantenía con el compadre Isidro una relación familiar, la circunstancia de que él era el cacique gobiernista e Isidro el del partido derrotado hacía que, entre ellos, existiera una rivalidad encapsulada. Por eso Engracia fue sola al cementerio.

El deceso de Isidro se había producido de repente y se decía que era un castigo de Dios por la fea costumbre que tenía de hacerse el muerto para enterarse de lo que hablarían de él cuando dejara de vivir.

- Eso es una ociosidad - le había dicho Engracia a la esposa de Isidro cuando ésta le contó los detalles de esa extravagante costumbre.- ¡Mire que con la muerte no se juega! – concluyó.

Cuando Engracia vio al bobo que servía en la casa de Isidro llorando en compañía de Isidro Manuel y Arcelia, los hijos del difunto, revivió las imágenes de una de sus pantomimas mortales.

Fue un sábado por la mañana, el día en que se hacía el mercado de la semana, cuando Isidro salió de su alcoba, se acomodó en una de las sillas del segundo piso y se arropó con su ruana de color ceniza. El amplio corredor daba sobre el patio central y desde allí se podía ver la cocina cuya construcción nunca había sido terminada y mostraba las rústicas paredes sin pañete.

Haciendo juego con dos poltronas había un gran sofá que denotaba las innumerables capas de pintura de todos los colores que había recibido en muchos años de refacciones. Dos amarillentas fotografías de los padres de Isidro, la madre con un pañolón que la cubría hasta el cuello y el padre con sombrero negro y un espeso bigote, adornaban la sala.

Su mujer le advirtió:

- Mijo, abríguese bien porque hoy amaneció haciendo mucho frío - y salió acompañada del bobo cargado de canastos.

Cuando estuvo bien seguro de que no había nadie en la casa, Isidro bajó hasta el patio para cortar unas rositas blancas del jardín que puso en un vaso, y esparció numerosos pétalos en el corredor donde se iba a sentar.

Como tendría tiempo de sobra para ejecutar la escena de muerto, decidió recostarse para esperar el regreso de su mujer. Saliendo de su modorra, sintió el chirriar de pisadas en la escalera y creyó que era el momento de iniciar la farsa.

Isidro no se percató de que se trataba del bobo que regresaba para recoger el monedero que su esposa había dejado olvidado, y que subía cuidadosamente la escalera de madera para no molestar al patrón que, desde abajo, había visto dormido.

Las pisadas eran sigilosas. Isidro, en la oscuridad de sus ojos cerrados sentía que alguien se acercaba lentamente, y era obvio que no se trataba de su mujer a quien reconocía por sus firmes pisadas. El bobo, por su parte, se sorprendió cuando llegó al rellano de la escalera y vio a Isidro rodeado de pétalos de rosas. El miedo se apoderó del fingido muerto cuando sintió un fétido olor que cruzaba su cara con un vaho caliente; y cuando el bobo trató de comprobar si su amo respiraba acercándole su mano abierta a la nariz, aquel imaginó que un ser sobrenatural pretendía llevárselo y dio un grito de pavor largo y ronco que le salió del fondo de su pecho, al tiempo que saltaba de la silla. El bobo fue presa del terror ante aquel inesperado estrépito y, al tratar de huir el uno del otro, los aterrorizados protagonistas rodaron por el suelo enredados en un nudo en medio de espantosos aullidos. Isidro, todavía desconcertado, imaginaba estar en manos de la muerte que se lo llevaba escaleras abajo y, el bobo, creyendo muerto a su patrón, suponía que el cadáver lo arrastraba hasta el fondo del infierno.

Largos días estuvo Isidro adolorido por los golpes que recibió, y durante semanas conservó unos grandes moretones en la espalda que lo delataron ante su mujer. Engracia creyó entender que a eso se refería la viuda cuando, al terminar el entierro, le dijo:

- El pobre Isidro sí que sintió su muerte.

Un domingo por la mañana, un vecino fue a avisar a Engracia que varios políticos de la capital del departamento querían visitarla.

-¡Claro! -dijo ella cuando pesaba el queso de mano- ¡Que vengan para cantarles la verdad!

-Buenos días -dijo un hombre joven en la entrada, al paso que atravesaba el transportón con un grupo de personas.

-Adelante -respondió Engracia al salir a recibir a los visitantes, secándose las manos con su delantal.

Uno de los integrantes del grupo tomó la palabra para decirle:

-Señora, venimos a visitarla porque usted es una de las personas más importantes de esta población y queremos invitarla para que participe en la próxima campaña en la que vamos a elegir al doctor Virgilio Barco para la Presidencia de la República.

Engracia casi no podía contener los deseos de expresar lo que sentía y, apenas se hizo un corto silencio, dijo con tono enfático:

-La verdad es que quien colaboró toda la vida fue mi marido. Pero él se murió hace seis meses y nadie se hizo presente. Yo les agradezco la visita, pero bueno hubiera sido que algún político, que sólo aparecen en época de elecciones, hubiera venido a su entierro.

La reunión terminó lánguidamente y, cuando los desairados visitantes se despidieron, Engracia sintió que se había quitado un peso de encima.

-Ya no se conoce a estos politiqueros que más parecen unos vendedores de específicos - dijo Engracia a las ayudantes.

-Antes era muy distinto y, si no, acuérdense cuando a Metodio le dio por ser diputado – continuó.

-Por cierto, dizque el pintor está muy malo -exclamó con tristeza- ¡Qué pesar! Me parece estar viéndolo cuando pintó la piedra de la Honda.

Metodio había encargado al pintor hacer un aviso sobre una gran laja de la carretera central, en la curva de La Honda, que era un sitio ideal para una propaganda visible desde muy lejos.

Días enteros dedicó el pintor a los preparativos calculando con toda parsimonia las distancias, la cantidad de pintura y los elementos que necesitaría para el aviso, al tiempo que, de tienda en tienda, gastaba en aguardiente el anticipo que Metodio le pagó.

El pintor tenía cincuenta años cumplidos pero parecía de más edad, porque había perdido casi todos los dientes y mostraba una nariz amoratada por el licor que bebía todos los días.

El artista era dado a hacer chistes de los políticos que lo contrataban, y como confiaba excesivamente en sus habilidades, todo lo dejaba para última hora. Además, como era el único publicista del pueblo, se daba el lujo de recibir dinero adelantado de tal manera que con lo que alguno le pagaba hacía el trabajo que le había contratado otro, práctica que generaba frecuentes disputas entre los

candidatos y que el pintor se encargaba de atizar para confundir las cuentas de sus clientes. Era, también, fruto de su experiencia porque sabía que, pasadas las elecciones, los candidatos derrotados casi nunca le pagaban los saldos pendientes. Por eso se convirtió en una especie de arúspice que las gentes interpretaban a través de sus avisos: Aquel candidato a quien le hacía la mejor publicidad era el probable ganador. Y, por esta misma causa, hubo candidatos que pasaron prácticamente en el anonimato gracias a la malquerencia del pintor.

Cuando ya tuvo todo listo, una mañana muy temprano tomó las brochas, las pinturas y el machete afilado y salió a esperar el bus de línea que pasaba por La Honda.

Al llegar, se ató a uno de los árboles superiores y comprobó su firmeza para soportarlo. Luego, se quitó la camisa roja que llevaba y se quedó solamente con la camisilla blanca de tirantes que usaba siempre.

Comenzó a dar fuertes machetazos a los arbustos que caían aparatosamente, cuando sintió haber golpeado algo blando que produjo un extraño ruido. Al observar de qué se trataba, con pánico vio que había partido en dos un enorme panal de abejas y trató de alejarse, con el lamentable resultado de que, por la fuerza de la gravedad, inevitablemente era arrastrado de nuevo hacia el panal. En su desesperación no vio otra solución que cortar con fuertes mandobles el lazo que lo ataba para rodar estrepitosamente hasta la carretera

Preocupado porque no veía avisos de la campaña de su sobrino, Don Timoleón le preguntó:

- ¿Qué pasa con el pintor que no ha hecho ningún aviso suyo?

Metodio, cabizbajo, le contestó:

-¡Tío, es que ese pintor es una bestia!, como si se refiriera a la hinchazón de las picaduras y a los enormes cardenales que lo tenían en cama.

Engracia no cejaba en su esfuerzo de tener todo funcionando. Su autoridad ponía orden en las labores de la casa y en las faenas de las fincas, pero cada día era más escaso el personal de trabajadores y más necesaria su presencia en todas partes. Más de una vez, las sirvientas le oyeron decir con aire de cansancio:

- ¡Aquí nadie sirve para un taco! Yo no sé que irán a hacer cuando me muera.

Como acostumbraba a ir todas las mañanas a la misa de seis, su sobrina aprovechaba ese tiempo para verse con el policía que había conocido durante la última Semana Santa que pasó en el colegio. El joven suboficial fue destinado a esa población y lo primero que hizo fue buscar a la muchacha con quien había mantenido una correspondencia constante.

Engracia sabía del amorío pero fingía ignorarlo, porque don Timoleón detestaba que sus sobrinas se relacionaran con los policías que llegaban a la población. Fue tan bien guardado el secreto que el anciano murió sin conocerlo.

En la conmemoración de los seis meses de su muerte, precisamente a la salida de la misa cantada, el policía abordó a Engracia y le manifestó su deseo de hablarle en su casa. La mujer le contestó

-Pase esta noche por mi casa, por ahí a las siete.

Eran días de lluvia. Las tardes se oscurecían temprano y la neblina se apoderaba de la población antes del anochecer. Una llovizna pertinaz humedecía de tal manera el ambiente que la ropa guardada en los escaparates tenía que ser ventilada una y otra vez para secarla de nuevo, y los zapatos que permanecían algunos días debajo de las camas se cubrían con un moho verdoso.

Cubierto con su capote, el pretendiente llegó puntualmente a la casa de Engracia.

La conversación se inició con algunos rodeos acerca del mal tiempo y de la dificultad de conseguir obreros para las fincas.

-Doña Engracia –dijo, al fin, el joven tomando a la novia de la mano - Nosotros queremos casarnos y necesitamos su permiso.

-Miren - respondió Engracia- como a mí me toca hacer de padre y de madre, esta responsabilidad no la quiero asumir yo sola. Voy a consultar el asunto con el párroco.

A los pocos días se celebró la boda y fue curioseada por todo el pueblo. A la salida de la iglesia, los cinco policías de la estación hicieron una bóveda ceremonial con sus fusiles de dotación y dispararon una salva cuando los novios se despidieron.

En ese tiempo se hicieron más frecuentes los combates con las guerrillas que se habían asentado en la región. Se sabía de numerosas amenazas, y varios dueños de fincas acudieron a la alcaldía a denunciar que habían recibido exigencia de dineros por parte de grupos subversivos.

Se tomaron especiales precauciones después de que el puesto policial de El Porvenir fue atacado en una madrugada y dos agentes resultaron muertos. Varios buses de transporte intermunicipal fueron emboscados en su paso por el páramo y los ocupantes despojados de todas sus pertenencias.

La apariencia tranquila de la estación de policía, ubicada en el primer piso de la alcaldía, cambió de manera radical. Ahora estaba resguardado por bultos de arena como si fueran trincheras de un campo de batalla, y los agentes llevaban siempre sus fusiles en posición de avanzada. Un ambiente de tensión dominaba al poblado.

Medardo y el señor Pérez eran dueños de los dos almacenes más surtidos de la región, y en las tardes se reunían discretamente a comentar la delicada situación que se vivía. Ellos habían sido los vecinos más considerados con Engracia en los meses que siguieron a la muerte de don Timoleón y, acompañados de sus familiares, la visitaban con frecuencia; le facilitaban a crédito los artículos que necesitaba para sus fincas y la aconsejaban sobre el cuidado del ganado.

-Yo sí había dicho que esto se iba a dañar -sentenció Medardo esa tarde.- Es que aquí no hay autoridad.

-Ya no se puede ni hablar -comentó Pérez- Imagínese que metieron por debajo de mi puerta un papel que decía.: “El Silencio es su seguro de vida”.

Medardo y Pérez tenían sus negocios ubicados de frente en la misma calle, de tal suerte que desde el mostrador del uno se podía saber lo que ocurría en el interior del otro. Los comerciantes, después de largos años de enemistad, se habían reconciliado de manera clamorosa.

Fue por causa de la política que se vieron enemistados y, cuando el encono entre ellos estuvo en su punto más candente, se dedicaron a espiarse celosamente para no atender a los clientes que provenían del negocio del rival. Cuando Medardo se enteraba de que su cliente venía del negocio de Pérez, le decía:

-¡Ah! ¿No encontró lo que buscaba donde el viejo ese? -señalando con el índice el negocio de su competidor- ¡pues aquí tampoco hay!

Llegó a ser tan grande la rivalidad que, Pérez, tuvo que abrir una puerta lateral y clausurar la que daba sobre la calle principal para evitar que su enemigo fisgoneara a sus clientes. Pero Medardo, que era irreductible, abrió una ventana en el extremo de su casa y obligaba a su única hija a estar permanentemente mirando hacia el otro negocio para saber si sus compradores provenían de allá.

Medardo y Pérez pertenecían a un mismo partido político y habían colaborado varias veces en las elecciones a instancias de don Timoleón. Pero, alguna vez que Pérez estuvo fuera del pueblo, le fue entregada a Medardo la propaganda política para que la repartiera entre los dos. Empero, éste empezó a distribuirla a los clientes del otro sin su conocimiento y cuando Pérez, a su regreso se enteró del asunto, fue al negocio de Medardo y le hizo una fuerte recriminación:

-¡Vengo a que me entregue la propaganda! -exclamó airadamente- . A mis clientes los atiende yo y no permito que ningún avivato se meta con lo mío.

Medardo, que fue tomado de sorpresa, se encolerizó por el tono amenazante de Pérez, y con su voz aflautada le gritó iracundo: -A mí nadie me insulta en mi casa. Váyase por donde vino y no vuelva a pisar nunca mi propiedad.

Esto fue lo último que se dijeron durante veinte años de enemistad. Al poco tiempo del incidente, los familiares de los rivales también dejaron de tratarse. Los

domingos, cuando terminaba la misa matinal, los dos grupos familiares salían por puertas diferentes y seguían en pequeñas procesiones independientes hasta cada una de sus casas.

En el pueblo era proverbial la enemistad de Medardo y Pérez, hasta el extremo de que nadie se atrevía a mencionar nada relacionado con el uno en presencia del otro. Los compradores, por su parte, tenían que hacer enormes rodeos para poder entrar a uno de los almacenes si habían estado antes en el del frente.

Con motivo de la visita del secretario departamental de educación se celebró un baile en la Alcaldía al que fueron invitados Medardo y Pérez. En la fiesta se pidió la colaboración de los habitantes para ayudar al colegio municipal y, el funcionario, sin conocer la rivalidad existente entre los dos ciudadanos, los designó miembros del comité que debería recoger los aportes. Un rumor recorrió el salón cuando los designados fueron llamados al estrado para aceptar el encargo, pero cuando el secretario abrazó a los comisionados y les insinuó que hicieran lo propio, los asistentes guardaron un total silencio. Sin alternativa, los dos rivales se acercaron paso a paso y se miraron fijamente. Quedaron estáticos tratando de salvar la situación con su actitud pasiva, pero el dignatario los tomó de sus manos y los hizo abrazarse. El público estalló en aplausos y se arremolinó en torno a ellos con expresiones de júbilo, movilizándose apretujadamente hacia la salida. De inmediato, se organizó un gran desfile por la calle principal a la cabeza del cual iban Medardo y Pérez en hombros de dos matarifes seguidos por la orquesta del baile. Con gran algarabía, la multitud se dirigió a los establecimientos de ambos para sellar la reconciliación con una toma simbólica que los manifestantes ejecutaron bebiendo todo el licor que encontraron hasta cuando, ya en la madrugada, dejaron a Pérez y a Medardo completamente borrachos en el andén de sus respectivos negocios.

Todas las mañanas, Engracia daba las órdenes de lo que se habría de cocinar en el día, con minuciosos detalles. La faena de la cocina era agobiante. No se había terminado una comida cuando ya se entraba en la preparación de la siguiente, sin contar el café de la media mañana y la changua de las onces.

Se anunció con regocijo que la recién casada ya estaba esperando un hijo y, en adelante, pasaba en la casa de Engracia la mayor parte del día atendida por todos los habitantes. Desde entonces fue más exigente el trabajo de la cocina.

-La señora tiene que alimentarse bien para que pueda criar – le decían con insistencia.

- Lo mejor para amamantar es la aguamiel con hinojo -decía la mayor de las sirvientas mostrando sus enormes pechos.

Los días de mayor trajín eran los domingos. Ese día siempre había nuevos comensales y nunca faltaba Josefita a la hora del almuerzo.

Josefita era una visitante especial. Provenía de una distinguida familia y, ya en su vejez, vivía en una pobreza vergonzante. Varios vecinos habían asumido caritativamente su manutención, y cada día de la semana almorzaba en una casa diferente. Los domingos lo hacía en casa de don Timoleón.

El único oficio de Josefita era hacer versos, pero se tornaba exigente cuando se le metía en la cabeza que tenía que transcribir algún poema. En esas ocasiones pedía almorzar más temprano y andaba de estancia en estancia solicitando que alguien le sirviera de amanuense.

-Hoy si que está pesada Josefita - comentó Engracia en la cocina, atareada en la preparación del almuerzo.- Sírvanle primero a ella, si no, quién se la aguanta.

Los afanes de Josefita aquel día era poder terminar a tiempo la poesía que había ideado para el cumpleaños de Engracia, y había estado toda la noche armando las estrofas que siempre redactaba en endecasílabos de rima consonante, pero que debía dejar escritas a través de otra persona porque, la poetisa, nunca había aprendido a leer ni a escribir.

Vivía en una habitación que otra familia le había cedido en el fondo del solar de la casa, y allí tenía todas sus pertenencias en un desorden calculado. En el suelo colocaba las hojas de papel sujetas con piedras, que correspondían a las diferentes poesías que había compuesto. Así, por la ubicación de las hojas y por el pisapapel que usaba para cada una, reconocía los poemas.

Un día en que Josefita tuvo que ser internada en el hospital víctima de una dolencia repentina, los dueños de la casa aprovecharon su ausencia para hacer un aseo general en su alcoba. Recogieron los papeles con esmero, barrieron y ordenaron los objetos que llenaban la pieza y, satisfechos con su obra de caridad, esperaron el regreso de su huésped. Cuando Josefita, convaleciente, abrió la puerta de su pieza dio horribles aullidos y con las pocas fuerzas que le quedaban empezó a tirar al patio todo lo que encontraba a su paso arrojando bocanadas de espuma. Ese día perdió la razón y le quedó paralizada la mitad izquierda de su cuerpo. Jamás volvió a hablar. Desde entonces fue internada en el ancianato de las hermanitas de los pobres donde permaneció hasta su muerte sentada en una vieja mecedora de mimbres rotos.

Las urgencias del parto causaron una revolución en la casa y, mientras las sirvientas corrían de un lado a otro, Engracia daba órdenes perentorias:

-¡Que no se nos olviden los mitones!-. Gritaba desde la alcoba- Bueno, yo me voy con la niña- dijo tomando del brazo a la joven madre que, demudada, lanzaba intermitentes quejidos.

En el hospital la esperaba su marido con el médico del pueblo y, de inmediato, la pasaron a la sala de partos. Desde el corredor se oían los gritos de la parturienta, hasta cuando apareció la enfermera anunciando que había nacido un varoncito. Todos se abrazaron jubilosos.

-¡Este niño es un milagro! -repetía frecuentemente Engracia.

Y, en verdad, todo parecía haber cambiado en la casa. Se respiraba un ambiente de alegría, especialmente entre las mujeres que se disputaban las oportunidades de atender al pequeño.

-Mija, -dijo un día Engracia, dirigiéndose a su sobrina- Acostúmbrelo a que haga cada cosa a la misma hora. Acuérdesse de lo que decía su tío: "Formen hábitos, que ellos son la manera de hacer con facilidad las cosas difíciles."

La única costumbre que nunca cambió fue el rezo del Rosario que Engracia presidía todas las noches. Era un ritual invariable en el que casi todos los asistentes bostezaban rendidos por el trajín cotidiano.

La rutina con que se rezaba no le impedía a Engracia seguir dando las instrucciones que entremezclaba con las invocaciones:

-Dios te salve María llena eres de gracia, ¡Rosa! no se le olvide el jugo de naranja, el señor es contigo.....

-Padre nuestro que estás en el cielo...., “estaniña”, ponga la tranca antes de acostarse, santificado sea tu nombre...

Los padres de Juan Timoleón, que fue el nombre con que bautizaron a la criatura, tuvieron que ceder a las presiones imperceptibles de todos para que permaneciera en la casa de Engracia. Y sin saberse desde cuándo, los juguetes y la ropa del niño quedaron allí para siempre.

El padre del pequeño salía con mayor frecuencia a patrullar las veredas a causa de las incursiones guerrilleras, y la madre trabajaba como maestra en una escuela urbana. Por eso, Engracia se apersonó totalmente de la criatura.

Una tarde en que arrullaba al niño para que no se asustara con la violenta tormenta que se desató ese día, el teléfono que comunicaba con El Porvenir comenzó a repicar insistentemente.

Era un viejo aparato metálico empotrado en la pared que por una línea de cobre se conectaba con otro igual instalado en la casa de la finca. La forma de llamar de un teléfono al otro era dando vueltas a una manivela instalada en el costado de ellos que producía un repique en cada vuelta. Pero aquel fue un interrumpido repiqueteo que sobresaltó a Engracia y la hizo apresurarse a contestar. Apenas tomó la bocina metálica empezó a convulsionar horriblemente y lanzó un grito estentóreo. Su cuerpo fue tomando un color amoratado y, luego, negruzco, que le subía desde la mano con que apretaba la bocina hasta la cabeza. Algunos de los dependientes que estaban cerca trataron de auxiliar sin éxito a la pobre mujer que, sin dejar de temblar estrepitosamente, moría carbonizada a la vista de todos. Por

fin, a alguien cortó de un seco machetazo el cable del teléfono y el cuerpo cayó pesadamente, ya sin vida.

Las mujeres lanzaban gritos de dolor y hacían invocaciones a todos los santos. Unos corrían hacia la calle, otros al interior de la casa y todos lloraban angustiados ante aquella espantosa muerte que todavía nadie se explicaba.

-Un médico, por Dios- gritó alguien.

-El sacerdote, por piedad- decía otra voz.

La casa se llenó de los vecinos que no podían dar crédito a tan inesperada tragedia, y cubrían sus rostros con las manos en medio de exclamaciones de espanto.

-Mi Amo y Señor, ten piedad de nosotros - exclamó la mayor de las sirvientas.

La tragedia parecía haber cambiado por completo la vida de la población. En los lugares donde se expendían bebidas alcohólicas no se volvió a reproducir música; las mujeres iban vestidas de negro, y en las misas cotidianas siempre se rezaba por el alma de Engracia. La casa de la difunta era un sitio de peregrinación a donde acudían los conmovidos habitantes a entonar rezos de difuntos, y a llevar grandes cantidades de flores que llenaron el patio durante semanas enteras.

II

DON TIMOLEON

Un día de enero, el bus de línea recorrió las calles que bordean el parque y, después de tres toques de corneta, tomó la salida a las seis en punto como lo hacía todas las mañanas. La luna plateada todavía permanecía inmóvil en el firmamento sin nubes.

Entre los pasajeros estaban Engracia y su sobrina que viajaban a la ciudad mitrada de la provincia para internar a la joven en un colegio de monjas. Era la primera vez que la sobrina salía de su casa y, por la expectativa, iba con una agitación interior indescifrable. Al llegar, bajaron del bus en medio del acoso de los vendedores.

- Ande rápido y no se descuide porque aquí hay muchos rateros – dijo Engracia.

Eran unas pocas cuadras, pero lo empinado de las calles y los nervios que las embargaban las hicieron llegar sofocadas al colegio. Numerosas colegialas llenaban con su algarabía el amplio patio recubierto con baldosines brillantes de color rojo oscuro.

Una religiosa de anteojos, delgada y altiva, hizo un llamado con las palmas de sus manos y el silencio se apoderó del lugar.

- Niñas, - dijo con voz autoritaria- hagan una fila frente a mí con su equipaje. Desde este momento están bajo la disciplina del colegio.

Después, siguiendo las instrucciones de la monja, los acompañantes llevaron a las jovencitas hasta el dormitorio para dejar los equipajes en el lugar asignado a cada una.

El dormitorio era un largo salón en el que se enfilaban las camas metálicas adornadas con cubrelechos blancos. Junto a cada una de ellas, las estudiantes colocaban el baúl de madera que el colegio les exigía como dotación personal. En uno de los extremos del salón, separada por una pared de madera, estaba la celda de la prefecta de disciplina presidida por un crucifijo, y en el dintel de la puerta principal, escrita con grandes letras, sobresalía la palabra SILENCIO.

Cumplido el ritual de la entrega, Engracia se despidió de su sobrina: – Bueno – le dijo – a portarse bien y a estudiar mucho. Y Que Dios la bendiga- terminó diciendo.

Le restaba a Engracia ir hasta el Seminario Conciliar para entregar a Isidro Manuel, el hijo de su compadre, un encargo que éste le había encomendado. El muchacho adelantaba con éxito sus estudios sacerdotales y era el orgullo de su familia. Al despedirse, le pidió a Engracia informar a sus padres que dentro de una semana recibiría la orden del diaconado.

En el colegio las actividades diarias empezaban a las cinco de la mañana, hora en que la prefecta de disciplina, la monja que había recibido a las alumnas, las llamaba a levantarse con sus enérgicas palmadas a la voz de “Ave María Purísima”, invocación que ellas debían responder exclamando en coro, “sin pecado concebida”.

Luego, al ritmo de los apremios de la religiosa, las somnolientas estudiantes debían pasar a la batería de baños para ducharse en contados minutos. Aquel baño frío era un martirio cotidiano para las jovencitas, y sus cuerpos semidesnudos despedían un vapor que ascendía con el olor femenino de cuerpos inviolados entre risas nerviosas y gritos contenidos.

Las semanas parecían interminables. Dentro de aquella disciplina férrea, las alumnas esperaban con ilusión la llegada del domingo, único día en el que podían pasear por la población acompañadas por una religiosa. Algunas veces asistían al cine si las películas eran aptas para todos los públicos, y en otras ocasiones participaban en los bazares escolares. Eran, esas, las escasas oportunidades que tenían para relacionarse con los muchachos que las cortejaban a hurtadillas.

En la Semana Santa gozaban de mayor libertad porque, sirviendo como guías de turismo, podían disponer de su tiempo entre una y otra de las pomposas ceremonias. Fue en la última de estas conmemoraciones cuando la sobrina de don Timoleón conoció al joven policía que tres años después sería su marido. El encuentro ocurrió en el rito de la crucifixión del Viernes Santo al que asistía el muchacho como guardia militar y, ella, como guía de la procesión del sepulcro sagrado.

Años después, precisamente durante una Semana Santa, ocurrió la muerte del agente de la policía, víctima de una emboscada de la guerrilla en la que fue tomado como rehén y torturado horriblemente. El cadáver se encontró clavado en un árbol de manos y pies como un Cristo, completamente desollado y sin ojos ni partes genitales, espantosos tormentos que le fueron infligidos antes de que fuera fusilado.

Desde el solar de la casa se podía seguir el transcurso de la vida del pueblo por sus ruidos domésticos. Los ladridos incesantes de los perros de la panadería por causa del ingreso de los caletas que cargaban la leña, revelaba que eran las ocho de la mañana. Los gritos de la costurera llamando a su hija para que llevara el portacomidas de su marido que era obrero de la construcción, significaban que eran las once. La repentina algarabía de los niños que salían corriendo de la escuela indicaba que habían terminado las clases de la mañana. Y, así, todos los pobladores vivían enterados, hasta la indiscreción, de lo que ocurría en el poblado.

Don Timoleón era el habitante más acatado por sus coterráneos. Frisaba los setenta y cinco años, pero se mostraba fuerte como un roble y tenía bajo su protección una numerosa familia: Su mujer, veinte años menor que él, de recio carácter y de una actividad febril; tres sobrinos huérfanos de padre y madre, que eran Metodio -quien incursionó en la política- y dos adolescentes de rostros rubicundos que los muchachos del vecindario cortejaban a escondidas; dos sirvientas regordetas y una incontable peonada que siempre estaba entrando y saliendo de la estancia solariega. En la casa de don Timoleón se recibía a la mayoría de los personajes que visitaban el pueblo.

- Mañana tendremos almuerzo - decía cuando anunciaban su arribo un político, un prelado o algún lugareño distinguido. Y eran de rigor el brandy, que servía como aperitivo, y el sorbete de curuba para acompañar las comidas. Tampoco podían faltar las palabras de ocasión del doctor Portillo.

Era, éste, un personaje singular. De joven había viajado a la capital de la república para hacerse abogado y, aunque no alcanzó a graduarse, desde su regreso oficiaba como tal. Ocupó algunos destinos municipales y llegó a ser juez interino. Había ganado fama de ilustrado y era insustituible en la redacción de cuantos

mensajes de homenaje o de protesta había que despachar, y en todos los actos en los que se precisara un orador. Uno de sus mayores méritos juveniles fue haber militado en el partido comunista y defendido sin ambages sus ideas de ateísmo y anticlerical.

Existían fabulosas leyendas sobre sus actuaciones como activista del partido, porque se aseguraba que había viajado a Rusia para adiestrarse en prácticas terroristas y que estuvo preso en Italia al ser sorprendido como agitador en una de las huelgas que paralizaron a ese país. Por su parte, Portillo, quien nunca confirmó ni desmintió tales aseveraciones, conservaba algunas cosas que hacían suponerlas como su chivera puntiaguda a la manera de Lenin y sus anteojos metálicos en el estilo redondo de los anarquistas bolcheviques. Varias veces fue arrestado por la policía local cuando, para prevenir disturbios en las campañas electorales, los gobiernos del Frente Nacional ordenaban numerosos allanamientos y la detención de los líderes comunistas. Estos hechos de evidente ocurrencia eran los que hacían probables las hazañas que le endilgaban sus coterráneos.

Alguna vez hubo un enfrentamiento memorable en la vecindad: Durante una semana entera, por los parlantes de la iglesia el cura párroco lanzó fuertes críticas contra “algunos” que desconocen la autoridad eclesiástica y atacan lo más sagrado de la fe cristiana.

- Aquí hay comunistas que son como manzanas podridas. - dijo el cura en varias homilías.

De pronto, circularon panfletos que denunciaban la discriminación que el párroco hacía a ciertos feligreses a quienes les negaba los servicios religiosos sólo por el hecho de no “comulgar” con sus ideas. Y hasta llegó a sugerirse que las limosnas que el pueblo depositaba en las alcancías de la iglesia tenían destinos “non

sanctos". La verdad es que el cura nunca mencionó nombre alguno y que los volantes mimeografiados jamás fueron suscritos por nadie. Pero todos los vecinos sabían que los anónimos eran de Portillo, y que fue a su hijo a quien el párroco no quiso bautizar por considerar que estaba siendo educado en el ateísmo.

Portillo se presentó inveteradamente como candidato a concejal en las elecciones que se efectuaron durante varios años y, una de tantas veces, resultó elegido y tuvo que ejercer la presidencia del cabildo. Era risible observar la dificultad que tenía el nuevo presidente para acomodarse a las funciones de su investidura. Cuando intervenía, espetaba sus diatribas contra la oligarquía opresora, contra los políticos "entregados", contra el inoperante concejo municipal, hasta cuando el secretario, con disimulo, le halaba el saco para que Portillo recordara que él era el presidente de la corporación. No permaneció mucho tiempo en el cargo.

Si bien su renuncia lo separó del ejercicio de la política, le permitió intimar con una vecina, la hija del sacristán del pueblo, con quien conversaba a diario encaramado en las tapias del solar. El padre de la muchacha se opuso a la relación de su hija con Portillo porque le parecía inaceptable que ella se enamorara de un descreído, así el sacristán hubiera votado varias veces por él entusiasmado por sus ideas de reivindicación social. Pero cedió ante la amenaza de que la muchacha huiría con su prometido si no le consentía el noviazgo.

-¡En cuántas me vi para que el cura los casara! -Le confesó el sacristán a una de sus vecinas durante la boda.

El sacerdote lo hizo sólo en consideración a los abnegados servicios prestados a la iglesia por el padre de la novia, pero nunca le perdonó a Portillo que hubiera permanecido de pie durante la elevación de la hostia en señal de rebeldía. Por eso, mientras estuvo al frente de la parroquia, no aceptó suministrar a él ni a su familia ningún otro sacramento.

Don Timoleón era dueño de una lógica natural que le había permitido acrecentar el patrimonio que heredó y ganar una merecida prestancia entre los parroquianos. Ejercía generosamente su don de consejo, en cuya demanda se le acercaban jóvenes y mayores. Frente a las adversidades que le eran confiadas tenía un aforismo que repetía en sus conversaciones.

-Mire, -decía- la vida siempre tiene una compensación. Fíjese, yo tengo una pierna más corta pero, en cambio, tengo la otra más larga.

Desde joven adquirió importancia para los jefes de su partido que acudían a él para que colaborara en las elecciones. Regalaba una res para que se sacrificara ese día; prestaba el patio de su casa para servir el almuerzo a los campesinos que llegaban con sus familias a votar, y contrataba los vehículos para que transportaran a los electores de las veredas más lejanas.

Varias veces le propusieron que hiciera parte de las listas de candidatos a la Asamblea Departamental, pero él nunca aceptó tales ofrecimientos.

- Allá deben ir los estudiados – respondía.

En cambio, desde su posición de benefactor influía en el nombramiento del alcalde municipal que era lo que más le interesaba. Así había logrado la construcción de obras de progreso para la región que, a su vez, valorizaban sus propiedades.

En una célebre visita del jefe del partido liberal, cuando le fue propuesta una vez más su inclusión en las listas electorales, don Timoleón respondió:

- Mire, doctor. Yo no estoy para esas lides. Mejor hagamos lo siguiente: que mi sobrino me represente en la lista de candidatos y yo le ayudo a hacer las elecciones.

El sobrino, a quien su tío le había explicado la noche anterior la estrategia que iba a utilizar, se dedicó a tomar licor con sus compañeros y, como la reunión no terminaba, decidió averiguar por su cuenta lo que ocurría.

- Me voy a exigir mis derechos – dijo Metodio a sus amigos.

Cuando iba tambaleante camino de la sala fue interceptado por Engracia quien, ayudada por una de las sirvientas, lo confinó en una habitación vecina para evitar que protagonizara una de sus habituales trapatuestas de borracho.

En la sala se daban los toques finales al acuerdo: El sobrino de don Timoleón sería incluido, como suplente, en la lista de candidatos a la Asamblea, y tío y sobrino se harían cargo de organizar las elecciones en el municipio.

Cuando los negociadores se disponían a hacer el brindis de rigor, se oyó una estridente voz de ebrio que provenía del techo de la casa:

-¡Abajo los políticos mentirosos. Viva el pueblo!

El asunto fastidió a los presentes y Engracia sospechó que se trataba de su sobrino, aunque estaba segura de tenerlo a buen recaudo en el aposento vecino. Salió para ver lo que ocurría y, al abrir la puerta de la improvisada prisión, lo encontró encima de un tinglado de muebles tratando de remontar la pared que por

el extremo superior se comunicaba con la sala de la casa. El orador seguía lanzando improperios pero, cuando quiso lanzar su “abajo” más fuerte, se desbarató la endeble armazón y voló aparatosamente para quedar cuan largo era a los pies de quienes presenciaron su primera arenga política.

Hacía varios años que don Timoleón no salía del municipio sino por motivos de salud, y los viajes ordinarios se limitaban El Porvenir, su finca preferida. Todas las mañanas, muy temprano, después de desayunar su tazón de café colado con aguapanela y la arepa de maíz rellena de queso, emprendía el recorrido en el campero conducido por su sobrino.

El pueblo está ubicado en una descansada ladera flanqueado por cultivos de papa y de cebada. Un río transparente lo bordea por la parte baja, donde aun sirve de paso el puente centenario cubierto con techo de teja de barro que el Libertador ordenó construir a su costa en la época en que ejerció la presidencia de Colombia.

El último viaje largo lo emprendió don Timoleón cuando el Papa Paulo VI vino a la capital de la república. Fue, éste, un suceso inolvidable y los preparativos se hicieron durante semanas completas. La familia de don Timoleón sería la representante del pueblo en aquella santa peregrinación.

-No olviden que va a haber escasez de alimentos- repetía con insistencia el jefe del viaje.-.

-Bájeme mañana una carga de papa y otra de fríjol, - ordenó don Timoleón una madrugada cuando observaba el ordeño.

En la preparación del largo viaje, don Timoleón reflexionó sobre la vida en su pueblo tan distinta de la que llevaban los que se fueron a la capital a pasar trabajos subsistiendo de una tienda miserable. Aquí puede que no haya los adelantos de las ciudades pero vivimos contentos, se dijo.

-¡Carajo! no han arreglado este horcón. Si uno no está encima de todo, nadie hace las cosas. – dijo para sí cuando salía de la hacienda.

Antes del amanecer estaban de viaje. Don Timoleón ocupó el asiento delantero junto al conductor; y su mujer, una de las sirvientas y la sobrina mayor se apretujaron en la banca de atrás. La valija más importante era la de los objetos que los vecinos les habían encomendado para que los hicieran bendecir del Santo Padre. Se trataba de crucifijos, frascos con agua, camándulas y escapularios, en tal cantidad, que fue necesario empacarlos en una tula grande que las tres mujeres llevaron sobre las piernas durante todo el viaje.

Cuando los peregrinos partieron, la calle estaba repleta de curiosos. Unos daban bendiciones y otros los despedían con pañuelos al vuelo; hubo quienes se arrodillaron con los brazos en alto, y un montón de chiquillos corrió con gran alborozo detrás del vehículo hasta cuando éste dobló en la última esquina y tomó la sinuosa carretera. Desde atrás, en el campero sólo se veían bultos y maletas y una banderita blanca y celeste que alguien agitaba por una de las ventanillas.

La angosta carretera serpenteaba por la subida del páramo para, después, descender hasta lo profundo del cañón horadado por un milenario río de aguas oscuras. Lentamente iban quedando atrás los pueblos del camino hasta cuando, iluminada por el sol amarillo de la tarde, apareció la cadena de montañas nevadas de Chita, imponente y lejana. Relataba don Timoleón que, años atrás, en esas

yermas soledades eran asaltados los viajeros que, al paso de sus cabalgaduras, gastaban ocho días en recorrer la distancia desde su pueblo hasta la capital.

Después de pasar la noche en una posada, en la madrugada reiniciaron la marcha desde el páramo de Guantiva y emprendieron el descenso hacia la planicie que los llevaría a la gran ciudad. Una emoción silenciosa los embargó cuando el campero se adentró en la inmensa sabana y el paisaje se tornó en ondulados cuadros multicolores. La sobrina acariciaba el sueño de tropezar con un joven que se rindiera a sus encantos, mientras los demás trataban de imaginar cómo sería el encuentro personal con el Santo Padre. Al atardecer ya recorrían las calles amplias y pavimentadas de la capital, con la tragedia de la sirvienta que, en un horrible acceso de vómito, había arrojado por la ventanilla las cajas de dientes que iba estrenando.

La inmensa ciudad tenía un aspecto piadoso, y una profusa señalización indicaba la manera de llegar al campo eucarístico. Por todos los medios se informaba sobre los actos que se efectuarían durante la visita papal, y en las calles había numerosos grupos de caminantes que entonaban cánticos religiosos, precedidos de estandartes y crucifijos.

La llegada del Papa fue transmitida por televisión y paralizó completamente al país. El momento más emocionante fue cuando el jerarca, en un gesto de humildad, se arrodilló y besó la tierra como homenaje al continente que por primera vez era hollado por el pie de un pontífice católico. De ahí en adelante todo fue carreras porque había que desplazarse con rapidez para estar en los sitios por donde pasaría la comitiva pontificia. La familia de don Timoleón pudo presenciar repetidas veces el paso del Santo Padre, y acudieron a un barrio de las afueras de la ciudad donde se celebró una misa especial para los pobres, con el pesado fardo de los objetos encomendados que, según la sirvienta, recibió doce bendiciones impartidas esa tarde por Su Santidad con su precioso acento italiano.

**

En el pueblo, las fiestas patronales se celebraban con gran regocijo. Eran tres días de corridas de toros, cabalgatas y bailes. Alrededor del parque y en las inmediaciones de la plaza de toros, que se armaba para la ocasión, se instalaban vendedores, tahúres y artesanos, hasta el punto que era difícil pasar de un sitio a otro y se corría el riesgo de ser pisado por las cabalgaduras, cuyos jinetes se detenían en cualquier parte para beber licores en las ventas callejeras.

Era habitual que altos funcionarios visitaran la población con motivo de los festejos y, en esos casos, se destinaba un día para los actos oficiales. En una ocasión se anunció la visita del gobernador del departamento acompañado de sus secretarios, para cuyo recibimiento se preparó un elegante almuerzo en la casa parroquial y se organizó un apretado programa que finalizaba con un baile en la escuela de niñas.

El arribo de la comitiva estaba anunciado para el mediodía, pero pasaban las horas sin que éste se produjera. Al comienzo no había mucha preocupación pero, cuando cayó la tarde y se encendieron las luminarias del parque, los invitados se dispersaron desencantados. El alcalde, no obstante, aseguraba que de todas maneras el cortejo llegaría de un momento a otro.

Serían las once de la noche cuando aparecieron varios vehículos oficiales y, en seguida, con el zurrir de su sirena, entró el automóvil del gobernador que produjo un gran revuelo. Mientras se hacían los saludos de recibimiento por los ciudadanos que estaban en la alcaldía, regresaron los invitados. Cuando el doctor Portillo pronunciaba su discurso de bienvenida, el director de la banda municipal

hacía ingentes esfuerzos para reunir a los músicos que, casi todos borrachos, estaban en las tiendas del pueblo. Y en el momento en que se entregaba un pergamino a los ilustres visitantes, la hermana del cura daba órdenes en la cocina para que se calentaran los alimentos y se dispusiera la mesa una vez más.

Fue tal el retraso de las ceremonias, que la inauguración de la nueva plaza de mercado se hizo a las dos de la mañana; el almuerzo terminó a las tres y media y el baile comenzó pasadas las cuatro de la madrugada, después de que las mujeres lograron despertar a las jovencitas que se habían ido a la cama agotadas por la espera.

Pasado del desayuno, se inició el acto cultural en el que los asistentes dieron rienda suelta al descanso. En las recitaciones y los números musicales se oían intermitentes ronquidos que trataban de disimular quienes estaban cerca del gobernador y del cura párroco. Finalizado el acto, en medio de calurosas despedidas se le insistió al gobernador que debía regresar pronto para una visita sin carreras.

El nuevo párroco era un joven dinámico y algo excéntrico que, después de doctorarse en liturgia sagrada en Roma, fue destinado como coadjutor en un pueblo cercano y, posteriormente, designado como titular de su actual parroquia. Llegó con una hermana que cuidaba celosamente de él, debido a que el sacerdote había pasado por algunas crisis emocionales y estaba sometido a rigurosas prescripciones médicas.

Tenía dispensa para no beber el vino de la misa y, una vez consagrado, pasaba el copón a uno de los monaguillos para que lo bebiera. Había desterrado la costumbre de tomar café y lo reemplazó por agua de yerbabuena. Su hermana hervía diariamente una gran olla de la infusión para que le fuera servida en las extensas homilías y en las horas de confesión; y cuando salía a sus visitas rurales, lo primero que debía colocarse junto al viático sagrado y las hostias consagradas era el termo del agua aromática. Los feligreses le regalaban numerosas matas de la planta, de manera que el patio de la casa cural estaba alfombrado de verde y aromado con el perfume de la yerbabuena.

El párroco creía en las bondades de la organización cooperativa, basado en los estudios que había hecho en la universidad de Lovaina en Bélgica. Se dedicó con ahínco a formar una cooperativa de campesinos y reunió a un grupo de los más emprendedores para iniciar la tarea de educarlos. Después del período de aprendizaje, cuando los convocó a la asamblea de constitución y elección de dignatarios, casi termina todo en una tragedia porque dos furiosos candidatos se atacaron con sus machetes y fue preciso que varios hombres intervinieran para evitar que se propinaran heridas mortales.

La cooperativa se convirtió en una empresa floreciente, pero el éxito alcanzado despertó la antipatía de quienes veían en ella una amenaza para sus negocios. Acusaron al párroco de mal manejo de los dineros comunales y de tener ideas comunistas, y él se vio obligado a viajar a la sede episcopal para explicar al obispo sus actuaciones.

Preocupados por lo que pudiera ocurrir, varios feligreses acordaron una estratagema que pondría al prelado de su parte: Un grupo de ellos, encabezado por Engracia, iría a entrevistarse con el obispo para pedirle que, El Huerfanito, la imagen venerada en toda la región, fuese expuesta en la iglesia parroquial durante las próximas festividades. La solicitud iría acompañada de una abundante limosna

que se recolectó entre los pobladores. Estaban seguros de que el obispo preguntaría por el comportamiento del párroco, lo que les permitiría relatar la verdad de los hechos. La misión fue tan exitosa que el obispo prometió ir en una visita pastoral en tiempo breve.

La celebración por el triunfo no se hizo esperar: En la sede de la cooperativa se reunieron los socios y armaron un concurrido festejo que fue amenizado por el grupo de cuerda que venía ensayando para las fiestas; don Timoleón regaló cuatro gallinas gordas para el sancocho que prepararon las mujeres, y los demás aportaron varias cajas de cerveza que se consumieron con euforia. Pese a la insistencia para que el cura bebiera licor, él sólo ingirió varias tazas del agua de yerbabuena que su hermana había hecho llevar en el termo de las visitas parroquiales.

Otra de las celebraciones solemnes era la Semana Santa en la que toda la población participaba con esmero y ocupaba en su preparación gran parte del año. El arreglo de los pasos procesionales estaba a cargo de familias que heredaban ese privilegio de generación en generación.

La más antigua institución piadosa era la Cofradía de los Nazarenos, cuyos miembros servían de cargueros en las procesiones con los rostros cubiertos por severos capirotos y vestían una túnica morada ceñida con faja de fique. Calzaban blancas alpargatas en señal de humildad, y su membresía la heredaban solamente los hijos varones.

En las mañanas de los días santos, una docena de penitentes, precedidos de la cruz procesional y repicando una aguda campana, recorrían las calles por donde pasaría la procesión vespertina para que los feligreses se enteraran de la ruta que tendría la ceremonia.

El rito más extraño que protagonizaban los nazarenos era la procesión del desande, que salía a las doce de la noche para hacer el recorrido inverso al de la procesión principal y en la que los fieles se flagelaban, cargaban pesadas cadenas o ceñían silicios mortificantes. Una noche se presentó una monumental gresca porque alguien ató cuentas de metal en los azotes que causaron heridas de consideración a los penitentes quienes, por ir borrachos, sólo las notaron cuando empezaron a sangrar copiosamente.

La graduación de bachiller de la sobrina fue todo un acontecimiento, y varios parientes viajaron en compañía de don Timoleón para asistir a la sesión solemne. No faltó la sirvienta quien puntualmente había contrarrestado la frugalidad de la comida del colegio enviándole un avío quincenal.

El salón de actos estaba repleto. Don Timoleón, vestido con impecable traje negro, se emocionó cuando ingresaron las nuevas bachilleras portando ramos de violetas para entregar a sus padres mientras sonaba la Marcha Triunfal de la ópera Aída. Después de emotivos discursos, números musicales, declamaciones y más discursos, se hizo entrega de los ansiados diplomas y, entre lágrimas y adioses, los asistentes comenzaron a desfilar hacia la salida. En las últimas bancas había una jovencita que lloraba inconsolablemente, ante lo cual una de las monjas del profesorado se le acercó y le dijo que no tenía por qué entristecerse puesto que ella no era de las que se iban del colegio en forma definitiva. La niña, con una expresión de dolor y rabia le respondió que, exactamente, lloraba porque tendría que regresar el siguiente año.

Durante el tiempo que la sobrina permaneció en el colegio, don Timoleón tuvo delicadas afecciones que le fueron minando su salud y, después de la graduación, no volvió a salir nunca de la casa. Permanecía en la sala la mayor parte del día, cobijado por la ruana tejida por las mujeres de sus medianeros con la lana de las ovejas que él mismo escogió, y siempre atendido amorosamente por Engracia.

En las tardes venían a acompañarlo algunos vecinos a quienes relataba episodios de su vida. Contaba una y otra vez que, siendo muy joven, había presenciado la visita del General Benjamín Herrera como candidato presidencial, uno de los militares más gallardos de la última contienda civil; también, la derrota electoral que le infringió a su compadre Isidro y los preparativos para la guerra con el Perú. Era una recordación desordenada que rescataba del olvido los acontecimientos más lejanos con una añoranza indiferente.

-¡Cómo pasa la vida!.- decía con frecuencia, aun sin que nadie lo escuchara.

Los sábados, indefectiblemente, llegaba a rendir sus cuentas el mayordomo de El Porvenir, quien con su elemental sistema de contabilidad le daba exacta razón de todo. Eran extensas conversaciones en las que don Timoleón le inquiría hasta por los más mínimos detalles de la marcha de sus fincas como si estuviera viendo cada cosa. Luego, con dificultad, anotaba en un amarillento cuaderno algunas cifras, e impartía las instrucciones para las actividades de los días siguientes.

Un sábado, mucho más temprano que de costumbre, llegó el mayordomo a buscar apresuradamente a don Timoleón. El anciano lo recibió con extrañeza y conversaron a solas durante un largo rato. Al final de la entrevista, don Timoleón le dijo a su mujer con un dejo de fastidio:

-¡Esta vaina se dañó;

.

Después de ese día, el anciano se tornó más taciturno que de costumbre y no volvió a hablar con nadie. Pasaba largas horas solitario con la cabeza inclinada sobre su pecho, hasta que una tarde, cuando la neblina había descendido más temprano que nunca, Engracia lo encontró muerto en el sillón, aun tibio bajo su ruana de lana virgen.

III

METODIO

Culminado el entierro de Engracia, Metodio llegó a la casa acompañado de varios amigos y entraron a la sala desconsolados. Nadie se atrevía a hablar hasta cuando el anfitrión, apersonándose de la situación, propuso:

-Vamos a hacer un brindis por la tía Engracia.

Y, gritando desde la puerta de la sala, ordenó: -¡Tráiganme unas copas de aguardiente!

Ese fue el primer acto con el que Metodio asumió el gobierno de la casa. Era el comienzo de un nuevo período de la vida familiar y, en adelante, todo le sería consultado.

El nuevo jefe del hogar sólo había recibido la educación primaria y, después, su formación había sido al lado de don Timoleón a quien acompañó durante varios años en el trabajo de las fincas.

Su infancia había transcurrido en la lenta rutina del pueblo, y fue don Abel su profesor en todos los años escolares. Era, éste, un hombre menudo de tez trigueña, que tenía una voz ya cascada por el ejercicio incansable de la cátedra y debía andar por los 70 años de edad en la época en que Metodio cursaba la escuela primaria.

Don Abel usaba una vara de sauce para dar énfasis a sus enseñanzas y azotar a los alumnos desaplicados. Su asignatura preferida era la aritmética que dictaba todas las mañanas a primera hora, cuando los alumnos debían recitar de memoria la tabla de multiplicar sin cometer equivocación alguna so pena de recibir el castigo con la bendita vara de sauce.

Vivía solo en una pieza con puerta a la calle que había arrendado en la casa del sacristán. Nunca se casó. Se decía que había sufrido una gran decepción amorosa y que juró no tener intimidad con ninguna otra mujer. Tenía un hijo, concebido en su juventud, que vivía en un pueblo cercano y venía a visitarlo de vez en cuando.

En su habitación, frente a la cama que tendía con un cubrelecho de algodón, estaba una vieja estantería de madera con varias docenas de libros que nunca lo abandonaron. En el estante superior guardaba los volúmenes de sus autores favoritos con señales de haber sido releídos muchas veces: Eran las obras de Antonio Machado, Bécquer, Miguel de Cervantes, Jorge Manrique, el Marqués de Santillana y Hurtado de Mendoza finamente empastadas.

Después de la muerte de don Abel, su hijo encontró dentro del libro de Machado estos versos escritos con tinta de color sepia:

“Cómo guardo tu nombre verdadero
que tanto repetí, siempre en silencio.
Cómo, vencido en mi secreta duda,
desdeño el porvenir
para aferrarme a tu recuerdo.
No imagines que muero por tu amor:
Vivo por ello.”

Don Abel llevaba una vida de asceta. Por las noches, después de comer en la casa del sacristán, se dedicaba a corregir las tareas de los alumnos hasta las diez de la noche; luego leía uno de sus libros predilectos y se acostaba a las once en punto. Se levantaba invariablemente a las cinco de la mañana y, luego de vestir su ropa vieja pero impecable, escribía cuidadosamente la fecha del día y un nombre de mujer en un cuaderno.

Cuando el hijo de don Abel recogió las cosas de su padre muerto, encontró numerosos cuadernos escolares con todos sus renglones ocupados con el nombre de María Ana. Al mirar esta uniforme caligrafía repetida diariamente quedó perplejo. Él no conocía a ninguna mujer así llamada y estuvo hojeando viejos papeles para despejar el incomprensible enigma. Decidió pasar a casa de Engracia para precisar con ella algunos detalles que lo pudieran ayudar.

Entre los viejos papeles que llevó encontraron un escrito difícilmente legible que decía:

“Me pides que escriba yo unos versos
al principio de tu álbum codiciado,
risueña princesita de ojos negros:
¿ no sabes que el tiempo es un malvado
asesino de amores y recuerdos?
Acaso te imaginas que estas páginas
no han de tornarse amarillentas
al rodar de los años?”

Releyendo la página, Engracia observó que las frases eran las mismas que la esposa del fontanero repetía constantemente cuando, ya perdida la razón por su

avanzada edad, no recordaba ni el nombre de su marido. Además, cayó en la cuenta de tales versos eran un acróstico para María Ana.

Don Abel, durante largos años había repetido en silencio el nombre de María Ana y no quiso intentar amar de nuevo, aferrado a su recuerdo con el que vivió hasta la muerte.

- Pero, entonces, los versos escritos en tinta sepia no son una poesía sino un simple relato - observó uno de los presentes.

- Puede que usted tenga razón.- respondió el hijo de don Abel - Es el relato de una poesía vivida todos los días.

A diferencia de don Timoleón, Metodio era aficionado a la bebida y con frecuencia organizaba ruidosos festines.

Un Viernes Santo, mientras Metodio departía con sus habituales visitantes, le informaron que el policía esposo de su prima había sido asesinado y que el cadáver horriblemente mutilado era traído por los trabajadores de El Porvenir.

El pueblo quedó repentinamente desierto porque los atemorizados habitantes se encerraron en sus casas y muy pocos acompañaron a Metodio en el velorio. La viuda estuvo toda la noche sentada frente al ataúd, que habían cerrado herméticamente para no dejar ver el cadáver destrozado, aunque ella sabía que había sido encontrado clavado en un árbol de manos y pies como un Cristo, completamente desollado y sin ojos ni partes genitales.

Se caminaba puntillas y se hablaba en voz baja para respetar el mutismo de la triste mujer. Metodío y algunos de sus amigos conversaban en el extremo del corredor, en tanto que las cocineras servían tazas de café a los presentes. Un agente de la policía solitario montaba guardia en la puerta de la calle.

La misa de cuerpo presente, a la que solamente asistieron los familiares y unos pocos amigos, se celebró con un inusitado despliegue militar. Finalizada la liturgia, el féretro fue transportado en uno de los camiones del ejército hasta el cementerio donde se realizó el sencillo ceremonial propio de su rango.

La señorita Virginia, una vecina de toda la vida, se dedicó en los días siguientes a ayudar en la casa con una puntualidad prodigiosa. Era, ella, una persona diligente y estricta en el cumplimiento de sus obligaciones, y su colaboración fue inapreciable porque la viuda del policía, que había asumido la dirección de los oficios domésticos después de la muerte de Engracia, perdió todo interés y se encerró en su habitación durante meses.

Virginia estaba pendiente de lo que se hacía en la cocina; inspeccionaba las labores de aseo; controlaba la venta del queso y atendía cariñosamente al pequeño que ya asistía a la escuela.

Aunque nunca había sido muy bella, Virginia era esbelta y elegante. Tenía un carácter dominante y una tenacidad a toda prueba, probable razón por la que no llegó a casarse. En su juventud había sido osada y, sin sobrepasar sus acendradas convicciones morales, tuvo actitudes inusuales en las mujeres de su generación. Fue quien arengó a los pobladores cuando se inició la guerra con el Perú y les reprochó enérgicamente a los varones su actitud pusilánime. Atendió durante un tiempo la asentía y estableció unas rígidas normas en la venta de licores para evitar los pleitos que se suscitaban por causa de su incontrolado consumo.

Fue enfermera y maestra de escuela, y con ella aprendieron las primeras letras muchos habitantes de la población.

En una ocasión en que don Timoleón enfermó y se sentía incómodo porque la señorita Virginia debía aplicarle una lavativa, ella le increpó con decisión:

-Voltéese rápido que yo he visto, ya, muchos traseros.

Años atrás, cuando la mayor de las hermanas de Engracia ingresó en el lejano convento de las Hermanitas de los Pobres de San Pedro Claver, le pidió a Virginia que visitara todas las noches a su madre y, en su nombre, le diera un beso de despedida para que no sufriera por su ausencia. La ceremonia se cumplió invariablemente hasta cuando la anciana murió, quince años después de la partida de su hija. En un momento dado, aquella visita se convirtió en una angustiosa espera: Si estaban rezando el rosario, la madre tenía que suspender las oraciones para recibir a Virginia; si la vencía el sueño, pedía una taza de café espeso para esperar despierta la despedida ritual; cuando se olvidaban del beso y ponían la tranca en el portón grande, se sobresaltaban con los fuertes golpes del aldabón que anunciaba la llegada de la vecina. La anciana madre, después de una inquieta agonía, no pudo morir sino cuando Virginia, quien había salido del pueblo a sus habituales compras mensuales, regresó luego de dos días de viaje.

-Virginia es como el dulce de durazno- dijo don Timoleón en cierta ocasión- Es muy buena pero empalaga.

La muerte del policía había revivido en los habitantes la tragedia de Engracia, y su ausencia se sentía con mayor fuerza en esos días de duelo. Virginia, con una precisión insuperable, recordó los detalles de aquel entierro que alteró desde entonces las costumbres del poblado:

Para asistir a la ceremonia fúnebre habían llegado personas de veredas y municipios vecinos que se agolparon en el templo. El parque principal estaba atestado de cabalgaduras como si fuese un día de fiesta, y un movimiento inusitado de automotores congestionaba las angostas vías de la población.

Terminada la misa, el enorme cortejo se encaminó hasta el cementerio y el féretro de Engracia fue pasando de mano en mano entre los hombres que se ofrecieron a cargarlo durante breves trayectos. Detrás de él, entre las mujeres vestidas de luto, iba la hermana de Engracia que lloraba en silencio.

En el cementerio tomó la palabra el doctor Portillo y, con tono grandilocuente, hizo un recuento de la meritoria vida de Engracia y se extendió en elogios a su prestante familia.

-Como dijera don Timoleón- dijo Portillo para rematar su discurso- la muerte es un viaje sin regreso para el que no necesitamos equipaje.

Al día siguiente, la hermana de Engracia invadida de pena y de frustración, decidió ir hasta la casa de la difunta para ejecutar algo que siempre había querido hacer, tratando de alejar las maldiciones que, según ella, habían caído sobre la familia.

Autorizada por Metodio pasó a la alcoba de Engracia y se dirigió al viejo baúl que ella guardaba cerca de su cama. Lo abrió, tomó un fardo de papeles meticulosamente ordenados por paquetes atados con cintas rojas, y lo llevó al solar. Enseguida encendió una hoguera y se dio a la tarea de quemarlos uno a uno, apenas sin leerlos.

-Estas son las cosas de descreídos y masones que le trajeron la mala suerte a mi hermana- pensó.

Ponía todo su empeño en incinerar las hojas de papel, sin fijarse en que el pequeño Juan Timoleón, escondido entre arbustos, observaba atemorizado el misterioso ritual.

Encontró una vieja fotografía que le hizo recordar algunos episodios de los cuales ella misma había sido protagonista.

-¡Aquí está pintado Timoleón! - murmuró la mujer ante el retrato de un joven vestido de traje oscuro, junto a una muchacha sonriente recostada sobre una roca y con una hortensia en su oreja derecha. Las mangas cortas del vestido estampado de flores mostraban los brazos torneados y el escote dejaba ver el comienzo de sus senos turgentes.

-Esta es la Mora- exclamó para sí la mujer- Y Engracia, tan pendeja, guardando hasta los retratos de las otras.

En la época en que fue tomada la fotografía, don Timoleón era un hombre soltero con mucho éxito entre las jovencitas de su generación. Había conocido a la actual inquisidora de sus recuerdos antes de conocer a Engracia, su hermana menor, y aquella soñó durante años en casarse con él. Pero la relación se terminó intempestivamente y, de manera inesperada, don Timoleón pidió la mano de Engracia y se desposaron a las pocas semanas.

La hermana de Engracia conservó un oculto rencor hacia su cuñado a quien consideraba culpable de su soltería, porque ella había desechado a varios pretendientes abrigando la esperanza de desposarse con don Timoleón.

-Pero fíjese -dijo para sí- ni siquiera tuvieron hijos, y mi hermana tuvo que criarle los sobrinos.

Recordó los tiempos en que eran más evidentes las diferencias sociales, cuando “los de arriba” eran las familias más prestantes y habitaban en la parte superior del pueblo, y “los de abajo”, de menor categoría, ocupaban la parte inferior en dirección del río separados por el parque principal.

En las fiestas de diciembre se hacían bailes en las casas de familia para que los pobladores departieran indiscriminadamente. Era la época del año en que se “abrían las salas”, según decían los más viejos.

El recorrido por las salas abiertas se iniciaba en las casas de las familias más distinguidas y terminaba en las de abajo, cuyos bailes eran mucho más alegres y prolongados como si ejercieran una implícita venganza de clase.

-Vamos temprano a aburrirnos con las de arriba para alegrarnos después con las de abajo- era una frase común entre los hombres.

Debajo del parque vivía la familia de las Mora, de la que hacían parte varias hijas de gran belleza. La mayor era la joven coqueta que aparecía con don Timoleón en la fotografía que su cuñada echó al fuego.

Los bailes más famosos se celebraban en la casa de las Mora, y fue un 28 de diciembre cuando, don Timoleón, que apenas cumplía su segundo año de matrimonio, se entusiasmó con quien había sido su amiga de soltería y permaneció bebiendo y bailando con ella hasta el amanecer.

Engracia, que como todas las mujeres del pueblo recelaba de la conducta de las Mora, no quiso hacer comentario alguno a pesar de que anidaba un gran disgusto. Desde el día siguiente, en todas las comidas sirvió mermeladas, sorbetes y tortas de moras hasta cuando, don Timoleón, aburrido por la monotonía de la mesa, preguntó:

-¿Es que aquí no hay sino moras para comer?

Ante lo cual, Engracia le respondió pausadamente -¿Y no es que le gustan tanto?

Metodio se dedicó a dirigir El Porvenir, la única hacienda que conservaba la familia porque las otras habían sido vendidas para atender los gastos que ocasionaron las tragedias. También aumentó su afición a la bebida.

Frecuentaba las tiendas que expendían licores y tuvo numerosos altercados con los pueblerinos que le dieron fama de pendenciero. Había cobrado un aire desafiante y se exhibía paseando a caballo por las calles del pueblo. Si bien su cultura era precaria, poseía una perspicacia natural que le permitía hacer observaciones atinadas sobre los acontecimientos políticos. Para ilustrar sus opiniones casi siempre se remitía a las apreciaciones que oyó de boca de don Timoleón.

-La política hay que hacerla con alma, vida y sombrero- era una de sus frases favoritas aprendidas del tío.

-En elecciones, el que se deja pendejear pierde- le dijo a sus contertulios en la tienda la esquina la tarde en que se conoció el calendario electoral para cuerpos colegiados.

Las afirmaciones de Metodio provocaban comentarios favorables, y sus interlocutores agregaban dramáticos episodios del feroz enfrentamiento que había ocurrido años antes entre los dos partidos políticos tradicionales.

-El asesinato de Gaitán fue lo que trajo la desgracia a este país- aseveró uno de los contertulios.

Quien así hablaba era Luis Arenas, el zapatero más afamado del lugar. Era un sexagenario de recia personalidad que se ufanaba de haber pertenecido a las juventudes que acompañaron al caudillo sacrificado. En su zapatería conservaba una fotografía adornada con una cinta negra en diagonal, en la que aparecía su jefe con un gesto de orador vehemente empuñando con energía el brazo derecho.

Arenas no bebía licor sino en contadas ocasiones pero, en cambio, siempre llevaba en su boca un tabaco negro, muchas veces apagado. Era hombre de pocas palabras, pero se entusiasmaba cuando se hablaba de su partido en el que sólo reconocía la jefatura de su héroe asesinado.

-Yo estuve al lado de Jorge Eliécer Gaitán en ese balcón cuando vino como candidato presidencial- recordaba Arenas con frecuencia.

La zapatería de Arenas funcionaba en un local externo de su casa. Todas las mañanas a las siete abría el taller, se colocaba su delantal de cuero y se sentaba en el banco para emprender su labor con el tabaco apretado entre los dientes. Era meticoloso en la realización de los trabajos, y a las cinco de la tarde, sin falta, cerraba el negocio y salía a la tienda de la esquina para reunirse con el grupo de amigos que acudía a ella habitualmente.

Era de complexión fuerte pero magro a su vez. Usaba siempre un sombrero de fieltro y sólo se descubría durante la misa de los domingos, cuando dejaba ver su calva señorial blanquísima porque nunca recibía el sol.

Arenas vivió los peores días de la violencia partidista pero nunca alteró sus costumbres. Siempre abrió y cerró la zapatería a las mismas horas, pese a que su mujer le pedía que no se quedara en ella hasta el atardecer. Un día, cuando Luis Arenas cerraba la puerta de su negocio, llegó una volqueta oficial en la que venían varios policías borrachos y se detuvo frente a él. El zapatero permaneció impasible y miró fijamente a quienes apuntaban amenazantes sus armas esperando lo peor. Pero el policía que comandaba el piquete bajó lentamente el revólver y ordenó:

-Vamos, dejemos a este hijuepuerca para otro día.

Arenas fue quien fabricó el zapato que necesitaba don Timoleón para su pie izquierdo, después de la fractura que sufrió y que le dejó como secuela esa pierna más corta.

-Luis Arenas es mejor que los médicos de la capital.-afirmaba con orgullo don Timoleón- Me puso en el zapato lo que me falta en la pierna.

Arenas formaba parte de un grupo secreto que se reunía una vez al mes en distintas casas. A esas reuniones solamente se podía asistir usando, para entrar, unas misteriosas contraseñas. En el pueblo se decía que eran reuniones de masones y que en ellas se celebraban tenebrosas ceremonias, y los convocados se ufanaban de despertar la curiosidad de los vecinos. Mas, eran simples reuniones de amigos en las que se trataban los más variados temas y, una entre mil, destapaban una botella de brandy por un motivo especial.

Otro de los asiduos asistentes a las habituales reuniones mensuales era Celiano, un electricista reconocido en el pueblo. Durante muchos años, Celiano había sido empleado de la empresa municipal de energía y, como conocía minuciosamente las redes eléctricas, era constantemente requerido para toda clase de instalaciones y reparaciones.

Se ufanaba de ser un hombre honrado a toda prueba y no admitía que le fuera objetada alguna cuenta, de manera que cuando alguien consideraba muy caro el precio de sus servicios, él le replicaba con disgusto:

-¡Entonces, díglele a Jesús que le haga el trabajo!

Jesús era el otro electricista del pueblo a quien Celiano menospreciaba porque lo consideraba un bribón. En efecto, Jesús había sido despedido de la empresa de energía debido a que, por su conducta inmoral, produjo la quiebra de la entidad. La causa del descalabro financiero fue la adulteración que el deshonesto electricista hacía de los contadores a cambio de propinas que recibía subrepticamente. Aunque el escándalo fue mayúsculo, el empleado solamente pudo ser separado de su empleo sin sanción alguna porque la gran mayoría de los habitantes, empezando por los concejales del municipio, habían contratado sus fraudulentos servicios bajo la creencia de que se trataba de favores secretos y exclusivos. La sugerencia de Celiano para que sus clientes contrataran los servicios de Jesús era una ironía porque, después de su despido, éste había desaparecido de la población sin dejar rastro.

Por aquellos días, como fruto de la anarquía que había invadido a los partidos, los jefes de los grupos regionales se desplazaban buscando adeptos y escogiendo líderes entre los ciudadanos más conocidos. Era una afanosa pesquisa tratando de comprometer con halagos personales y toda clase de promesas a los dirigentes de los pueblos.

Metodio recibió la visita de un emisario enviado por un congresista, que venía con el propósito de invitarlo a que formara parte de las listas de su grupo como candidato a la Asamblea Departamental. La oferta era halagadora porque el nuevo movimiento político realizaría la campaña electoral a cambio de una suma fija que el candidato debía pagar por anticipado. Una vez elegido, la tercera parte de sus sueldos sería para el movimiento, además de los auxilios que el diputado incluyera en el presupuesto departamental.

-Usted no se preocupe- afirmó el emisario –cuando salga elegido haremos todos los arreglos.

La conversación que sostenía Metodio con el emisario del político se celebraba en “El Retablo”, un restaurante ubicado en la parte de arriba del pueblo. Su dueño, Hernán Garnica, había llegado a la población de una manera casual después de un accidente automovilístico que lo obligó a recluirse durante largas semanas en una cama de enfermo.

Garnica era un hombre muy vital. Había perdido el páncreas como consecuencia de los traumatismos que sufrió en el accidente, y en su convalecencia agotó todo el patrimonio que poseía. Pese a todo, no decaía en el esfuerzo de levantar cabeza y hacía innumerables ensayos para encontrar el negocio de su vida. Se hizo fabricante de velas de parafina, y viajaba cientos de kilómetros hasta una población de los llanos orientales para vender su producto. Tuvo que cancelar el negocio después del día en que, al quedarse dormido en su rudimentaria fábrica,

se desató un enorme incendio que casi le cuesta la vida. Abrió, después, una “gestoría” para tramitar licencias de conducción, pagar los impuestos y hacer diligencias extrajudiciales. Fue representante de loterías y agente vendedor hasta que, finalmente, se decidió a montar “El Retablo”, un restaurante de “comidas internacionales”.

Aquella tarde, Metodio y su acompañante bebieron varias botellas de cerveza y le ordenaron a Garnica que les dejara escuchar música mexicana. Éste accedió a regañadientes, y aquello que comenzó como una conversación confidencial, se transformó en una ruidosa celebración a la que se unieron numerosos amigos de Metodio.

-Usted tiene que acompañarme en la política- le dijo Metodio a Garnica, tomándolo fuertemente del antebrazo cuando éste se acercó a servir las bebidas.

-Yo no me meto en cosas de política -respondió secamente el dueño del restaurante - Mi familia ya pagó un precio muy alto por eso.

Metodio consideró una impertinencia aquella fría respuesta y, dirigiéndose a sus animados acompañantes, gritó con ironía:

-¡Cómo les parece! Ahora son los advenedizos los que vienen a darnos las órdenes.

- Pues sepa usted, -dijo señalando con el dedo índice a Garnica- en adelante va a saber quién es el que manda aquí- y diciendo esto, se levantó estrepitosamente de la silla y salió del restaurante con sus conmitones sin pagar la cuenta.

Garnica, quien se refería a Metodio como “un burro cargado de plata”, le imprecó desde el zaguán, cuando éste salía:

-¡Aquí en mi casa el advenedizo es usted! -Y hablando para sí, concluyó- quién sabe de dónde sacó este burro la palabra advenedizo.

Durante los días siguientes la agitación electoral fue enorme: Por todas partes aparecieron los afiches de Metodio pegados por los numerosos muchachos que le seguían en su campaña. Los fines de semana un automóvil hacía propaganda por altoparlante, y se anunció una gran manifestación en la que estaría presente el jefe del movimiento para respaldar la “aspiración” de la provincia en cabeza de Metodio.

Metodio resultó ganador, y la alegría por el triunfo fue estruendosa. Cuando se dieron los resultados confirmando la elección, su casa se llenó de seguidores que se bebieron todo el aguardiente que iba apareciendo de manera portentosa durante la noche entera. Hubo discursos, baile, peleas y comida hasta el amanecer, cuando las dos sirvientas que habían acompañado siempre a Engracia, sentadas en los bancos ennegrecidos de la cocina y agotadas por los oficios de la noche, comentaron con desaliento:

-Mija, -dijo una de ellas- de aquí en adelante esto va a ser una faena terrible.

-¡No, -dijo la más vieja- de aquí en adelante, esto va a ser otra tragedia!

IV

LOS MUERTOS

La llegada de Metodio a la asamblea produjo grandes cambios en su familia: Su hermana, la viuda del policía, entró a trabajar en la contraloría seccional y se trasladó a vivir en la capital del departamento con su hijo y una de las sirvientas de la casa. La señorita Virginia, indignada por el mal tratamiento que recibió del nuevo jefe del hogar, nunca volvió a pisar la casa de Metodio, convertida en una vivienda descaecida y solitaria que solamente cobraba vida cuando él llegaba a sus visitas semanales.

Metodio adoptó un comportamiento arrogante. Ponía su mayor interés en terminar las tareas de la diputación para viajar a su población y hacer, ante sus seguidores más obsecuentes, alarde de imaginarias hazañas protagonizadas por él en la asamblea. Eran frecuentes sus borracheras, grandes sus excesos gastronómicos y ostensible su predilección por las jovencitas del lugar, que tenían que soportar el asedio grosero del político. Adquirió una enorme panza que lo hacía más notorio y repelente.

El nuevo diputado carecía del sentido del humor, y sus compañeros de diputación lo hacían incurrir en ridículas actuaciones por su desconocimiento de las prácticas parlamentarias. Con todo, Metodio fue adquiriendo confianza y, algunas veces, se atrevía a intervenir en las sesiones plenarias.

Por aquella época actuaba un asambleísta opositor al gobierno a quien Metodio observaba con envidia por la forma como se expresaba y por los ingeniosos recursos que utilizaba para captar la atención del auditorio. Blanco, el diputado opositor, promovía resonantes debates en los que acusaba al gobernador por el despilfarro de los dineros públicos y la irresponsabilidad en el ejercicio de su cargo. En la asamblea se escuchaba diariamente su voz elocuente y acusadora que llegó a inquietar al aristocrático mandatario.

Con motivo de una conmemoración patria, el gobernador ofreció un banquete en el club más exclusivo de la capital con asistencia de todas las autoridades, y para el cual se cursó especial invitación al diputado Blanco. En medio del bullicio de los asistentes y cuando se escanciaba un fino whisky, el anfitrión llamó la atención de los presentes repiqueteando su vaso con uno de los cubiertos de plata y, con ironía, se dirigió a Blanco:

- Bueno, ahora sí dígame, Honorable Diputado, ¿cuáles son los cargos que usted me hace por despilfarros y malos manejos?

El asambleísta, sorprendido por la artimaña que le tenía preparada el gobernante, se acarició lentamente la barbilla y, después de unos segundos, respondió:

- Mire, Señor Gobernador: Mi padre es profesor de aritmética, y en una de sus clases le preguntó a un alumno distraído: Dígame ¿cuánto es siete por nueve? ante lo cual, el jovencito solamente atinó a contestar:
- Profesor, usted lo sabe, usted sólo me pregunta para joderme.

Metodio se hizo célebre por su tozudez y se ufanaba de ser un auténtico representante del campesinado. Consciente de sus limitaciones intelectuales, se dedicó a conseguir empleos y prebendas a sus seguidores más fieles, de tal suerte que se ganó el aprecio de quienes se beneficiaban pero, a la vez, el reconcomio de quienes no obtenían sus favores.

Una de las diligencias más fastidiosas que debía cumplir el político era acudir, casi todos los lunes, a la inspección de policía para pedir la excarcelación de los detenidos durante el fin de semana por escándalos callejeros y por el porte ilegal de armas.

Una mañana, Metodio fue abordado por algo inusual: Quienes acudieron a su casa eran dos policías que venían a pedirle la entrega de Peluco por haber incurrido en desacato a la autoridad.

-¿Entregarles a quién? – preguntó con disgusto el diputado.

-Es que Peluco lo dio a usted como referencia, - respondió uno de los policías.

- ¿Yo qué tengo que ver con ese pendejo? Si cometió una falta, que la pague - replicó el diputado, y dio la espalda a los agentes.

El infractor, considerado por Metodio como un miembro insignificante de su clientela, era un conocido personaje. Ejercía con igual dedicación sus profesiones de peluquero y de borracho, y en ambas era ciertamente cumplido y, por su oficio, fue apodado “Peluco”. Terminaba con puntualidad el trabajo de la peluquería y, con igual asiduidad, iniciaba la jornada alcohólica todas las tardes. Sus clientes del día eran, generalmente, los contertulios de la noche, de manera que sus conversaciones constituían un diálogo que se iniciaba en la silla giratoria de

peluquero y terminaban en la trastienda de “La Difícil”, una exuberante cuarentona que recibió ese apodo por lo casquivana que era.

El peluquero tenía un gran sentido del humor y nunca protagonizaba escándalos ni usaba expresiones soeces en sus conversaciones. Pero, una noche de tragos, Peluco armó una gresca que obligó a intervenir a la policía para calmar los ánimos y atender los reclamos de La Difícil, que exigía el pago de los vasos y los vidrios rotos. Peluco fue detenido.

Los policías que conducían al escandaloso ebrio al lugar del arresto, recibieron de éste una solicitud formulada en los términos más respetuosos:

-Señores agentes – dijo Peluco – antes de que me aten a los grillos déjenme informarle a mi señora que, por fuerza mayor, tendré que pasar la noche fuera de casa.

-Eso no está permitido – replicó uno de los policías – Pero, bueno, vamos a ayudarlo.

Al llegar a su casa, el peluquero golpeó la puerta con el aldabón y, cuando alguien abrió, entró mientras los dos policías esperaban a que saliera. Al cabo de un largo rato, en vista de la demora, los guardias procedieron a golpear enérgicamente el grueso portón de madera.

Se abrió, entonces, una de las ventanas y Peluco, que ya estaba en pijama, les dijo a los agentes:

-Señores, me demoro.

Era esa la razón por la cual los policías buscaron a Metodio para que los ayudara a aprehender a quien la noche anterior les había tomado el pelo tan paladinamente.

La viuda del policía tenía una amistad íntima con la hija de Rullas, el tinterillo que protagonizó en el pueblo uno de los episodios más escandalosos de los últimos tiempos. Siempre vestidas de negro, las dos amigas se reunían con frecuencia y caminaban hasta el cementerio para llevar flores a sus muertos. La hija de Rullas rumiaba un deseo inmenso de venganza y no podía olvidar los trágicos sucesos que la atormentaban, mientras que su compañera lloraba inconsolablemente la ausencia de su esposo, el joven policía asesinado cruelmente por la guerrilla.

Todo ocurrió una mañana en torno al Tribunal Superior, frente al cual se apostó una multitud expectante acompañada de un sordo murmullo.

Fue en ese momento cuando salió el Magistrado de su oficina y, sin titubeos, dijo a los policías que lo esperaban en la puerta para arrestarlo:

-“¡Vamos!”

El detenido se ladeó ceremoniosamente el sombrero con la mano derecha, metió la izquierda en el bolsillo del saco e inició la marcha. Sin saludar a nadie, como siempre que entraba o salía, caminaba impávido en medio de los dos policías.

De repente, apareció en la mitad del corredor el doctor Mogollón, su colega de magistratura, y se interpuso con arrogancia en el camino de la comitiva. Estaba

furioso. Sus ojos muy abiertos centelleaban detrás de las antiparras al tiempo que un temblor casi imperceptible agitaba sus piernas. Mogollón se abalanzó sobre el Magistrado, le arrebató su sombrero y lo lanzó al suelo para pisotearlo repetidas veces con los dos pies. Después, frotándose las manos, dijo iracundo:

-Ah, viejo cochino, ¿con que no te quitabas el sombrero? – y, dando media vuelta, desapareció entre los curiosos.

Todos quedaron inmóviles. Cuando los policías reanudaron la marcha remolcando al Magistrado, el Citador se apresuró a recoger el sombrero y trató de enderezarlo para entregarlo a su dueño, pero ya no pudo adelantarse a la comitiva y apenas logró ponérselo en la cabeza desde atrás. Así, ausente por completo, apareció el reo en el atrio del tribunal con el sombrero arrugado y puesto al revés.

El Magistrado había llegado a la población hacía dos años pero muy poco se sabía de su pasado. Inteligente y bien apadrinado, trataba con sumo desdén a sus compañeros de magistratura a quienes les exigía el tratamiento de “doctor”.

Adobaba una avaricia enfermiza y, para no pagar arriendo por la vivienda, durante algún tiempo durmió en el propio despacho sobre el diván de dotación y efectuaba su aseo personal en el lavamanos del final del pasillo. La mujer que hacía la limpieza, varias veces lo encontró en paños menores vistiéndose en la oficina.

A lo largo de varios meses almorzó en los comedores públicos de la plaza de mercado en compañía de caletas y mendigos. De unas semanas para acá, decidió hacerlo en un restaurante barato de la cabecera del parque. En ese lugar se hallaba el día de la tragedia.

Serían las diez de la mañana cuando el Citador se encontró con Rullas quien, acompañado de dos hombres, vociferaba con ira. Rullas y el Citador eran seguidores de Metodio y frecuentaban su casa en las celebraciones políticas.

-Le cuento -dijo Rullas- que voy a demandar a ese viejo miserable. Y, para que aprenda, le voy a dar una cueriza en la mitad del parque.

Rullas era un picapleitos muy conocido en la población. De joven había rodado del tumbo al tambo hasta que, por la influencia de Metodio, logró hacerse nombrar oficial mayor de un juzgado y al poco tiempo consiguió que lo ascendieran a secretario. Desde entonces ganó merecida fama de pendenciero y algo pícaro y, cuando lo expulsaron del poder judicial por comprobadas irregularidades, empezó a ejercer como abogado sin título.

Se hizo, hasta cierto grado, amigo del Magistrado y se ufanaba de sus “negocios en el Tribunal”, refiriéndose a casos en los cuales se comprometía a intrigar ante aquel.

Por aquellos días se decía que los dos se habían puesto de acuerdo en un sonado proceso. Sea lo que fuere, Rullas hablaba con descaro del “arreglo” pero, desde el día anterior, en todas partes afirmaba que el Magistrado lo había estafado. Era esa la razón de sus amenazas.

A las once y media, como de costumbre, el Magistrado se caló su sombrero, salió de la oficina y bajó distraídamente la escalera del pórtico en busca del restaurante donde almorzaba.

El Magistrado ocupó una mesa del fondo y le dijo secamente a la mesera que lo atendía:

-Tráigame el almuerzo.

Iba a empezar a hojear el periódico cuando Rullas apareció en la puerta y, pasando con brusquedad por entre las mesas, lo increpó con altanería.

-¡Viejo miserable! Usted no es el que me va a joder a mí! – Y, alzando el brazo derecho, continuó: -Para que aprenda le voy a dar rejo en la mitad del parque, jediondo!

Estaba congestionado por la ira y manoteaba amenazante en la cara del Magistrado quien, pálido, le contestó con dignidad:

-Yo no me dejo pegar, y si me va a irrespetar le doy bala.

-Pues salgamos a la calle y lo mato –replicó el otro- porque Usted es un viejo sinvergüenza.

Dicho esto, Rullas se apresuró a salir y alcanzó la mitad de la calle mientras el Magistrado se levantó y, sin prisa, caminó hasta el andén. Rullas hizo el ademán de usar su arma pero, el Magistrado, apuntándole con un revólver calibre 38, le disparó dos balas a la altura del pecho y el tinterillo se desplomó herido de muerte en medio del desgarrador grito de su hijo:

-¡Mataron a mi papá!- y se lanzó sobre el moribundo que tosía con un cigarrillo encendido en la boca.

Alguien se echó a correr gritando:

-¡Policía, policía, mataron a Rullas!

El Magistrado, con una palidez transparente, regresó al restaurante y se sentó en una silla próxima a la entrada. A los pocos minutos llegaron dos agentes a órdenes de un sargento quien, apuntando con su pistola, preguntó:

-¿Dónde está el homicida?

Este se levantó, tomó su sombrero y dijo:

- Primero que todo, necesito ir a mi oficina.

Muchos curiosos rodeaban el cadáver de Rullas pero, cuando el Magistrado salió hacia el edificio del Tribunal en medio de los policías, todos lo siguieron formado una gran procesión a través del parque. Esa fue la multitud que se apostó en el atrio y esperó hasta cuando el Magistrado apareció con su sombrero arrugado y puesto al revés.

Aunque se le designó un abogado de oficio, el Magistrado orientó su defensa. Alegó “legítima defensa” y la argumentación fue impecable. Según los entendidos, las circunstancias de tiempo, modo y lugar lo favorecían.

Una mañana, estando reunido el Tribunal en sala plena, entró el Citador al salón de sesiones para entregar al Presidente un sobre proveniente de la Corte Suprema de Justicia rotulado con el sello de “urgente”. El destinatario lo abrió con todo cuidado con el silencio de sus colegas, mientras su ceño se iba frunciendo al tenor de la importante comunicación. Al terminar su lectura dejó caer las manos sobre la mesa y dijo con desagrado:

-Señores: debo informarles que la Honorable Corte ha absuelto al Magistrado y ordena su reintegro a este Tribunal a partir de la fecha.

Cruzó el salón un ronco grito de dolor que provenía del otro extremo de la mesa, donde el doctor Mogollón se desgonzaba víctima de un infarto cardíaco.

Después de la muerte de Rullas se recrudeció la violencia. Varios frentes guerrilleros se instalaron en el departamento, estimulados por la construcción del oleoducto que atravesó su territorio y que se convirtió en fácil presa de las guerrillas para obtener dividendos económicos. Desde entonces, se multiplicaron los secuestros, las extorsiones y los ataques terroristas.

Metodio fue retenido en repetidas ocasiones por comandos subversivos para hacerle interrogatorios amenazantes sobre sus actividades políticas. La última vez que esto ocurrió estuvo a punto de ser secuestrado, de lo que se salvó gracias a su hábil manera de defenderse alegando su origen campesino.

Una vez acaecidos estos incidentes, el diputado no pudo salir confiadamente a sus visitas políticas y tuvo que reducir su acción a los centros urbanos. En adelante, eran los seguidores de Metodio quienes tenían que viajar para verlo en el modesto hotel donde se alojaba en la capital del departamento.

La Viuda, por su parte, se había dedicado con fervor a la educación de Juan Timoleón, quien no respondía a sus afanes. Era perezoso y, en cuanto podía, faltaba al colegio para quedarse en la calle con sus amigos. Cuando cursaba el tercer año de bachillerato abandonó el colegio. Con los meses, se enamoró de María Arcelia y, finalmente, se casó con ella. La madre del muchacho los ayudó para que abrieran una tienda, con la cual sostenían los gastos de la casa. La joven

esposa se dedicó a cocinar empandas, fabricar arepas y batir melcochas de panela para surtir la tienda familiar.

Maria Arcelia era nieta de Isidro, el compadre que inventaba las escenas de muerto y, por eso, en el pueblo le habían puesto el remoquete de “la muerta”, que le fastidiaba enormemente. Cuando se generalizó la costumbre de llamar a la nueva familia “los muertos”, pensaron seriamente en cambiar de lugar de residencia.

Siempre que podía, María Arcelia introducía el tema sobre la conveniencia de trasladarse a una ciudad grande, donde la familia consiguiera mayores ingresos y pudiera educar a los hijos en buenos colegios.

Sin embargo, pasaron varios años sin que la idea se cristalizara, y quedaron sumidos en la rutina desesperante del pueblo y la indolencia de los vecinos que no les permitía tener intimidad con nadie que no fueran los miembros de su propia familia. Una apreciable prosperidad les sirvió para comprar una casa grande frente al parque principal y tomar en arriendo las tierras cultivables de El Porvenir.

Los actos de violencia que protagonizaban los grupos subversivos hicieron que el pueblo adoptara una fisonomía triste. Después de las cuatro de la tarde se cerraban todos los establecimientos comerciales, y los atemorizados habitantes se refugiaban en sus casas a puerta cerrada

La guerrilla se adueñó del poblado. Los más ricos eran extorsionados constantemente, y aquellos que se negaban a pagar la vacuna eran vilmente asesinados. Varios candidatos a cargos de elección cayeron bajo las balas acusados de engañar al pueblo, y un joven alcalde fue sacado a la fuerza de su despacho y fusilado en la mitad del parque a pleno medio día.

Una de las prácticas más execrables de la guerrilla era el secuestro. Los comandos armados llegaban abiertamente a las casas de sus víctimas y, ante la mirada impotente de todos, se las llevaban a la fuerza.

Heraclio era un comerciante que había amasado una mediana fortuna con su trabajo. De talante bondadoso, colaboraba en todas las acciones comunitarias que requerían el trabajo personal o la contribución económica de los vecinos. En su época de adolescente había sido uno de los jóvenes que visitaban frecuentemente a don Timoleón para pedir su consejo y, algunos años después, fue nombrado alcalde del municipio por insinuación del anciano. Era, además, un hombre valiente.

Tenía un almacén de productos agropecuarios y había comprado a Metodio parte de las tierras de El Porvenir donde criaba ganado y cultivaba frutas y hortalizas.

Una mañana, cuando regresaba de su finca, fue interceptado por dos vehículos, y varios individuos que ocultaban sus rostros con pasamontañas intentaron secuestrarlo. Heraclio se defendió con osadía y logró ultimar a uno de los agresores con un balazo certero. No obstante haber logrado ahuyentar a los asaltantes, recibió una bala en el abdomen. Gravemente herido, alcanzó a conducir su vehículo hasta el hospital donde lo atendieron de urgencia y le salvaron la vida.

Desde ese día la vida de Heraclio fue azarosa. Tuvo que ausentarse varias semanas del pueblo y cuando regresó, ya completamente restablecido de su herida, debió cambiar sus costumbres. Ya no visitaba diariamente su finca; el almacén era atendido por su esposa, y solamente salía los domingos para asistir a la misa matinal.

Finalmente no se libró del secuestro. Una tarde llegaron a su negocio cuatro individuos fuertemente armados, amenazaron de muerte a su mujer, ocuparon la casa de manera violenta y lo sacaron cubierto con una sábana. Cuando salían, uno de los secuestradores le dijo bruscamente a su esposa: - “busquen pronto el dinero porque, si no, lo ajusticiamos”

A Heraclio le hicieron insufrible el cautiverio. Cada tercer día lo ponían frente al pelotón de fusilamiento con la cabeza cubierta, y un comandante ordenaba hacer fuego, orden que los milicianos cumplían disparando al aire. Lo sometían diariamente a baños con agua helada antes del amanecer y lo mantenían atado con cadenas en un socavón que se inundaba cuando llovía. Su comida estaba reducida a pan y agua y no le permitían hacer sus necesidades fuera de la espantosa cueva.

Exigían por su liberación una suma de dinero que Heraclio no podría reunir aunque vendiera todas sus propiedades, y los secuestradores se convencieron de que, mientras estuviera cautivo, su familia sería incapaz de conseguir el dinero que aspiraban a obtener por su rescate.

Sin que Heraclio lo supiera, Clarita, su hija mayor, entró en contacto con los guerrilleros, y en una acción temeraria logró que la llevaran a donde se encontraba su padre. Ese día lo sacaron bruscamente del socavón y lo condujeron con la cabeza cubierta al lugar donde lo esperaba su hija. Cuando lo destaparon y vio a Clarita, Heraclio se encolerizó y con una descomunal fuerza empezó a dar puñetazos y patadas sin control. Con un impulso instintivo se colocó frente a la jovencita como para evitar que los opresores tuvieran contacto con ella, pero fue dominado por los hombres del comando guerrillero, quienes lo ataron a una de las columnas de la habitación.

-Ahora tiene que ir a conseguir la plata. Mientras tanto, Clarita se queda con nosotros- dijo el comandante con una sonrisa humillante.

Esto enfureció, aun más, a Heraclio y lo hizo gritar denuestos y maldiciones. Lo desataron y trataron de sacarlo por la fuerza de la estancia, pero él se resistía con tal fortaleza que lo obligaron a soltar la columna a golpes de culata hasta fracturarle uno de sus brazos y dejarlo molido a golpes. Ya inerme, lo montaron en una cabalgadura e iniciaron la marcha hacia una carretera cercana donde lo tiraron al piso y lo abandonaron en la mitad de la calzada.

El pobre hombre se incorporó como pudo para llamar la atención de los autos que transitaban por aquella vía solitaria. Al fin, pese a la desconfianza del conductor de un viejo camión, fue recogido y acomodado en la parte de atrás que estaba sucia de bosta de caballo. Así, herido, maloliente y demacrado Heraclio llegó al puesto de salud del siguiente pueblo y desde allí pudo comunicarse telefónicamente con su mujer.

En las siguientes semanas, mientras se recuperaba de las heridas, su actividad se concentró en conseguir el dinero para rescatar a Clarita. Tuvo que vender una casa que poseía a las afueras de la población y uno de sus vehículos, y gestionar un préstamo bancario para reunir la suma exigida como primera cuota del valor del rescate.

Concertó con los secuestradores una cita para la entrega simultánea del dinero y de Clarita y, luego de una complicada negociación, logró que se la entregaran, con el compromiso de seguir pagando el precio del rescate en cuotas mensuales. Clarita volvió a su casa, pero desde su llegada tuvo un extraño comportamiento. De la joven alegre y arrojada que conocían sus parientes, pasó a ser una persona taciturna e insegura, casi siempre encerrada en su alcoba. A los dos meses del regreso, su madre observó que estaba embarazada.

-¡Dios mío! – exclamó la buena madre – A pesar de todo, es mi nieto y lo criaremos para que sea una persona de bien.

Lo ocurrido a Heraclio fue la causa definitiva para que Juan Timo -como lo llamaba su mujer- y siempre presionado por ella, decidiera trasladarse a la capital y alejarse del peligro que significaba vivir en ese pueblo desagradecido y cómplice, según las palabras de María Arcelia.

Venderían todas las pertenencias que poseían para comprar un buen inmueble en la gran ciudad y, según sus planes, abrirían allá una formidable panadería. La hija mayor, apadrinada por Metodio, se emplearía en un cargo oficial. Con esas entradas podrían educar a los otros hijos y llevar una vida más holgada.

Desde el día en que se divulgó la noticia del embarazo de Clarita iniciaron el empaque de sus corotos; pusieron en venta el negocio y sacaron a los hijos del colegio. Los habitantes del pueblo hacían todo tipo de conjeturas y observaban con curiosidad los movimientos de la familia de Juan Timo. Quizás por el ambiente de horror que se vivía en el pueblo y por el difícil trato que tenían los viajeros con sus vecinos, no hubo actos de despedida ni visitas para ayudarlos en las faenas del viaje.

Antes de partir, María Arcelia quiso despedirse de sus muertos. Una mañana vistió a los niños con los mejores trajes, recogió del patio las flores brotadas y, casi a empujones, llevó a Juan Timo al triste ritual. Visitó cada tumba empezando por la de su abuelo Isidro; pasó a la del padre de Juan Timo asesinado por la guerrilla; se

detuvo en la de Josefita, la poetiza y, finalmente, se ocupó de las de don Timoleón y Engracia. Entre requiems y padrenuestros, María Arcelia removi6 las flores marchitas, lav6 los floreros, limpi6 las lápidas y coloc6 las flores nuevas con una diligencia minuciosa.

- Mire qué curioso – dijo de pronto Juan Timo- En la tumba de la abuela Engracia hay unas habas tostadas.

En efecto, junto a la lápida de Engracia aparecían siempre unas habas de las que ella acostumbraba a llevar en sus bolsillos, y que alg6n devoto an6nimo colocaba habitualmente. Era un culto silencioso a la fuerte mujer que había sido benefactora de muchas personas, y nunca se hubiera sabido el secreto si el sepulturero no se lo hubiera revelado a Juan Timo:

- Es don Heraclio el que las pone.

Después de asistir a la misa cotidiana, Heraclio ponía las habas tostadas en la tumba de Engracia en agradecimiento por los favores recibidos. Aseguraba que por su intercesión había salido vivo del espantoso secuestro y que, en vida de ella, había obtenido los mejores consejos.

Había ocurrido un hecho que origin6 el agradecimiento permanente de Heraclio: Cualquier día, su esposa visit6 a Engracia para contarle, consternada, que él le era infiel con una empleada de su negocio.

-Ellos son débiles pero no infieles- le dijo Engracia -. Es que se creen con la obligación de atender a cualquiera que les pique el ojo.

-¡Ponga a esa mujercita en su sitio!- sentenci6 Engracia con autoridad.

- No doña Engracia - replicó espantada la esposa de Heraclio – si él llega a enterarse, no sé qué pasaría.

- Entonces déjemelo a mí – concluyó aquella.

Engracia esperó a que Heraclio fuera visitarla y, una tarde, cuando él entró para obsequiarle una carga de curubas, lo hizo demorar con algunas preguntas sobre el manejo de las fincas y le sirvió un pocillo de café. El visitante le habló de las dificultades que estaban atravesando y de su incierto futuro.

- Engracia aprovechó la ocasión y, de repente, le dijo:

- Venga y le leo las cartas para ver cómo están las cosas.

La improvisada pitonisa tomó el naipe y pidió a Heraclio que partiera el mazo de cartas en cuatro partes. Enseguida, destapó la primera de cada una y fingió leer el futuro y el presente de Heraclio con particulares detalles.

- Mire, Heraclio, - le dijo muy seria.- Aquí aparece una mujer rubia que lo persigue. Ella sólo va detrás de su dinero. Observe cómo el rey está seguido por la sota de bastos y eso indica que pretende dejarlo en la calle.

- ¡Ahora espadas! Significa que le tiene preparada una celada para hacerlo pelear con su esposa. Cuídese, Heraclio, - concluyó Engracia.

Heraclio quedó impresionado por la forma exacta como Engracia descubrió su romance y los peligros que corría. Al otro día terminó sus furtivos amores y despidió a la dependienta.

La partida de “los muertos” fue lánguida. En la madrugada cargaron el camión contratado para el trasteo, y los vecinos, inhibidos para ayudar en la pesada tarea, observaban los movimientos de los viajeros por las rendijas de las ventanas cerradas. No hubo los adioses clamorosos ni la gritería de los niños para desToñar el automotor. Un silencio lúgubre acompañó los trajines de aquel viaje sin regreso.

En el atardecer, el pueblo estaba más solo que nunca. La ausencia de la familia de Juan Timo era otra pérdida que se unía a las tragedias vividas en los últimos años. Ese día llovizó pertinazmente, y a las cuatro de la tarde descendió la calígene dejando al poblado en una desolación gris.

V**ISIDRO MANUEL**

Llegó a vivir en un pueblo de clima ardiente, en una casa grande con antejardín y perros guardianes que ladraban enfurecidos cuando alguien se acercaba. Había entrado en la mayor edad aquejado de graves dolencias que lo tenían postrado en su cama de enfermo, conectado a una bombona de oxígeno para aliviarle la asfixia que le producía su incurable enfisema pulmonar.

Isidro Manuel era un hombre que rumiaba un resentimiento contra todos: Se quejaba de la indolencia de sus familiares que no volvieron a visitarlo; de los escandalosos vecinos que le impedían dormir la siesta del almuerzo, y del cura que no había querido volver a suministrarle los sacramentos.

Había sido seminarista y llegó a recibir la orden del diaconado con la inmensa complacencia de su padre, Isidro, que se hacía pasar por muerto para saber lo qué dirían de él cuando muriera, y de su abnegada madre. Mas, cuando le faltaba poco para ordenarse de presbítero, se enamoró de una joven vecina y colgó los hábitos.

Resolvió casarse con la aceptación de toda la familia que vio en esa unión matrimonial una buena solución, considerando el origen familiar de la novia, célebre por su acendrada religiosidad. Flotaba en el ambiente familiar el contradictorio sentimiento de que el más dotado de virtudes para vestir los hábitos

sacerdotales los había defraudado; pero que, en cambio, se unía a una buena mujer para formar un hogar ejemplar.

Los preparativos de la boda exigieron una actividad inusitada. La madre y las hermanas de la novia se dedicaron a fabricar los más delicados adornos para las tarjetas de invitación, las mesas del desayuno y los recordatorios. El vestido fue confeccionado por la costurera del vecindario que, día de por medio, hacía las pruebas para ajustar con una exquisita precisión todos los detalles.

Dirigido por su confesor, el novio entró en un retiro espiritual para prepararse y llegar al matrimonio plenamente comprometido con su nuevo estado. Compró el vestido oscuro, la camisa blanca, la corbata y los zapatos negros para la boda, y arrendó una pequeña casa que dotó con los muebles más indispensables.

Isidro Manuel había sido contratado como profesor en varios colegios, y esa actividad le ocupaba largas horas de trabajo entre la preparación de las clases, la corrección de las tareas y la orientación personalizada de los alumnos.

La víspera del matrimonio, varios amigos resolvieron hacerle una despedida de soltero e invitaron a Isidro Manuel a asistir a una fiesta especial, para lo cual debían reunirse previamente en la casa de Metodio.

Cuando estuvieron todos reunidos, llevaron al novio al sitio que habían contratado con antelación: Era el burdel de La Calavera.

Al llegar, la dueña, ya muy entrada en años, vestida de luto y con su cara pintarrajeada, recibió a Isidro Manuel con un cariñoso saludo, aleccionada por sus amigos:

-Entre mijo, que esta es como su casa - fue el saludo que le dio la Calavera y que Isidro Manuel no comprendió porque no sabía que su padre era uno de los mejores clientes del lenocinio.

La dueña los hizo seguir a una estrecha sala alumbrada con bombillos rojos que distorsionaban las imágenes y daba al sitio una apariencia de profundidad. Un olor dulzarrón producido por los perfumes baratos y el efluvio de los orines se percibía en toda la casa, en tanto que una ranchera mexicana sonaba a todo volumen.

Isidro Manuel estaba invadido de una sensación de curiosidad y miedo que le generaba un escozor desconocido en el vientre. Después de un rato apareció una mujer trigüeña aureolada por la luz roja y vestida con un traje ceñido que dejaba ver sus bellas formas, que se acercó a Isidro Manuel mesando con ademán insinuante la negra cabellera que caía sobre los hombros, y suavemente se sentó en sus piernas diciéndole al oído:

-Mi amor, soy toda suya.

El novio quedó mudo. Sin saber dónde poner las manos, se apretó el estómago con deseos de vomitar pero, Esperanza, que estaba advertida de las características peculiares de su cliente, le acercó una copa y le dijo con ternura:

-No se preocupe que sólo voy a hacerle vivir su mejor noche. Tómese este trago para que se sienta bien.

Isidro Manuel apuró el licor con ansiedad, se enjugó el sudor que tenía sobre el bozo y pidió otra copa.

Cuando Esperanza besó a Isidro Manuel por primera vez, todos aplaudieron y gritaron de júbilo.

-¡Viva el novio! ¡Viva la despedida de soltero! – fueron las expresiones que retumbaron en la sala.

Mientras Esperanza besaba a Isidro Manuel y lo acariciaba con lujuria, algunos de sus compañeros iniciaron un baile atrevido con otras prostitutas mientras los demás conversaban animadamente mostrando su dominio de aquel ambiente sórdido. De repente, Metodio dijo en voz alta:

-¡Esperanza, ahora tiene que acabar con ese virgo!.

Isidro Manuel oyó aquello como un grito de guerra, y animado por el aguardiente y las especialidades de Esperanza, respondió:

-¡Vamos a la cama!

Los festejantes acompañaron a Isidro Manuel, que llevaba en sus brazos a Esperanza, hasta la puerta de la alcoba y lo despidieron con aplausos.

En el interior de la habitación se inició un romance delirante que duró toda la noche. Los ocasionales amantes copularon ocho veces, y ella hizo gala de sus habilidades de mujer experta en complacer a los clientes especiales. Fue una pasión súbita e imborrable.

Después de la extenuante jornada y anestesiado por el aguardiente, Isidro Manuel quedó profundamente dormido. La ceremonia de la boda estaba programada para las ocho de la mañana, pero a las diez todavía era imposible despertarlo de su sueño abismal.

En la iglesia, los invitados murmuraban con irritación por ese inexcusable incumplimiento; la novia lloraba sin consuelo, y la madre de Isidro Manuel rezaba junto al párroco que, indignado, se revistió y desvistió tres veces.

Al fin, a las 11 de la mañana apareció el novio caminando con indecisión en medio de dos amigos que lo habían vestido a la fuerza. Llevaba la corbata a medio apuntar, los cordones de los zapatos sueltos y el saco mal abotonado. Estaba pálido como una vela, dijo uno de los invitados. Sus ojos hundidos tenían unas ojeras moradas que los hacían ver más profundos e insondables. Tenía el pelo revuelto y en su boca se dibujaba una sonrisa plena que todos interpretaron como su satisfacción por la boda, sin sospechar que era por el recuerdo glorioso de Esperanza.

Para Isidro Manuel la ceremonia transcurrió en medio de una plácida abulia, sin atender a nada de lo que estaba ocurriendo. A las preguntas del sacerdote contestaba siempre afirmativamente por las instancias de la novia que le hundía el codo en su maltrecho costado. Comulgó con desgano y salió de la iglesia en el ridículo desfile de los invitados que, agotados, no veían la hora de tomar el desayuno al que estaban convidados.

Isidro Manuel sintió el golpe diminuto de los granos de arroz que le arrojaban los presentes como si fuera la lluvia de estrellas que le había prometido Esperanza, y alzó los brazos al cielo con una expresión que todos admiraron:

-¡Gracias, Dios mío, porque estoy vivo!

Después del desayuno ceremonial, antecedido del brindis con champaña que ofreció el padre de la novia, los recién casados viajaron a una hacienda que un tío de Isidro Manuel les había prestado para que pasaran su luna de miel.

La primera noche fue decepcionante. El esposo cayó inconsciente en la cama nupcial vestido como estaba y, de tal manera atravesado, que obligó a su mujer a buscar otro lecho para pasar la noche. Mientras él roncaba a pierna suelta con intermitentes carcajadas, ella lloraba doliéndose de su mala suerte.

Pronto empezaron a nacer los hijos. Fueron tres mujeres que heredaron la buena estampa de Isidro Manuel y el color trigueño de la madre, y que ocupaban todo el tiempo de la pobre mujer en una crianza interminable. El hogar se hizo taciturno cuando aparecieron los primeros trastornos mentales de la mujer que deambulaba sin reposo todas las noches, vestida con su larga bata blanca y con el candil de la mesa de noche llevando una vela encendida. Era como un alma en pena recorriendo los corredores de la casa, abiertos alrededor del patio sembrado de azucenas que expelían un olor de cementerio.

Las hijas fueron creciendo en un caos familiar, entre la locura de la madre y los torpes cuidados del padre, que se ocupaba de bañarlas, darles la comida y enviarlas todas las mañanas al colegio. Isidro Manuel engendró un sentimiento confuso por las niñas. Cuando sus cuerpos adquirieron las formas de mujer, experimentaba una fascinación morbosa al verlas desnudas y, ellas, inocentes de todo, no tenían pudor alguno frente a su padre que siempre las había atendido en todas las circunstancias.

La hija mayor, con una cabellera negra que le caía sobre los hombros y una esbelta figura, fue la primera a quien poseyó con una desenfrenada pasión. En noches interminables, mientras la madre se paseaba por la casa con la vela encendida, Isidro Manuel se hundía en turbias escenas como las que vivió en el único prostíbulo que conoció en su vida. Después, una tras otra, las restantes hijas hicieron parte de su abominable harén.

En el pueblo se rumoreaba que algo ocurría en la casa de Isidro Manuel debido al extraño comportamiento de su esposa, quien nunca volvió a salir, y porque su hija mayor se retiró del colegio en forma intempestiva. También, Isidro Manuel se tornó huraño y dejó de frecuentar a sus amistades de siempre.

Cuando se supo, por boca de una de las vecinas, que la mayor de las hijas estaba embarazada, se creyó que esa podía ser la causa de los desarreglos familiares sin imaginar, aun, la profundidad de aquella aborrecible intimidad.

Se hizo notorio el rigor que mostraba Isidro Manuel con sus hijas, especialmente cuando se trataba de su relación con los jóvenes del pueblo. En una ocasión, cuando encontró a la segunda en edad tomada de la mano con uno de sus compañeros, arremetió a trompadas contra el muchacho y arrastró hasta su casa a la asustada jovencita, tomada por el pelo. Aquel incidente alarmó a los pobladores, varios de los cuales acudieron ante el párroco para pedirle su intervención.

-Aquí en mi casa mando yo- respondió con furia Isidro Manuel cuando el sacerdote le inquirió por la marcha del hogar. Yo sé cómo educar a mis hijas- dijo antes de tirar la puerta en la cara del párroco.

Los comentarios se hicieron alarmantes cuando la hija mayor desapareció y la casa de Isidro Manuel se hizo completamente inabordable. Las ventanas nunca se volvieron a abrir y el horrendo padre de familia solamente salía para dictar sus clases cotidianas.

Se llegó a temer lo peor. Sin embargo, después de varias semanas se supo que la jovencita había huido a la capital de la república y vivía con Arcelia, la hermana de Isidro Manuel, quien la acogió amorosamente y la ayudó en los afanes del parto. A

ella fue a quien contó la tragedia de su familia, y desde ese momento se empezaron a conocer sus horripilantes detalles.

En poco tiempo Isidro Manuel fue despojado de sus cátedras, y varios ciudadanos, con manifestaciones de indignación, hicieron que la demente esposa fuera internada en el manicomio departamental. Las otras hijas pasaron al cuidado de familias caritativas cuando el padre fue expulsado del pueblo.

Isidro Manuel no tuvo más remedio que buscar otro lugar para vivir y se refugió en la distante población de clima ardiente, a donde llegó solo y logró volver a emplearse como profesor del colegio municipal. Con los años, enfermó de manera incurable como consecuencia de su vicio de fumador empedernido.

Después de estar guarecido por un tiempo en ese pueblo, le fue entregada su mujer que había permanecido varios años en el manicomio, y se vio en la obligación de recibirla de nuevo. Era ya casi una anciana y su figura encorvada acentuaba la decrepitud incipiente. Aunque no había recuperado la razón, era paciente y sumisa. Su vida diaria transcurría sentada en una mecedora, en el corredor que daba al patio sombreado por un árbol de naranjas agrias.

Isidro Manuel tuvo que hacer un viaje de dos días para arreglar los asuntos de su jubilación y, cuando regresó, encontró su casa en un incomprensible desorden. La mecedora de su esposa estaba botada en el patio, y había ropas tiradas en varias estancias. Cuando entró a la alcoba se horrorizó al ver la escena del crimen: Su mujer estaba degollada sobre la cama, totalmente desnuda sobre un pegote de sangre coagulada.

Salió a la calle pidiendo ayuda a gritos, pero los insensibles pobladores lo vieron llegar solitario hasta el parque principal en busca de la estación de policía. Al contar lo ocurrido, dos agentes lo acompañaron hasta su casa, reportaron el

crimen y llamaron al juez para que se hicieran las diligencias del levantamiento del cadáver. Desde ese día, Isidro Manuel cayó en cama.

Arrendó las habitaciones sobrantes de la casa y se redujo a su alcoba, donde permanecía conectado a la bombona de oxígeno que le suministraba periódicamente el boticario del pueblo. En la penumbra de la noche, una mano siniestra cortó los conductos del oxígeno e Isidro Manuel, en un desesperado esfuerzo por reconectarlos, cayó de la cama y se asfixió lentamente, boca abajo, en una angustiosa agonía que duró toda la noche. A la mañana siguiente lo encontraron muerto, con la cara amoratada y las uñas destrozadas contra el piso de madera.

Arcelia, su hermana, fue el único familiar que asistió al entierro. El episodio se hizo amargo porque, el párroco, ofendido por el incalificable desastre familiar que había protagonizado Isidro Manuel, no quiso celebrar la misa de cuerpo presente ni acompañar su féretro hasta el cementerio. Por los ruegos de Arcelia, solamente permitió que lo llevaran hasta el atrio de la iglesia y allí le impartió una precipitada bendición fúnebre. Para llevar el cajón hasta el cementerio, la hermana tuvo que contratar a unos obreros que exigieron su pago por adelantado y, ya en el camposanto, tuvo que suplicarle al sepulturero para que excavara la fosa.

Después de cumplido el doloroso deber de enterrar a su hermano, Arcelia regresó con el corazón destrozado a la capital, donde vivía con su hija. Durante el largo viaje en el bus de línea recordó numerosos pasajes de su infancia vivida al lado de Isidro Manuel. No lograba entender cómo pudo caer en un abismo tan hondo, habiendo sido un niño inocente cuyos juegos eran, en su mayoría, celebrar misas ataviado con un traje de monaguillo o representar dramas religiosos.

Recordó el largo el ritual de la primera comunión que recibieron los dos, durante el cual ella se sentía avergonzada ante la virtuosa dedicación con que Isidro Manuel

iba acumulando, de uno en uno, los granos de trigo por cada buena acción realizada para que con ellos les fueran fabricadas las primeras hostias, según lo prescribió la monja que los preparaba. Y era porque, mientras el tarro de Isidro Manuel ya casi se rebosaba de actos edificantes, el suyo apenas empezaba a llenarse.

No olvidaría jamás la alegría con que él ingresó al seminario y la promesa hecha a su madre de que la primera misa la celebraría en la iglesia parroquial de su pueblo. Era un domingo por la tarde. El seminario funcionaba en un enorme edificio de cuatro pisos al que se entraba por un atrio de incontables escalas, que terminaba en un vestíbulo flanqueado de puertas de madera. La más ancha era la que daba a la capilla, el sitio más solemne y bello de la edificación, iluminado con la luz filtrada por los vitrales italianos que adornaban los ventanales.

El ingreso al seminario estuvo precedido de una misa concelebrada por el rector y los sacerdotes que formaban el cuerpo de profesores, con la asistencia de los aspirantes y sus familiares. Isidro Manuel, acompañado de sus padres y su hermana, parecía el más feliz de todos. Se desenvolvía con naturalidad como si fuera un antiguo miembro de aquella comunidad y, al final de la ceremonia, cuando ya los jóvenes se disponían a ingresar a las instalaciones de clausura, el rector se acercó a los padres de Isidro Manuel y les dijo:

-Este muchacho será un gran sacerdote, si Dios lo quiere.

Arcelia lloró inconsolablemente en su largo viaje de regreso. A pesar de que siempre había sido fuerte como su madre, y capaz de soportar las más duras pruebas, sentía un enorme desamparo después de haber visto el desprecio de la gente por su hermano.

¡Dios mío! –clamó íntimamente- perdónalo porque era un hombre bueno que no sé cuándo se extravió.

Ya iba a amanecer cuando el bus pasó por el Puente del Común y entró en la autopista de las inmediaciones de la capital. A lado y lado aparecieron las luces de la ciudad, inicialmente escasas y distanciadas y, después, en una nutrida profusión que permitía ver a los primeros transeúntes. Eran repartidores de periódico, obreros en bicicletas y vendedores ambulantes que, arrastrando sus tiendas, iniciaban su diaria lucha por la vida.

¡Cuántas cosas horribles estarán pasando a esta hora! –pensó Arcelia, cuando observaba la penumbra de las calles medio desiertas, abatida por su pena.

Cuando entró a su casa al terminar su largo viaje, Juan Timo, María Arcelia y los nietos le hicieron un recibimiento condolido. Ella abrazó a su hija y lloró en silencio sobre su hombro las últimas lágrimas que le quedaban. No hubo más palabras y pasaron al comedor a tomar el desayuno sin que Arcelia probara bocado. Fue el acto familiar más fúnebre que imaginarse pueda.

-¡Hay alguien en la tienda! -gritó el hijo menor- y de inmediato Juan Timo se levantó de la mesa para atender a su cliente.

La bella hacienda donde Isidro Manuel había pasado su luna de miel pertenecía a un tío suyo rico y miembro de la alta sociedad de la capital del departamento, y era, por primera vez en la región, una mezcla de finca de recreo y empresa agropecuaria.

Se entraba a la propiedad por una carretera bordeada de cítricos de variadas especies que eran el orgullo de su dueño. Las semillas, traídas de diversos países, habían germinado en arbustos cargados de naranjas ombligonas, mandarinas valencianas, toronjas y limonzones que pintaban de amarillos y verdes el sendero sombreado.

Tenía una casa amplia dotada de lo necesario para el descanso, con una piscina ubicada en el patio central que se llenaba a través de un grifo inmenso que arrojaba el agua hasta la mitad de la alberca con un ruido reverberante y metálico producido por el eco de las paredes vacías. En la estancia que se abría sobre el jardín estaba la sala de juegos dotada con mesas de póker, tableros de ajedrez y cartones de damas chinas. El comedor tenía vista sobre un prado, en medio del cual había un estanque repleto de lotos florecidos. Las ventanas y puertas de toda la casa estaban protegidas con por finos anjeos que impedían la entrada de mosquitos y ofrecían a las estancias la paz de una penumbra deliciosa.

A un lado de la casa veraniega, pasando un enorme portón de madera rústica, estaban los patios para el secado del café y el trapiche de la caña de azúcar. Había, allí, una actividad febril y, cuando se encendían los hornos para fabricar la panela, un dulce olor dorado se esparcía con delicia por toda la hacienda.

Esa propiedad había pertenecido a un lejano pariente de excéntricas costumbres, y llegó a su actual dueño por transmisión sucesoral. Se había cumplido literalmente la voluntad de aquél, porque el heredero tuvo que pagar una cuantiosa deuda como condición previa a la delación de la herencia. El pariente, quien nunca trabajó y vivió de lo que, a su vez, había heredado, llevó una vida desarreglada. Era un derrochador insolente, en especial frente a quienes se creían herederos suyos.

-Si los pendejos de mi familia quieren heredar, que deshipotequen- dijo en una reunión familiar para replicar a quienes le criticaban su conducta pródiga. Esa fue la condición que se cumplió para que la hacienda llegara a ser propiedad del tío de Isidro Manuel.

Arcelia tenía una evocación recurrente de esa época, porque el pueblo donde había enterrado a su hermano era la cabecera del municipio a cuya jurisdicción pertenecía la hacienda familiar.

Varias veces su familia había temperado allí acompañada de los amigos más íntimos, que tenían como un privilegio compartir esos días de asueto.

Eran tiempos felices para los niños, que aprendían a nadar en la piscina de agua fresca y gozaban saboreando los retazos de panela sobrantes en las inmensas pailas de cobre.

En una planicie que se abría detrás de la casa estaba el apiario, que para los pequeños representaba una aventura arriesgada porque tenían que pasar cerca de los panales, entre el zumbido pertinaz de las abejas, para conseguir la miel que se almacenaba en la casa del mayordomo.

Una mañana se organizó una excursión a la que sólo podían ir los varones porque había que recorrer peligrosos parajes. El líder del grupo era Isidro Manuel que estaba ataviado con el uniforme de scout del seminario. Iba impecable con sus botas de piel de cerdo y el sombrero de fieltro color de caramelo. Llevaba al cinto el cuchillo de varios usos y, atada al hombro, la cuerda de escalar. Alrededor del cuello junto al pañuelo entorchado, tenía el silbato de las señales de alerta, y sobre el pecho, del lado del corazón, la flor de lis que le había bordado su madre.

Antes de partir, el líder puso a sus cuatro compañeros en fila, les dio instrucciones precisas sobre el comportamiento que debían tener en cada caso y, con los tres dedos centrales de la mano derecha extendidos, los hizo repetir la frase de rigor:

¡Siempre listos!, gritaron en coro los excursionistas, e iniciaron su marcha. Arcelia observaba orgullosa la forma como su hermano dirigía la patrulla, y le impartió una secreta bendición para que fuera con bien.

Después de ascender la colina que conduce a los potreros de los sementales, los excursionistas doblaron a la izquierda para internarse en el bosque de alisos que rodea el manantial más cercano de la hacienda. Allí terminaba la primera jornada y los muchachos descargaron sus morrales para sentarse a beber el agua que brotaba formando pequeños pozos transparentes. Desde allí se divisaba toda la región, y fueron identificando cada lugar con la sensación de estar volando: El trapiche que arrojaba el humo de la molienda; la casa junto a la piscina ovalada; la vivienda del mayordomo; los cultivos de caña de azúcar...

Cuando el sol empezaba a declinar emprendieron el descenso del regreso. Bajaban por un sendero inclinado y resbaladizo que los obligaba a agarrarse de los arbustos y, en ocasiones, a descender sentados sobre la tierra húmeda. Por fin, con pequeños rasguños y manchas de barro llegaron cansados y satisfechos al pie de la montaña.

El trecho hasta la casa era descansado porque se andaba sobre el terreno llano de los cultivos de caña de azúcar y, aunque la penumbra del anochecer ya empezaba a dificultar la visión, lo más riesgoso había quedado atrás.

De pronto sonó el silbato con la señal de peligro de Isidro Manuel, quien iba adelante, y sus compañeros lo buscaron con afán.

-¡Tierra movediza! -gritaba Isidro Manuel con angustia, mientras se iba hundiendo lentamente en un fangal mimetizado por las hojas secas que a esa hora sombría había sido imposible reconocer.

Sus compañeros le pidieron a gritos la cuerda que llevaba Isidro Manuel al hombro y, afortunadamente, pudieron enlazarlo cuando ya el cenagal lo cubría hasta el cuello.

Isidro Manuel, asido de la cuerda, pudo salir trabajosamente despidiendo un olor fétido que se hizo insoportable cuando quedó tendido al lado del pozo séptico en el que había caído. Los otros excursionistas, al borde de la náusea, lo ataron de pies y manos a un tronco y lo llevaron suspendido hasta la casa.

El arribo del accidentado fue dramático: Sus compañeros lo dejaron en el andén de la casa, todavía atado, y corrieron a bañarse. La madre de Isidro Manuel clamaba para que lo desataran y fue a buscar alcohol, en tanto que Arcelia, con adolorido estupor, fue a traer ayuda entre los obreros del trapiche. Entre tanto, Isidro Manuel quedó solo en el suelo con el olor putrefacto de excrementos humanos fermentados.

La imagen recurrente que torturaba a Arcelia en los días del luto era esa escena horripilante. En sus largos silencios no dejaba de sentir el mismo horror que la acompañó aquella noche y, ahora, cercada de la soledad que la apartaba de todos, sin descifrarla, hacía una escatología póstuma con el atroz recuerdo de su hermano.

VI

LUCHO PINZON

En el cenit del medio día el sol inflamaba las calles anchas y, en el horizonte, el pavimento parecía cubierto por una destellante lámina de agua. A esa hora los barrios residenciales están vacíos porque el calor obliga a los habitantes a permanecer dentro de las estancias climatizadas. En el andén sólo se veía al policía que vigilaba la casa del gobernador bajo la sombra de una acacia, mientras Domingo dormitaba en el automóvil en espera de su jefe.

El mandatario salió de prisa, se sentó en la parte trasera del auto y ordenó al conductor:

- Vamos al Cabrito de Oro.

El sitio a donde se dirigían era el restaurante escogido para las reuniones privadas del gobernador. Era un lugar rústico a las afueras de la ciudad, situado al final de una carretera despoblada. Sus dueños lo habían acreditado porque preparaban exquisitos platos de carne de cabrito y golosinas de leche que, según la creencia popular, tenían poderes curativos y afrodisíacos.

Unas diez personas esperaban al gobernador. Cuando él llegó, saludó con amabilidad y dijo:

-Vamos a diseñar la estrategia para las sesiones de la Asamblea.

-El asunto ya va muy adelantado - dijo el secretario privado con aire de suficiencia.

La reunión de trabajo transcurrió en un ambiente agradable gracias al buen carácter del mandatario y a su ágil sentido del humor. El diestro político impartió las instrucciones entre ingeniosas ocurrencias.

Al final de la tarde, después de largas deliberaciones y de haber tomado un almuerzo succulento, los invitados se dispersaron a bordo de sus automotores.

El secretario privado se ofreció llevar a la jovencita que actuaba como escribiente y, cuando lograron escabullirse de los otros funcionarios, tomaron el camino del motel que frecuentaban.

Al refugio se entraba por una angosta carretera flanqueada por arbustos que permitían llegar a las habitaciones sin ser visto desde la vía principal, y los autos ingresaban a garajes individuales donde quedaban escondidos.

En la alcoba, el secretario abrazó apasionadamente a su novia y empezó a desvestirla con afán.

- No te apresures que tenemos toda la noche. – le reprochó ella

Los besos prolongados los fundieron en una sola figura. El secretario deslizó sus labios por el cuello de la novia mientras ella gemía, al tiempo que caían las prendas que él desabrochaba con nerviosismo y ella despuntaba con todo cuidado. El sudor que brotaba en diminutas gotas brillantaba los cuerpos desnudos.

Los instantes se prolongaron entre palabras amorosas y caricias enredadas en la densa cabellera de la joven. Luego, se tendieron en el suelo y se amaron envueltos en el olor uréico de sus efluvios pasionales.

Durmieron sin soñar y, después de varias horas, salieron bajo la luz amarilla de las farolas que se confundían con la luna quieta en el vacío de esa noche sosegada.

El crimen se conoció a la mañana siguiente y fue Domingo el primero de los empleados de la gobernación en enterarse.

- En “ojopeligro” hay un carro de la gobernación con varios muertos adentro- le dijo el vecino que lo alertó.

Cuando Domingo llegó al sitio, numerosas personas observaban el automóvil semiescondido entre la vegetación. En su interior había dos cadáveres: El de un hombre joven que yacía sobre el timón del auto con un papel ensangrentado en la espalda con la leyenda “por faltón”; y el de una mujer tendido en la banca de atrás con otro que decía “por vagabunda”.

Los policías extendieron cintas amarillas para aislar el auto y evitar el acceso de los curiosos mientras se hacía la diligencia del levantamiento de los cadáveres. Los muertos eran el secretario privado y su joven acompañante, que presentaban varias heridas mortales.

El asesinato de los funcionarios produjo consternación en la capital del departamento y empezaron a circular numerosas conjeturas sobre las causas del crimen. Fue un ataque de la guerrilla, informó la policía.

- ¿Usted sabía que esos muchachos eran novios? – le preguntó el gobernador a Domingo cuando éste lo llevaba al palacio de gobierno el siguiente día.

- Sí señor – contestó con nerviosismo el chofer, quien no podía ocultar lo que todos los empleados comentaban abiertamente.

- Esa niña era recomendada del diputado Metodio y ahora él quiere que el gobierno responda por la falta de protección a los empleados – comentó el mandatario.

- Pero ellos salieron tarde porque venían de un motel.

- ¡Sí claro! Pero uno siempre tiene que pagar todos los platos rotos – replicó el gobernador.

- Vuelva a la casa y recoja a mi esposa, que necesita hacer unas diligencias – fue la orden final que le dio al conductor mientras descendía del auto.

La esposa del gobernador era una mujer autoritaria y, a diferencia de él, carente del sentido del humor. Gastaba sus energías en múltiples actividades de servicio social y en espiar a su marido. En las madrugadas, antes de que el sol despuntara, regaba con ímpetu todas las innumerables plantas de su casa. El resto de la mañana lo dedicaba a atender la guardería de niños pobres que ella había fundado, y almorzaba habitualmente con su cuñada, que la secundaba en sus obras benéficas y la acompañaba a seguir a su esposo. Por las tardes, cuando la brisa del río empezaba a refrescar, se sentaba en la terraza de su casa a conversar con sus amigas sobre los sucesos recientes.

- ¡Domingo!, - le dijo con sequedad al chofer en el momento de iniciar la marcha - ¿Qué más se supo de esa sinvergüenza que asesinaron?

- Nada, mi señora. -contestó brevemente el chofer- Dicen que fue la guerrilla - concluyó.

- ¡Vaya uno a saber! Esas mujerzuelas siempre andan con enredos escabrosos.

La esposa del gobernador desconfiaba del comportamiento de su esposo porque sabía que en las oficinas públicas las mujeres estaban dispuestas a acostarse con los jefes, y que él no perdía oportunidad de hacerlo con cualquiera. Varias veces estuvo a punto de sorprenderlo en compañía de empleadillas, y por eso siempre andaba en busca de informes sobre sus infidelidades.

Para enterarse de las andanzas amorosas de su marido trató de ganar la complicidad de la mecanógrafa del despacho, pero ella no aceptó sus propuestas y terminó siendo odiada por la obcecada mujer. Luego quiso hacerlo con Domingo, mas él la eludía con respuestas vagas que la indignaban. Finalmente, logró el acompañamiento de su cuñada para hacer personalmente las pesquisas. Por eso, en las horas de la tarde las dos mujeres se apostaban en las inmediaciones del palacio de la gobernación a bordo de un taxi contratado para perseguir el auto de su marido. Esta práctica les hizo ganar el mote de “las dos en punto” que le pusieron los empleados oficiales.

Una tarde, el funcionario resolvió hacerles a sus espías una broma y darles una lección ejemplar. Al subir al automóvil oficial, le ordenó a Domingo que diera un largo recorrido por los extremos de la ciudad, y que se detuviera en cada confín para tomar alguna bebida refrescante. El calor de aquel día era insoportable, y mientras el gobernador viajaba en el vehículo oficial con un agradable aire acondicionado, las tercas espías iban cocinándose en el taxi. Cuando empezaba a oscurecer, el gobernador le pidió a Domingo que regresaran a toda velocidad para desorientar a sus perseguidoras.

Por la noche, la pobre mujer estaba desgonzada en su cama incapaz, siquiera, de quitarse el atuendo de la tarde. El marido le dijo con aire de inocencia:

-Mi amor, estoy rendido porque tuve que visitar a los líderes de los barrios para evitar un paro sindical.

No se equivocaba la celosa mujer al censurar el comportamiento de las empleadas de la gobernación, porque un eufórico libertinaje se adueñó de todas las dependencias, siguiendo el ejemplo del divertido gobernante.

Entre las funcionarias había una que, por su seriedad, era considerada como una excepción. Se trataba de una mujer de unos cuarenta años alta y delgada con un bello perfil sajón. Vestía con elegancia y sabía combinar a la perfección los colores de la ropa con el blanco de su piel.

Sin embargo, disimuladamente se desvivía por conquistar al gobernador y se esforzaba para que él se fijara en ella, pero evitando poner en peligro la buena reputación que creía haber conservado. Para hacerse notar, entraba y salía del despacho gubernamental todas las veces que podía, y con una coquetería estudiada se desabrochaba un botón de su blusa para que asomara el inicio de sus senos, o dejaba caer papeles para agacharse frente a él mostrando sus bellas piernas torneadas.

- ¡Cómo le luce ese vestido! – se atrevió a decirle él una mañana

- ¿Le parece? – respondió ella con aparente ingenuidad.

- Siempre me ha parecido usted muy bella -

La mujer calló y se quedó inmóvil junto al mandatario, respirando con fingido nerviosismo. Éste se levantó de su silla y la abrazó con fuerza intentando besarla en la boca, pero la mujer se resistió. Después de unos segundos, ella le correspondió complacida y se separó acicalándose, mientras le decía:

- Es la primera vez que esto me ocurre desde que me casé.

- No se preocupe, que nadie lo sabrá – respondió el otro con seguridad.

La empleada salió del despacho con una satisfacción que le iluminaba el rostro y pasó a su oficina para esperar una reacción del gobernador. Al poco tiempo recibió una llamada telefónica para invitarla a almorzar.

Los amores se iniciaron desenfrenadamente. Con artimañas que ella preparaba para huir de las sospechas de todos, los amantes se veían una o dos veces por semana en un apartamento secreto que el gobernador poseía en un barrio de clase media.

Ella se fue adueñando del manejo de las relaciones y lo distanció de las otras mujeres para ser la única que ocupara su puesto de amante. Era una mujer sin escrúpulos que no tenía el menor reato en utilizar el medio que estuviera a su alcance para alcanzar su cometido. Estaba casada, y de su matrimonio, que era un aparente ejemplo de perfección, había dos hijas. Pero, en verdad, era una desvergonzada que se acostaba con el esposo de su hermana y conquistaba con un fingido sentimiento maternal a los pretendientes de sus hijas.

Con el tiempo, su marido la abandonó al enterarse de sus incontables infidelidades, y cuando alguien le preguntó por qué la había dejado, él respondió con desagrado:

- Es que me tenía puestos unos cuernos que no cabían por la puerta de la catedral.-
- Pero parecía tan correcta- replicó el otro.
- Hombre, ella es una *traviatta* con variaciones de tierra caliente.

El congresista más influyente de la región era, también, un inmoral que alcanzó su prominente investidura como fruto de innumerables engaños. Se había iniciado como líder estudiantil en la universidad, y traicionó la causa al aliarse con un alto directivo universitario para denunciar a sus compañeros, al tiempo que se alzaba con los fondos que habían recaudado los estudiantes con grandes sacrificios. Ingresó a la actividad política y rápidamente ascendió a los puestos de comando.

La audacia del congresista era fruto de las privaciones con que se crió y tenía lo que sus amigos llamaban “olfato político”, haciendo alusión a su destreza para sacar provecho de toda situación, así fuera de manera truculenta. Se convirtió en el jefe político más importante de la región y sus seguidores pasaban por alto su proterva conducta.

En las inmediaciones de la gobernación funcionaba una cafetería llamada La Araña de Oro, a la que acudían diariamente desempleados, periodistas y funcionarios que la convirtieron en el mentidero más famoso de la política local. Allí se comentaban las noticias del acontecer regional y, con sorprendente acierto, se adivinaba quién iba a ser nombrado en un cargo público; cuáles eran las

intimididades de los hechos recientes y cómo ocurrían los episodios más picantes de la vida privada de los personajes de moda.

Aquella tarde, uno de los asistentes elogió la sobresaliente inteligencia del congresista y le asignó su éxito al olfato político que poseía. Fue cuando alguien preguntó:

- ¿Qué es tener olfato político?

El Conejo Soto respondió sin titubeos: - Tener olfato político es poder andar entre la caca sin olerla.

Las dependencias departamentales se convirtieron en el botín más codiciado de los políticos, tanto que el prestigio de ellos dependía del dominio sobre la nómina para poder emplear a sus simpatizantes. No obstante, debido a la inestabilidad de los funcionarios y a la ineficiencia de casi todos, algunos llegaban a ser insustituibles en las labores más delicadas. Era el caso de Don Aristides, por muchos años el tesorero general del departamento.

Sabido era que cuando un nuevo gobernador se posesionaba del cargo, el primer decreto lo dictaba para ratificar al tesorero y nadie, por tanto, se atrevía a codiciar ese empleo. Don Aristides asistía a la ceremonia de instalación de todos los gobiernos con su vestido blanco de lino y sus zapatos de color habano, indumentaria que sólo usaba para aquella ocasión. Después, mientras los invitados disfrutaban del agasajo, él pasaba a su oficina a seguir desToñando.

La tesorería funcionaba con un pintoresco anacronismo. Don Aristides usaba una visera de celuloide verde y unas mangas negras para evitar que sus camisas se ensuciaran en el ajetreo de la oficina. Era rabiosamente puntual. Llegaba todos los días faltando un cuarto para las siete de la mañana, llamaba a lista a sus

empleados, se colocaba sus prendas de trabajo y se paraba frente al interior de la puerta de entrada. Luego alzaba el brazo derecho, como un director de banda, con el fin de que el portero introdujera la llave en el cerrojo y, a las siete en punto, lo bajaba para que abriera la inmensa puerta de dos cuerpos.

Don Aristides llevaba la contabilidad de la tesorería en su cabeza. Él sabía cuánto debía cada contribuyente, cuándo se vencían los plazos para los pagos diferidos y cuál era el valor de las consignaciones bancarias. Todo esto lo respaldaba en papelitos que escribía a mano y que iba colocando, con un orden incomprensible para los demás, entre los inmensos libros del archivo. Esa era la razón por la cual se creía imposible reemplazar al viejo empleado, que llegó a una edad avanzada con el pleno ejercicio de todas sus facultades.

Tenía, Don Aristides, un hábito misterioso que despertaba curiosidad y que algunos comentaban con sorna. Después de las cinco de la tarde, cuando se cerraban las puertas al público, el tesorero despedía a sus empleados y permanecía una hora y media en su despacho acompañado solamente por su secretaria. Después, apagaba las luces y se iba caminando hasta su casa que estaba ubicada a pocas cuadras del palacio de gobierno.

Una mañana, Don Aristides no ordenó abrir las puertas a las siete en punto, y la conmoción se apoderó de los usuarios que se arremolinaron en la entrada de la tesorería. Algo grave debía ocurrir para que se interrumpiera el ritual repetido durante medio siglo. En efecto, el tesorero estaba agonizando.

El pulcro empleado se había enfermado la noche anterior. El dolor en el brazo izquierdo, una ansiedad repentina, la sudoración y la sensación de náuseas indicaban que había sufrido un infarto cardíaco. Él sabía que esto ocurriría de un momento a otro porque tenía diagnosticada una severa hipertensión arterial, de manera que se recostó en su cama, tomó el teléfono y llamó a su secretaria para

que viniera a su casa de inmediato. Ella avisó al médico que atendía a Don Aristides y salió apresuradamente. Llegaron los dos al mismo tiempo. El médico confirmó el diagnóstico y ordenó que lo trasladaran al hospital.

Mientras llegaba la ambulancia, Don Aristides dio a la secretaria las precisas instrucciones que tenía estudiadas: Ese día no debía abrir las oficinas mientras organizaba todos los documentos e impedía cualquier cambio en sus cuentas; luego debería pedir una cita con el gobernador y darle un informe detallado del estado de la tesorería. Hecho esto, Don Aristides dijo con voz ahogada:

- Lo demás va por su cuenta. No permita que se pierda ni un centavo.

El viejo tesorero tenía todo en perfecto orden. Los libros de contabilidad habían sido llevados en la caligrafía impecable de Don Aristides, y allí estaban consignados todos los movimientos contables. Tenía actualizados los asientos en el libro Diario que minuciosamente consolidaba en el Mayor y desglosaba después en el de Bancos, de suerte que todas las operaciones se podían comprobar y confrontar con las conciliaciones bancarias que hacía diariamente. Ese era el oficio secreto que realizaba con su secretaria todos los días a partir de las cinco de la tarde.

Nadie pensó que Don Aristides hubiera podido ser reemplazado sin ninguna dificultad, ni que su aparente desorden era una estrategia para evitar que se perdieran los dineros de los contribuyentes. Pero él no imaginó que ese esfuerzo sería inútil apenas ocurriera su muerte.

El primero en pedir el puesto fue Metodio, quien llegó al despacho del Gobernador con Toña, una mujer gruesa que lo seguía en sus faenas políticas y era líder de un barrio donde el diputado lograba numerosos votos.

Cuando entraron al enorme despacho, el mandatario, quien no sospechó de qué se trataba, hizo sentar a Metodio y a su acompañante en los sillones forrados de cuero que formaban una solemne sala a un lado de su escritorio.

¡Qué gusto me da verlo, diputado! – le dijo con fingido acento.

-Señor Gobernador – dijo Metodio después del saludo. – Le presento a la señora Toña, persona de mi confianza y con experiencia en la administración, a quien le recomiendo para el cargo de tesorera departamental.

El gobernador recibió la recomendación con un desagrado profundo que reflejó en la expresión de su cara y trató de disimular lo mejor que pudo.

- Mire, diputado – le dijo –la tesorería general es una dependencia sumamente delicada y yo no puedo nombrar allí sino a alguien con mucha experiencia.

-¡Pues ella la tiene! – exclamó Metodio, entregándole una elemental hoja de vida.

El mandatario leyó el papel y comentó – Pero doña Toña no tiene ningún título universitario.

Pero dígame, - preguntó la mujer- ¿cuál era el título de Don Aristides?

- Ah! pero es que él llevaba mucho tiempo como jefe de esa oficina – le replicó el gobernador.

- Bueno, yo también puedo durar otro tanto – dijo Toña.

Cuando quedó solo, el funcionario se tomó la cabeza y dijo para sí: - ¡Cómo se atreve este zoquete a presentarme a semejante ignorante!

El gobernador tomó el teléfono privado e hizo una llamada para decirle a quien le respondió del otro lado de la línea:

-Venga ahora mismo para que resolvamos el asunto de la tesorería.-

Al poco tiempo le anunciaron que el congresista estaba en la antesala, y de inmediato lo hizo seguir, comentándole:

-Aquí apareció Metodio con una vieja horrible para que la nombrara como tesorera.

-Pues, yo le tengo un candidato ideal- dijo el congresista. Se trata de Lucho Pinzón.

Pinzón era un profesional muy conocido que había ocupado altos cargos gubernamentales y tenía un próspero negocio industrial. Tenía fama de inescrupuloso y hacía gala de un carácter fuerte y de una inteligencia pragmática sobresaliente. Se rumoreaba que se había enriquecido en los destinos oficiales y tuvo que responder a varias investigaciones judiciales que fueron muy divulgadas por la prensa local.

A las siete de la noche, Pinzón llegó acompañado de su esposa a la casa del gobernador y pasaron a la sala principal donde los esperaban los dueños de casa y el congresista. Se inició una animada conversación acompañada de finos licores, pero cuando comenzaron a hablar los temas referentes a la gobernación, las esposas se levantaron y salieron hacia el recibidor privado.

- Vamos que estos señores van a hablar de política- dijo la esposa del gobernador.

Ye en la madrugada, los visitantes salieron y se despidieron con mutuas felicitaciones, y mientras el congresista abordó una camioneta blindada seguida de otra repleta de escoltas, Pinzón y su mujer partieron en el automóvil que ella conducía.

-Cómo te fue? - preguntó la esposa de Pinzón.

-Bien, porque yo les puse mis condiciones.

-Pero, - insistió ella – ¿estás seguro de hacer lo mejor?

-Mi amor, es una gran oportunidad y estos son los tipos que yo necesitaba, - dijo Pinzón con satisfacción. Enseguida tomó una de las manos de su esposa entre las suyas y la besó con ternura para dar fin a la conversación.

La posesión del nuevo tesorero fue un acto muy concurrido durante el cual la banda departamental interpretó varias piezas musicales en medio del estruendo de voladores y morteros. Los asistentes se apretujaban para felicitar al nuevo funcionario, en tanto que el gobernador respondía las preguntas de los periodistas en el otro extremo del salón.

El palacio de gobierno era un bello edificio de dos plantas con un patio central, alrededor del cual se abrían amplios corredores con gruesas columnas toscanas de fuste rectilíneo y sobrio capitel. Los techos, muy altos, estaban adornados con cielorrasos de hojalata repujada, de donde pendían las lámparas de estilo republicano que se encendían al final de la tarde, y las paredes pintadas de blanco hacían resaltar el verde selva de puertas y barandas. En un salón de enormes ventanas que se abrían sobre un jardín interior funcionaba la asamblea departamental y, en el otro extremo del segundo piso, bajo una cúpula de color bermellón, estaba la oficina del gobernador.

Pinzón era un hombre madrugador. Antes de las siete de la mañana ya estaba en su oficina y desToñaba con prontitud todos los asuntos, de tal suerte que a las diez su amplio escritorio estaba desocupado y reluciente. A un lado conservaba una fotografía de su familia, y en la pared, a espaldas del escritorio, un cristo de marfil enclavado en un madero de ébano que había comprado en un anticuario de Caracas.

El nuevo tesorero modernizó completamente las dependencias: Hizo instalar computadoras de la tecnología más avanzada, modernos teléfonos, muebles ergonómicos y timbres electrónicos, y fue reemplazando el personal antiguo por jóvenes profesionales capacitados en informática y en modernos sistemas contables.

Era un jefe exigente que sólo confiaba en unos pocos subalternos que él mismo escogió de manera selectiva. En poco tiempo se fue haciendo indispensable para el gobernador, y la administración empezó a girar en torno suyo, razón por la cual estaba presente en todas las reuniones importantes de gobierno y visitaba, casi a diario, la casa del mandatario donde se hacían frecuentes reuniones con el congresista.

Metodio, que se sintió defraudado porque el gobernador no nombró a su recomendada, se convirtió en un opositor vehemente y recogía todos los rumores sobre los “malos manejos” del gobierno para criticarlo airadamente en las sesiones de la asamblea. Y cuando llegó a ser generalizada la creencia de que había “una olla podrida” en la secretaría de obras públicas, pidió una investigación a la Contraloría Nacional, entidad que envió a varios funcionarios para adelantar una rigurosa visita.

Cuándo ésta se inició, el gobernador citó con urgencia al tesorero.

- Oiga Lucho, estoy preocupado por la visita de la Contraloría Nacional – comenzó diciendo. – ¿Qué vamos a hacer?

- No se afane, hombre, que el asunto lo tengo bien estudiado – afirmó con parsimonia el tesorero. – Aquí el que tiene que poner la cara es el secretario de obras públicas.

- Pero, carajo, yo soy el jefe de él - exclamó el gobernador.

- Bueno, pero hay que buscar un culpable y ese es el tipo preciso – replicó Pinzón.

- Recuerde que el secretario de obras públicas es una ficha del congresista y él no va a estar de acuerdo.

- Por el contrario, yo hablé con él. En esto no puede haber dudas. Aquí tenemos que salvar nuestra cabeza a cualquier precio – sentenció el tesorero.

La investigación de la Contraloría daba resultados alarmantes: El secretario de obras públicas fue denunciado formalmente de peculado y detenido por orden del fiscal que llevaba el caso. Simultáneamente se ordenó una inspección rigurosa a la contabilidad de la tesorería y se anunciaron nuevas capturas. La prensa registraba como un escándalo mayúsculo lo que ocurría en la gobernación.

El gobernador, el congresista y el tesorero hacían reuniones secretas en las que, el primero, ponía el grito en el cielo y culpaba a los otros del enorme embrollo en que estaban metidos.

-Lo único que no podemos hacer es separarnos. Hay que seguir adelante con cabeza fría- dijo Pinzón al terminar la reunión de esa noche, y se despidieron con un abrazo de complicidad que los reconfortó.

Cuando Pinzón llegó a su casa, le esposa lo esperaba angustiada y le comentó lo que se decía en todas las emisoras de radio. Él la tranquilizó y le dijo con serenidad.

-Lo primero que hay que hacer es apagar la radio. Lo demás no es grave.

Una noche, cuando el gobernador asistía a una recepción en un club de la ciudad, le llegó la dramática noticia de que el palacio de la gobernación estaba ardiendo. El mandatario palideció, se retiró del recinto y entró aterrorizado a su automóvil ordenando a Domingo que lo llevara de prisa hasta el edificio de gobierno. Cuando por fin pudieron llegar en medio de la congestión que se había formado, vio con asombro que el palacio sucumbía en medio de grandes llamaradas avivadas por la brisa del río. El espectáculo era infernal. El calor impedía acercarse y, en medio de intermitentes explosiones, las finas maderas caían estrepitosamente reducidas por el fuego. Como si fuesen aves inflamadas, miles de papeles volaban efímeramente para descender en oscuras cenizas que cubrieron de luto los alrededores.

Los bomberos trataron infructuosamente de dominar las llamas y, aunque durante largas horas lanzaron chorros de agua, el incendio lo consumió todo. Al amanecer, con la salida del sol se pudo ver la magnitud del desastre: Entre los restos humeantes sólo quedaban en pie los gruesos muros exteriores con los vanos de ventanas y puertas como troneras fantasmales.

Esa mañana, la esposa de Pinzón se levantó y caminó hasta el cuarto contiguo donde su marido, todavía con un vaso de whisky en la mano, miraba por la ventana el incendio, y le dijo:

– Lucho, esta es una gran tragedia, pero fue un milagro que no hubiera muerto nadie.

Sí mi amor, todo esto es un milagro - respondió Pinzón, volviendo la mirada hacia el crucifijo de marfil y ébano que colgaba de nuevo en una de las paredes de su biblioteca.

VII

EL CONEJO SOTO

El incendio del palacio gubernamental fue el más grave desastre ocurrido en la región y, sin embargo, una rápida investigación determinó que su origen había sido un imprevisible corto circuito sin responsabilidad de nadie. Los periódicos pronto olvidaron el hecho, y una sociedad indolente presencié la degradación moral que se apoderó de la administración departamental.

Para Pinzón y sus aliados el siniestro fue otra oportunidad para enriquecerse, porque, ante la necesidad de dotar al gobierno de nuevas instalaciones y equipos de toda clase, se dictó un decreto declarando la emergencia administrativa para celebrar contratos sin las formalidades ordinarias. Fue una orgía de compras en la que los proveedores se arremolinaban ante la oficina del Tesorero y éste, sin reato alguno, asignaba los contratos con el pago previo de jugosas comisiones.

Las ruinas calcinadas eran el testimonio patético de la corrupción oficial, y quedaron abandonadas por largo tiempo puesto que los afanes oficiales se concentraron en reiniciar las actividades del gobierno.

Fue providencial que estuviera desocupado el edificio de una entidad bancaria que cambió de sede, y de inmediato se arrendó y adecuó para las oficinas más indispensables. Otras dependencias se abrieron en edificaciones públicas ubicadas en diferentes sitios de la ciudad, y la Asamblea Departamental reanudó

sus sesiones en un salón adaptado con una prodigiosa rapidez. La eficiencia en todo ello se debía a Pinzón.

Contrariamente a lo que se creía, Metodio, el protagonista de las investigaciones que dieron inicio al escándalo, se silenció por completo. Cuando se esperaba que arreciaran sus críticas y adelantara vigorosos debates por el incendio de palacio, el diputado adoptó una actitud pasiva.

La clave de su conducta la dio el Conejo Soto en La Araña de Oro:

-A Metodio le untaron la mano.

En la tertulia vespertina contó que, el Tesorero, utilizando su mejor estrategia, había comprometido el silencio del diputado con atractivos favores: Nombró a Toña, su candidata, en un alto puesto de la tesorería; logró que el secretario de hacienda le asignara varias partidas para hacer obras en su municipio, y contrató a varios recomendados de confianza para que Metodio se lucrara personalmente de parte de sus emolumentos.

En su juventud, el Conejo Soto fue considerado como una de las promesas de su generación porque se graduó con honores en una prestigiosa universidad y, siendo un profesional inexperto, fue designado jefe de planeación del departamento por un gobernador que conocía sus capacidades. Pero a causa de su alcoholismo fue descendiendo en la escala administrativa y apenas sobrevivía en empleos de menor categoría. Era uno de los burócratas que más conocía los vericuetos de la administración departamental, y asesoraba a diputados y directivos en materias fiscales a cambio de propinas disimuladas que le permitían atender los derroches de su vicio.

Como compañeros de diputación de Metodio fungían los personajes más pintorescos, que cayeron con facilidad en las redes del tesorero: Un diputado de la zona cafetera, que vendió anticipadamente el derecho a las dietas para cubrir los gastos de su campaña y no percibía ni un centavo por ellas, fue la primera presa. El tesorero obtuvo su apoyo incondicional contratando a personas inexistentes como supuestos empleados, para que el diputado recibiera subrepticamente los pagos.

La presidenta de la corporación era un antigua empleadilla del congresista, que él puso en la lista electoral con el fin de manipularla a su antojo y obligarla a entregarle la mitad de las dietas parlamentarias. Para compensar lo que pagaba a su jefe, la presidenta se beneficiaba de las cosas más nimias: Obligaba al chofer del vehículo oficial a transportar mercancías de contrabando del otro lado de la frontera; lo hacía transvasar la gasolina del auto oficial a su automóvil personal y facturaba cuentas ficticias por reparaciones y compra de repuestos. Era una aliada fiel del Tesorero.

Un joven médico, elegido por primera vez y que llegó sin conocer las prácticas que regían en la asamblea, no entendía la forma de actuar de sus compañeros porque, cuando proclamaba la pureza de la democracia y alegaba asuntos de doctrina, los otros ni siquiera discutían esos temas que eran ajenos a sus intereses personales. Ejercía como cirujano y tenía que moverse entre las urgencias de su profesión y el trabajo parlamentario hasta el punto de que, cuando se debatía una importante ordenanza, se acercó a la presidenta y le preguntó:

- ¿Usted cree que la sesión durará mucho?

Ella le respondió que no lo sabía porque todo dependía de lo extenso de los discursos. Entonces, el médico le confesó:

-Es que tengo a una señora anestesiada en el hospital y no sé si quedarme en la sesión o irme a operarla y regresar.

El diputado más extravagante era Régulo Medina, un profesor de bachillerato que llegó a la asamblea en representación del magisterio departamental. Medina trazó en la política un itinerario truculento por cuanto él creía que el éxito se fundaba en obtener victorias de cualquier manera, e incurrió en tantos incumplimientos y felonías que lo convirtieron en el diputado menos confiable.

El tesorero había recibido del gobernador el encargo de “armar la coalición” de la asamblea, es decir, conformar una mayoría para la aprobación del presupuesto y designar a los funcionarios dependientes de ésta. La “coalición” era el desideratum de la política regional, porque sólo quienes la integraban tenían la posibilidad de incluir auxilios presupuestales y emplear a sus seguidores. El tesorero comprometió a los diputados que más le convenían en forma tan vil que más parecían cómplices de sus picardías que coaligados políticos.

Medina apareció una mañana en el despacho del tesorero y le dijo con desfachatez:

-Doctor Pinzón, vengo a ponerme a su disposición para hacer parte de la coalición.

Pinzón se levantó de su escritorio, se acercó a Medina y, poniéndole su enorme mano en el hombro, le respondió:

-No, Medina, usted está más desprestigiado que las acciones de una quiebra.

Pero éste, sin inmutarse y alargando los brazos con las manos juntas, le replicó:

-Amárreme y enciérreme donde quiera, porque esta vez sí estoy dispuesto a cumplir.

Entre los diputados fue una costumbre común crear fundaciones privadas para recibir recursos presupuestales, que con el nombre genérico de “auxilios” eran dineros públicos que los políticos manejaban a su antojo.

Las fundaciones se bautizaron, por lo general, con nombres ilustres, de manera que las prácticas más protervas de la política se hicieron por cuenta de héroes de la independencia, gobernantes pulquérrimos y virtuosos educadores. Las partidas del presupuesto parecían un infame catálogo de la historia regional, tasado en metálico por el tesorero según el grado de complicidad de cada diputado.

El Departamento tenía dos empresas creadas a mediados del siglo veinte con el fin de que sus utilidades permitieran financiar los servicios estatales más importantes, como eran la salud y la educación. Durante largo tiempo, la lotería departamental y la fábrica de licores fueron negocios florecientes, pero sucumbieron en manos de los políticos más inescrupulosos.

El congresista logró que nombraran como gerente de la lotería a uno de sus conmlitones, y convirtió a le empresa en una agencia de su causa electoral. DesToñaba en la oficina del gerente con todo desenfado; usaba los vehículos oficiales para sus actividades proselitistas y ordenaba que los costos de los festejos populares que organizaba para halagar a sus partidarios fueran cubiertos por la empresa estatal.

-¡Nos ganamos la lotería!- era una de las expresiones favoritas del congresista en sus celebraciones privadas.

Por una desafortunada casualidad, un día en que se celebraba las fiestas patronales en un pueblo cercano a la capital y se había dispuesto que la lotería se jugara allí, una patrulla policial detuvo a varios individuos que descargaban las ruedas del sorteo en un lugar desolado de la carretera. Como el hecho tenía la apariencia de un robo, los detenidos fueron conducidos a un calabozo e interrogados largamente. Confesaron, por fin, que eran empleados de la lotería departamental que habían tenido que hacer unas reparaciones a las máquinas del sorteo. Se descubrió que, por el contrario, aquella era una práctica frecuente y se trataba de la forma como, por orden del congresista, se alteraban el funcionamiento de las ruedas para que resultara favorecido el billete que el gerente reservaba para su jefe.

-Ese pícaro sí se había ganado, de verdad, la lotería – señaló el Conejo Soto en su mesa habitual de la Araña de Oro, cuando comentaban los detalles de la estafa.

La fábrica de licores era la otra empresa a donde la politiquería había entrado a saco. Allí, el éxito se fundaba en pertenecer a la junta directiva, porque quienes la integraban disponían de licores para sus celebraciones políticas y obtenían el pago de fiestas en los municipios donde tenían intereses electorales. Con todo, la mayor prerrogativa para sus miembros era participar en la adjudicación de los contratos, y aunque siempre se había sospechado que en esas operaciones se pagaban sobornos al los miembros de la junta, desde la llegada de Pinzón se hizo evidente la corrupción más desfachatada.

Actuaba, en ese momento, como gerente un joven que había estudiado su carrera de economista en los Estados Unidos, y llegó con el sano propósito de modernizar

la empresa. En una reunión de la junta en que se aprobaba una licitación para adquirir una gran cantidad de tapas metálicas para las botellas, el ingenuo gerente sugirió que era necesario estudiar el asunto. De inmediato fue tildado de ignorante por oponerse a aquel contrato que era indispensable para la distribución de los licores. Pinzón pidió que se aplazara la decisión y que se convocara la junta para el día siguiente.

A la salida del recinto, Pinzón se acercó al gerente y, tomándolo por un brazo, le dijo de manera confidencial.

-Oiga, no sea bobito. Esas tapas hay que comprarlas porque es lo que más nos conviene.

Cuando el gerente de la fábrica de licores llegó a su apartamento, recibió una llamada telefónica, y una voz sórdida le dijo:

- Si usted se opone a la compra de las tapas se va a ganar un tiro en la cabeza.

El gerente quedó atónito ante una amenaza como aquella que por primera vez en su vida recibía, y durante toda la noche caviló sobre el asunto. Pero decidió que debía seguir en la valiente defensa de la empresa que le había sido confiada. A la mañana siguiente le pidió al conductor que lo llevara al despacho del gobernador para informarle el hecho.

-¡Hum! - dijo el gobernador al oír el relato- El asunto es delicado. Pero, ¿usted sí ha estudiado bien el asunto?

-Bueno,- repuso el gerente-, es que la cantidad de tapas es verdaderamente abismal.

-Piense bien,- dijo el gobernador- porque es bueno dejar surtida a la empresa para los próximos años.

Una sombra repentina pasó por la mente del joven. Aquello era una confabulación de la que solamente él era ajeno, y con aparente calma le respondió que en la junta de ese día llevaría una propuesta convincente.

Al iniciar la reunión y antes de que empezaran las deliberaciones, el gerente presentó su renuncia irrevocable y se retiró de la sala. De inmediato, un subgerente fue encargado de sus funciones y a los pocos minutos se aprobó el contrato en estudio.

Varios meses después, cuando se relataban las picardías de Pinzón, el Conejo Soto les comentó a sus contertulios de la Araña de Oro:

-Se descubrió una tubería oculta que salía del mismo tanque de almacenamiento y llegaba a una casa vecina donde envasaban el aguardiente robado.

-¿Y saben quien era el dueño del “alcoholoducto”? –preguntó con ironía el Conejo Soto- Pues, Lucho Pinzón- respondió él mismo.

La presidenta de la asamblea llegó una mañana a la sala donde estaban reunidos los diputados y les pidió que hicieran una sesión secreta. Se trataba de un asunto delicado y pidió la mayor reserva.

- Mañana tenemos una cita muy importante- dijo -.Se trata del comandante Tolosa que quiere conversar con nosotros.

El asunto tomó por sorpresa a varios asistentes que desataron una discusión acalorada por la insólita invitación para reunirse con el jefe guerrillero, pero la mayoría aprobó la propuesta.

La cita se adelantaría sin informar a las autoridades de policía, y se tomarían estrictas precauciones para evitar cualquier filtración de la noticia. Los diputados debían viajar en autos contratados por la presidenta hasta el sitio donde los guías los llevarían al campamento guerrillero.

Después de una marcha agotadora, los diputados llegaron a un pequeño claro de la selva donde se levantaba una enramada de paja. Una mesa de madera, unos bancos rústicos y una bandera roja y negra constituían el mobiliario de aquel lugar infestado de mosquitos.

El comandante Tolosa apareció acompañado de su guardia y se puso frente a la mesa después de un breve saludo militar.

-Señores –dijo-. Los he invitado para tratar el tema de las elecciones con el fin de que hagamos unos arreglos. Lo primero es que, quienes no estén de acuerdo conmigo, no pueden hacer campañas políticas aquí.

Ante las rudas expresiones nadie se atrevía a tomar la palabra, hasta cuando la robusta presidenta preguntó:

-Comandante, y ¿cuáles son los arreglos?

-Vamos por partes. – dijo Tolosa- Cada uno de ustedes va a tener su zona y va a estar vigilado por nosotros. Segundo, nos tiene que entregar parte de los auxilios departamentales.

Un murmullo surgió entre los diputados que comentaban en voz baja las drásticas condiciones impuestas por el comandante guerrillero, hasta que, por fin, Metodio tomó la palabra y dijo:

-Comandante, no entiendo cómo es lo de los auxilios.

-Muy fácil. –replicó Tolosa- Aquí tengo el presupuesto departamental con las partidas de cada fundación. Ustedes simplemente nos transfieren el 80% de los auxilios asignados. Lo demás, lo pueden utilizar.

En el silencio que se hizo, la presidenta tomó la palabra y dijo:

-Mire, comandante, Si usted nos quita el ochenta por ciento de los auxilios, ¿cómo vamos a hacer la política?

Precisamente -replicó Tolosa- Lo que nos van a reconocer es, simplemente, la protección. O si no, hagamos otra cosa: Ustedes nos pagan una vacuna personal.

Pero, rebájenos algo –insistió la presidenta.

-Ustedes saben que los auxilios son para sus bolsillos. -concluyó Tolosa.

-Bueno, hagamos un trato –dijo la presidenta- usted nos rebaja la cuota al cincuenta por ciento y yo le pongo a su disposición un campero de la asamblea.

Tolosa meditó unos minutos y, después de hablar con uno de sus subalternos, dijo:

-Trato hecho. ¿Y cuándo me entrega el carro?

-Hoy mismo. -respondió la presidenta.

Después de aquel día, varios guerrilleros ingresaban a las instalaciones de la asamblea identificados con los carnés que les había suministrado la presidenta, y eran los portadores de los mensajes que enviaba su comandante. Llegó a ser tal la confianza que alcanzaron que, con frecuencia, acudían a El Tablazo o al Cabrito de Oro, los restaurantes en los que se hacían las reuniones sociales de la asamblea donde, acompañados de algunas empleadillas, disfrutaban de comidas y bebidas cuyas facturas debían ser cubiertas por la pagaduría oficial.

A la reunión con Tolosa solamente dejó de asistir el diputado Blanco, quien consideró impropio acudir a la cita. Dos de los guerrilleros que vigilaban a los asambleístas entraron una tarde a su despacho y le dijeron que debía acompañarlos. Le mostraron las armas que portaban dentro de sus maletines y salieron con él para abordar el campero oficial que se había asignado al comandante.

En el campamento, Tolosa le dijo al diputado con tono autoritario.

-Doctor Blanco: Le vamos a hacer un juicio por no acatar la orden de asistir a la reunión de la semana pasada.

-Yo no recibí una orden –dijo Blanco – Yo recibí una invitación que no acepté.

-¿Y por qué no la aceptó? –preguntó aquel.

-Porque yo sabía que usted me iba a traer a la fuerza –dijo con tranquilidad.

Tolosa titubeó un poco con la inesperada respuesta, pero recuperando el control le preguntó:

-¿Y usted sabe porqué lo trajimos?

- No sé, -respondió Blanco.

-Ustedes los diputados se están robando el presupuesto departamental por medio de las fundaciones. –señaló el guerrillero

-Yo no tengo fundación – replicó Blanco

-¿Y la fundación “General González”?

-No es mía

-¿Entonces, de quién es?

-No sé. Los auxilios que me corresponde asignar los transferí directamente a los municipios.

-También ustedes cobran sueldos por empleados que no existen.- afirmó Tolosa

-No es mi caso. –aseguró el diputado

-¡De todas maneras, los políticos son unos deshonestos y vamos a acabar con ustedes¡.-dijo Tolosa con ira.

Blanco permaneció callado y se quedó mirando fijamente al comandante guerrillero.

Este le preguntó en tono más reposado:

-¿Usted no se acuerda de mí?

-No –dijo Blanco.

-Yo estudié en el colegio de su padre.

-No, no lo recuerdo –respondió el asambleísta, sorprendido

Desde ese momento la tensión existente entre los dos hombres se disipó y el comandante guerrillero ordenó que desataran al interrogado. Seguidamente se inició la caminata de regreso por la senda abierta en la tupida vegetación de la selva.

-A usted lo vamos a estar vigilando - fue la última frase que le dijeron los guerrilleros cuando lo liberaron en el malecón del río.

Blanco no recordaba a Tolosa como estudiante de colegio, pero se alegró de haber despertado en él alguna consideración y, cuando quedó solo, caminó largamente con una fastidiosa sensación de impotencia.

Durante varios días meditó sobre la conveniencia de continuar su actividad política y observó la forma como sus compañeros se valían de la guerrilla para conseguir votos. Luego, cuando estuvo averiguando a quién pertenecía la fundación “General González”, el Conejo Soto le contó que había sido creada secretamente

por el tesorero general con la complicidad de Régulo Medina y que, con malicia, habían hecho correr el rumor de que pertenecía a Blanco.

El diputado debía asistir el domingo siguiente a una reunión en una escuela rural y, a pesar del consejo de algunas personas de que era peligroso llegar hasta allí, viajó acompañado por el conductor de su campero y los jóvenes partidarios que habían organizado el evento.

Cuando llegaron a la pequeña planicie donde se levanta la escuela, estallaron varios voladores y los asistentes se agruparon en el aula para escuchar al político. El ambiente de la reunión era tenso y no hubo muchas expresiones de júbilo ni gritos avivando al candidato.

Antes de que Blanco iniciara su discurso, la maestra de la escuela le dijo al oído

-Aquí hay varios “muchachos”- que es la expresión con que se designa a los guerrilleros en esa zona.

Y, al terminar la reunión, la maestra volvió a decirle al diputado de manera disimulada:

-Doctor, quieren hablar con usted.

La expectativa se apoderó del lugar. Blanco se acercó a los tres hombres que lo esperaban y con voz firme les dijo:

-Buenos días, señores, en qué puedo servirles.

- Mire – dijo uno de ellos, alto y delgado, de sombrero ancho y cubierto con una ruana corta de color carmelito- A nosotros nos mandaron para saber cómo se porta con la comunidad.

-Aquí la cosa se va a poner dura - continuó el guerrillero- porque nos está atacando el ejército. Por eso no abra el pico.

Las palabras amenazantes sacaron de quicio al diputado, y cuando iba a responder, la maestra lo tomó del brazo y le dijo:

-Vamos, doctor, que lo están esperando en el pueblo.

Subieron a los vehículos y partieron con prontitud. Al llegar al pueblo, la madre de uno de los jóvenes que lo acompañaban se acercó y, con angustia, le dijo a Blanco:

-Doctor, no se demore que ya viene el ejército.

Blanco decidió continuar su viaje apresuradamente y vio cómo los habitantes del pueblo se refugiaban en sus casas cerrando puertas y ventanas.

Estaban próximos a cruzar el puente sobre el río Chitagá, que era considerado el lugar más peligroso de la carretera porque está situado en un estrecho cañón donde es fácil tender una emboscada, y el chofer, presa del miedo, titubeó en la entrada.

-¡No pare! -le gritó el diputado.

Iniciaron el paso sobre el piso metálico que producía un ruido seco en las juntas de las láminas, en medio del fuerte murmullo de las aguas claras que se

precipitaban río abajo. Los momentos se hacían interminables por la angustia de los viajeros que esperaban sentir el estallido de un bombardeo.

Cuando estaban a punto de alcanzar la orilla opuesta, apareció un vehículo militar que se detuvo en mitad del camino cerrando el paso al auto del diputado. Se bajó un oficial en traje camuflado y los detuvo con una mano en alto y con una ametralladora en la otra.

-A donde se dirigen –dijo secamente el militar.

A la capital del departamento.

-Muestren sus identificaciones

-Blanco entregó su credencial de diputado.

-Ah, ¿usted es político? - preguntó con desagrado el militar-. Continúen –finalizó.

Adelante, en un rellano de la carretera, estaban dos camiones con soldados armados a la espera de las órdenes del oficial que comandaba el convoy.

A la mañana siguiente, las emisoras de radio informaron sobre un sangriento combate entre las tropas regulares y un comando guerrillero en las cercanías del río Chitagá, donde resultaron muertos el oficial que comandaba las tropas, cuatro soldados y siete guerrilleros, aun sin identificar.

A la postre, Blanco resultó derrotado en las elecciones. Amenazado por la guerrilla y vencido por la corrupción que invadió el ejercicio de la política, resolvió trasladarse a la capital de la república para probar mejor suerte.

VIII

MARTICA PERILLA

Varios niños se acercaron a la reja y tocaron con afán la campana de reluciente bronce. De inmediato la empleada, una mujer de unos cincuenta años de edad, delgada y ágil bajó corriendo el camino escalonado de la entrada y recibió las arepas del desayuno que le vendían diariamente los nietos de Roberto, el jardinero.

La empleada era de una condición original. Su nombre verdadero no era Martica sino María Inés; el apellido era Bonilla y no Perilla y su edad no era la que tenía sino la que ella inventaba. Su pasado era cambiante de acuerdo con las circunstancias que la rodeaban en un momento dado y, según relataba, alguna vez había sido monja de un convento imaginario y, después, había contraído matrimonio con un hombre apuesto del que vivía enamorada todavía.

Su familia también se transformaba con lo que Martica vivía en el momento. Dos de sus sobrinos estudiaban en Londres al igual que los hijos de su patrón; tenía una hermana que apodaba Mayuya, como la hermana del dueño de casa, y una de sus hermanas se había casado con un multimillonario parecido al vecino rico del lugar.

Martica era feliz en aquel mundo que fabricaba a su antojo. Vivía sola en la cabaña donde funcionaba la portería de la casa, y allí disfrutaba de sus sueños cuando terminaba los oficios de cada día. Decía que no sentía miedo porque

siempre estaba acompañada por los doce apóstoles, y tenía visiones de muertos que la visitaban para transmitirle mensajes e indicarle los números ganadores de loterías y sorteos.

Martica Perilla atendía los deberes de la casa con una habilidad extraordinaria, y lograba convencer de que todo lo hacía por los demás cuando, en realidad, se las arreglaba para hacer solamente lo que ella deseaba.

Recibía a los visitantes y atendía a quienes llegaban a hacer trabajos y reparaciones. Uno de los asiduos operarios era Vega, el ornamentador de puertas y ventanas que, a su vez, fabricaba los marcos metálicos para las pinturas del hijo mayor del dueño. Vega tenía un carácter tranquilo y asumía con total indiferencia los reproches que se le hacían por su incorregible incumplimiento, porque jamás llegaba puntualmente a una cita, nunca entregaba los trabajos a tiempo y todo lo hacía a medias. Era verdaderamente un fresco.

Su caso era paradigmático porque, cuando los dueños lo conocieron, tenía un amplio taller dotado de moderna maquinaria y no menos de diez trabajadores pero, de la noche a la mañana desaparecieron las máquinas, licenció a los empleados y trasladó el lugar de trabajo. En adelante tendría una vida fantasmal.

En ocasiones, Vega anunciaba que estaba saliendo para entregar el trabajo y sólo aparecía después de dos días. Era frecuente que tomara erradamente las medidas de lo que debía fabricar y llegaba con algo más pequeño o más grande de lo contratado. Varias veces se presentó sin las herramientas indispensables, o había olvidado alguna de las piezas que debía colocar.

Un día de octubre, el dueño de casa y su hijo mayor se dedicaron a analizar la conducta de Vega.

¿Cómo es posible que hubiera hecho tan mal este arreglo? – preguntó el padre

Por su lado, el hijo protestaba por el incumplimiento del artesano que le había impedido llevar varios cuadros a la exposición de sus pinturas: ¿Estará enamorado?; se preguntaron; ¿padecerá alguna enfermedad o tendrá demasiadas deudas? Pero nada coincidía con esas hipótesis, porque no expresaba tristeza ninguna, estaba rozagante en su aspecto y ni siquiera se acercaba a cobrar los saldos de las facturas pendientes.

- Lo que pasa es que Vega es un irresponsable, refunfuñó el padre.

-¡No!- replicó el muchacho - los irresponsables somos nosotros por contratarlo.

Martica se convirtió en el epicentro del vecindario, y las mujeres le confiaban sus problemas, a los que daba soluciones con gran seguridad. En más de una ocasión se generaron conflictos urdidos por la misma empleada que ella desenredaba fácilmente, de manera que parecía poseer una magia secreta para remover las dificultades.

Tenía una voz acaramelada y expresiones sumisas para adular a quienes quería convencer de algo, y una enorme perspicacia para adivinar los deseos de cada uno. Era considerada una heroína porque inventaba imaginarias incursiones de ladrones que ella supuestamente hacía huir con valentía. Alguna vez dio la alarma cuando un delincuente, que ella ahuyentó sin testigos, había tratado de violar a una pequeña. Desde entonces se le encargaba a Martica el cuidado de los niños

del vecindario, y los policías de la estación del barrio resolvieron patrullar el lugar todos los días.

Era impecable en su apariencia y vestía de forma apropiada para cada ocasión: Cuando hacía los oficios del jardín usaba guantes, calzaba botas y cubría su cabeza con una gorra de amplia visera; para servir las comidas vestía un traje negro con delantal blanco y una cofia almidonada. Empero, tenía un extraño sentido del orden: Acostumbraba a conservar los empaques de todas las cosas que se compraban, de suerte que en los estantes y gavetas de la casa aparecían cajas vacías, bolsas y frascos desocupados; distribuía los alimentos en diversos muebles; guardaba las piezas de la vajilla en todos los armarios, y los trastos de cocinar aparecían en los lugares más inopinados de la casa. Ella era la única que sabía dónde se guardaba cada objeto.

Martica se ocupaba de comprar lo necesario para la casa en las tiendas cercanas, de manera que conocía a todos los comerciantes y sabía perfectamente quién llegaba y quién se marchaba del barrio. Un día se enteró de que una familia llegada de un pueblo lejano había abierto un negocio nuevo. La curiosidad se apoderó de la empleada y llegó hasta la nueva tienda con el propósito de averiguar de quiénes se trataba. En un instante contó, también, dónde vivía ella, quién era su patrón y cuáles eran sus habituales requerimientos.

Desde aquel día, los dueños del establecimiento empezaron a confiarle sus intimidades, y por eso supo que la hija mayor aun no había conseguido un empleo; que habían salido de su pueblo por la indolencia de los vecinos y que el dueño era sobrino nieto del hombre que fue el más rico del lugar.

El propietario del negocio, Juan Timo, había vendido todo lo que poseía para comprar una buena casa en la capital. Según sus planes, abriría una gran panadería, y la hija mayor, apadrinada por Metodio, el político que es su pariente,

se emplearía en un cargo oficial. De esa manera educaría a los otros hijos y su familia podría vivir con mayor holgura. La verdad fue otra: Con el producto de la venta sólo pudieron comprar esa casa en construcción que parapetaron de regular manera; la hija no había logrado emplearse y la gran panadería no era sino una tienda con un horno de leña que no encendían todos los días porque no producía lo suficiente para mantenerlo.

Juan Timo y María Arcelia discutieron el nombre que habrían de ponerle al nuevo negocio, y cuando la hija mayor sugirió el de El Porvenir, quedó claro que éste sería el definitivo porque era la remembranza de su región de origen, el recuerdo de don Timoleón; la nostalgia de Engracia y el auspicio de una nueva prosperidad. Fue así como, El Porvenir, vino a ser en la capital de la república el emblema de la familia desperdigada por esos caminos de Dios.

Martica buscaba la manera de llegar con frecuencia hasta la nueva tienda, y empezó a armar sus nuevas fantasías en la medida que iba conociendo las intimidades de los dueños. Era tan veloz el chismorreo, que algunas veces le relataban sucesos que ella misma había inventado y que habían pasado a ser parte de las leyendas del barrio.

Una tarde en que conversaban sobre la vida en su pueblo natal, Juan Timo le contó a Martica que no podía olvidar la imagen de una tía quien, después del entierro de la abuela Engracia, incineró todas las cosas de la difunta en el solar de su casa en una ceremonia que a él le pareció diabólica. Durante sus años de infancia, Juan Timo soñó que él mismo era quemado en esa hoguera purgatoria. Para preservarlo de las malas influencias, Martica le hizo entrega de un detente milagroso.

Después, en sus frecuentes visitas, Martica se fue enterando de que El Porvenir se había convertido en una especie de embajada del pueblo natal de los dueños, a

donde llegaban habitualmente los descendientes de los parientes y amigos de don Timoleón y Engracia que frecuentaron durante años su casa solariega. Allí conoció las inquietudes políticas de Licho, el hijo del doctor Portillo que fue el orador infaltable en todos los eventos importantes del poblado; se fascinó con la importancia política de Metodio, el pariente de Juan Timo y oyó embelesada los versos de Antonio, el hijo de don Abel, quien fuera el profesor de todos los años de escuela primaria del conocido político. Fueron estos habituales clientes quienes, haciendo alusión al apodo que le tenían a la familia de Juan Timo en su pueblo, empezaron a llamar a aquel lugar “la tienda de los muertos”.

Para la hábil mujer no parecía haber nada imposible y se solazaba haciendo alarde de su arrojo. Repetía como suyo el aforismo que le había oído repetir a Antonio: “El miedo perturba los sentidos y hace que las cosas no parezcan lo que son”, y demostró su valentía el día que robaron varios electrodomésticos de El Porvenir. Sospechando quién era el ladrón, fue hasta la casa del bandido y lo increpó con energía, pasó al dormitorio y tomó el botín que todavía estaba guardado en dos bolsas negras para la basura. Cuando apareció Martica con los paquetes, todos quedaron admirados. Desde ese día prácticamente se convirtió en un miembro de la familia de Juan Timo.

- Martica, usted, es como una hermana para nosotros – afirmó el jefe del hogar.

El ladrón era Campo Elías, un hombre de unos treinta años, delgado y de rostro macilento, muy conocido en el barrio. Era un hábil obrero al que siempre contrataban los nuevos constructores, pero que, siempre también, despedían cuando se ponía en evidencia su falta de honradez. En las horas de trabajo era sigiloso en sus hurtos pero, en las noches, en compañía de un hermano suyo más depravado, actuaba como atracador en las calles solitarias de la ciudad. Todos conocían las andanzas de Campo Elías pero no se atrevían a denunciarlo por temor a las represalias que podrían tomar los dos hermanos.

Campo Elías vivía con una mujer que le había dado dos hijos y lo aconsejaba para que tuviera un buen comportamiento en sus empleos, pero él era débil de carácter y cedía siempre a la influencia perniciosa de su hermano.

Aconsejado por Martica, cuando Campo Elías trabajaba para un arquitecto vecino, decidió contraer matrimonio para formalizar su unión de varios años. Todos lo ayudaron convencidos de que era la manera de enderezar sus pasos y asegurar el futuro de sus hijos. Se acordó, también, que el hermano de Campo Elías se casara con la mujer con la cual hacía vida marital y de la cual tenían una hija que ya había cumplido catorce años de edad. El cura párroco, feliz porque dos familias de su feligresía se reconciliaban con la iglesia, puso todo empeño en la preparación de las bodas.

La ceremonia religiosa congregó a cantidad de vecinos que vieron en aquel acto el comienzo de una nueva vida para esas parejas, y se conmovieron con los hijos de ambas que portaron con elegancia las arras matrimoniales.

Terminada la fiesta del salón comunal, Campo Elías dejó a su mujer en la casa y continuó la juerga en compañía de su hermano. Cuando, ya muy borracho, regresó al día siguiente, armó una enorme gresca, golpeó a su esposa brutalmente y la arrojó a la calle con sus hijos. Ese día iniciaron las diligencias del divorcio.

La decepción fue grande. La mayoría de los vecinos culpaba al hermano rufián por la conducta inexcusable de Campo Elías.

- Él es el responsable de todo – sentenció Martica, esa mañana.

- ¿Pero acaso Campo Elías es tan pendejo que se deja engatusar por el otro? – preguntó María Arcelia.

- Hay, mijita – respondió la empleada – es que la falta de carácter es peor que una enfermedad incurable.

Después de aquel incidente, el obrero desapareció. Unas personas decían que había huido a una ciudad de la costa atlántica, como lo anunciaba cada vez que tenía problemas, pero las demás aseguraban que seguía cometiendo fechorías en un barrio cercano.

- Vaca ladrona no olvida el portillo – dijo Juan Timo cuando el tema salió a colación.

Pasaron varias semanas con aparente tranquilidad respecto a los robos en el vecindario, hasta cuando, una mañana, Martica llegó angustiada a El Porvenir para informar que habían encontrado a un hombre muerto cerca de la casa de Roberto. María Arcelia y Martica resolvieron ir a percatarse de lo acontecido y salieron apresuradamente.

Incontables curiosos observaban el cadáver de un hombre tendido boca abajo entre los matorrales del camino.

-Ese es Campo Elías – dijo Martica. La chaqueta que lleva se la regaló mi patrón.

Al día siguiente, cerca del mediodía, cuando Martica regresaba de hacer las compras en El Porvenir y comentar el lamentable suceso, oyó una voz que la llamaba. Asustada, se acercó a la orilla de la carretera para ver lo que ocurría.

-¡No me espante, por Dios! – gritó sorprendida Martica.

-¡Calle! – susurró el hombre que le hablaba. – Necesito que me ayude.

El hombre le pidió que lo escuchara porque tenía algo muy importante que decirle y le dijo que lo esperara esa noche en la entrada de la cabaña. Martica reanudó su camino apresuradamente y, ya en su casa, mientras preparaba los alimentos se tomó la cabeza y se preguntó, sin respuesta, cuál era la explicación de lo que estaba sucediendo.

Probablemente era la primera vez que padecía un estado de ánimo tan decaído. Pasó largas horas de incertidumbre y, como pocas veces, fue consciente de los innumerables ruidos naturales de las noches sin lluvia que, confundidos con los ecos de la ciudad, son como un concierto de música electrónica. De pronto oyó que la llamaban. Serían las once de la noche cuando Martica salió de la cabaña y comprobó quién era la persona que la había llamado en el camino ese mediodía:

¡Campo Elías, yo lo vi muerto a usted! – susurró Martica con énfasis.

-No -dijo- ese era mi hermano.

-Pero, ¿qué pasó? – preguntó Martica.

El atemorizado obrero le contó que estaba huyendo porque también querían matarlo a él. Dijo que se había salvado en medio de la balacera haciéndose el muerto, y pudo huir, pero que ahora lo perseguían puesto que él sabía quiénes eran los asesinos:

-Quiero contarle quiénes son para ...

No terminó la frase cuando se oyeron varias detonaciones de un arma de fuego, y Campo Elías saltó como una gacela para perderse entre los arbustos de la loma. Martica corrió a refugiarse en la cabaña y allí, con devoción, invocó a los doce apóstoles y a las once mil vírgenes rogando por la vida del obrero.

Las colinas de Suba tienen la particularidad de que allí conviven habitantes de diferentes niveles sociales: Ricos empresarios y artistas famosos viven cerca de modestos asentamientos urbanos. Existen colegios para familias adineradas, conventos religiosos y cuarteles policiales que colindan con barrios de invasión. En ese heterogéneo vecindario vivía Juancho Páez.

Juancho había nacido en un pueblo del sur del país y tenía las características de la raza incaica de la que se ufanaba. Había llegado para vivir provisionalmente en una cabaña de la colina con el único fin de estar cerca del colegio donde estudiaban sus hijos, y solamente por el tiempo necesario para construir su vivienda definitiva. De esto hacía ya veinticinco años.

Páez había estudiado en un seminario católico y por eso podía leer en latín y en griego. Después resolvió estudiar ingeniería, profesión en la que tuvo una larga experiencia. Se casó con una mujer de su pueblo con la que tuvo varios hijos pero, con el tiempo, conoció a otra más joven y abandonó a su esposa. Con su segunda mujer vino a vivir en la colina. Ella, hija de europeos, era una mujer de armas tomar, y después de luchar varios años contra la incuria de su marido y viendo que nunca terminaba la construcción de su casa, resolvió viajar con sus hijos al país de su familia paterna. Un día le dijo:

-Juancho, yo me voy para Italia con mis hijos mientras terminas la casa.

Juancho, ya entrado en años, no tuvo alternativa. La mujer se iba porque él, por su desorden financiero, había llegado a una insolvencia pavorosa. Ayudó en lo que pudo a organizar el viaje y, como otras veces, se hizo el firme propósito de salir adelante.

Después del viaje de su familia, Páez perdió todo contacto con sus vecinos y redujo su vida a cuidar las ruinas de la construcción que nunca concluyó. Salía muy temprano en las mañanas antes de que sus vecinos lo pudieran ver, y regresaba a hurtadillas para internarse en las estancias donde faltaban puertas y ventanas.

Se hizo susceptible a cualquier desaire cierto o imaginario y, pese a su carácter manso, se tornó irascible. Los arreglos de sus propiedades los hacía en horas nocturnas, costumbre que generaba ruidos extraños y molestias a los vecinos que añoraban los días en que su mujer vivía con él. Porque, ella, esbelta y de hermosos rasgos latinos, era quien hacía agradable la vecindad por su carácter emprendedor y su trato amable.

La arrojada mujer se había abierto paso en Italia y gozaba de ingresos que le permitían enviar a su marido unos dineros con los cuales él debía terminar la construcción de la casa. Pero Juancho no estaba dispuesto a trabajar para ganar ni siquiera lo mínimo, y terminó viviendo con lo que recibía de su mujer: Como era incapaz de prepararse su propia alimentación, resolvió acudir a su esposa legítima a quien pagaba su manutención y el cuidado de su ropa. Aunque él lo ignoraba, las dos mujeres se habían puesto de acuerdo para atender sus necesidades con tal de tenerlo a prudente distancia.

Uno de esos días fue cuando Martica, quien guardaba por Páez un sentimiento de pesar, lo presentó a Juan Timo y a María Arcelia para que le suministraran a crédito lo que pudiera hacerle falta. Gracias a eso, Juancho encontró en El Porvenir un refugio donde se sentía protegido. Además, era un buen consejero en asuntos de construcción y ayudaba a Juan Timo a resolver los problemas de humedades y desagües.

En su juventud, Páez había sido un hombre solvente cuando fue empleado de una entidad oficial donde recibía un sueldo que le permitía vivir con holgura. Pero cuando se unió a la nueva mujer, resolvió arriesgarse a hacer negocios por su propia cuenta. Empero, en este campo Páez era desastroso porque no tenía ningún orden en su empresa, y aunque recibía importantes sumas de dinero, se fue endeudando para deslumbrar a su mujer y fracasó en la ejecución de los contratos. Poco a poco, y sin que su compañera pudiera contener el caos, Juancho lo perdió todo.

En aquellos días de decadencia, Páez todavía conservaba una actitud optimista y hacía esfuerzos para salir de la bancarrota. Pero cuando su mujer se hartó y le dijo que solamente regresaría de Italia cuando él terminara de construir la casa, Juancho se derrumbó.

En adelante su vida fue la que conocieron Juan Timo y su familia, y las razones del afecto que le tomaron fue por la pena que les causaba su débil condición y el abandono en que vivía. Desde entonces, Páez entró a ser parte de los asiduos visitantes de El Porvenir.

María Arcelia, preocupada por la falta de empleo de su hija, andaba averiguando con uno y con otro quién pudiera contratarla, pero cada día veía más difícil conseguirlo. Las posibilidades de que Metodio la ayudara eran remotas, y los escasos estudios de la muchacha complicaban más las cosas.

-Usted tiene que trabajar en lo que sea – dijo la madre a la jovencita un día en que discutían sobre su futuro.

Como María Arcelia había oído de labios de Juancho Páez que un coronel amigo había quedado viudo con un niño de brazos, lo abordó una tarde y le pidió que le preguntara al militar si podría necesitar una niñera. Páez se ofreció gustoso y a los pocos días llegó con la respuesta:

-Usted tiene ojo de águila- le dijo Páez a María Arcelia- El coronel Moreno está necesitando una persona que le atienda al bebé.

-Pero dígame, Pepe – le preguntó la mujer – ¿El coronel vive solo? Porque a mí me da mucho miedo por la muchacha, que es inexperta.

-No se preocupe - dijo Páez. ¿Sabe que el coronel se volvió a casar con una hermana de la muerta?

Pasó, Juancho, a narrar la tragedia que había ocurrido y la forma extraña como se resolvió la situación. El coronel Moreno era casado con una bella mujer que tenía cinco hermanas menores, todas hermosas y de unas edades próximas entre sí. Pero, lamentablemente, en el momento del parto, su esposa sufrió una hemorragia incontrolable y murió.

La inesperada muerte de la joven madre dejó sumida a la familia en la mayor tristeza, y a todos conmovió la suerte del niño que había quedado huérfano de madre al nacer. Pero, apenas terminados los funerales, el padre, que era un hombre de arcaicas costumbres en las que imperaba la autoridad del varón, dio esta drástica orden a la segunda de sus hijas:

-Silvia, ahora le toca a usted casarse con el coronel Moreno, porque ese niño no puede criarse sin mamá.

Fue a la casa de Silvia de Moreno a donde llegó la hija de María Arcelia como niñera del bebé huérfano.

IX

SILVIA DE MORENO

Silvia se había casado con el coronel Moreno para complacer a su padre, y por conmiseración con el hijo de su hermana muerta cuando dio a luz. Aunque estaba ya comprometida con un próspero abogado para contraer matrimonio, rompió el compromiso para dedicarse al pequeño, demostrando una abnegación sin límite. En medio del luto y las premuras de la crianza se concertó la boda.

La orden que impartió el padre de Silvia no fue objetada por nadie porque, en su casa, él lo disponía todo en forma arbitraria. Aunque poseía alguna ilustración como fruto de sus lecturas y de los viajes que había hecho a Europa, tenía hábitos totalmente anacrónicos. Cuando salía a la calle no admitía portar nada distinto a su bastón, y era su mujer quien debía cargar los fardos de las compras caminando siempre detrás de él a una distancia no menor de cuatro pasos. Poseía un escritorio de madera tallada en el que nadie podía poner sus manos y mucho menos abrir alguna de sus gavetas abigarradas de objetos. Tal era el temor que causaban sus prohibiciones que, aunque él estuviera ausente, nadie se atrevía a pasar siquiera cerca del barroco mueble. Y para estar seguro de que sus mandatos eran cumplidos, cuando el jefe del hogar salía no decía a donde iría ni cuando regresaría para tomar siempre por sorpresa a las mujeres de su casa.

El matrimonio de Silvia con el coronel Moreno se celebró con características inusuales: Todos, incluyendo a la novia, acudieron vestidos de negro. La iglesia sólo estaba adornada con flores blancas y velas encendidas, y la ceremonia

religiosa, que se hizo a las siete de la noche, era un espectáculo lúgubre. Se hablaba más de la muerta que de la triste novia, quien lloraba con igual dolor por la pérdida de su hermana como por la de su novio.

En la cena, como por ironía, las viandas eran todas de colores oscuros. El ponqué no alcanzó a ser cubierto con la crema blanca, y dejaba ver su textura húmeda de color del brandy. En lugar de champaña se sirvió vino tinto, y la comida consistió en medallones de carne de cerdo en salsa de ciruelas pasas. Para colmo de las coincidencias, el mesero que envió la casa de banquetes era un hombre de piel oscura originario de un puerto sobre el Océano Pacífico, que cuando servía las viandas, vestido del smokin de ocasión, parecía como si las bandejas flotaran solas por el comedor.

- ¡Cómo seré de malas, que ni siquiera me di cuenta cuándo perdí la virginidad! – le contó Silvia a una de sus amigas al comentarles las intimidades del matrimonio.

La pareja matrimonial inició su vida de manera inusitada. El coronel Moreno continuó su rutina conyugal como si su mujer fuera la hermana muerta, tanto que no hubo luna de miel. Su mayor preocupación era que Silvia atendiera al bebé para que no extrañara a la madre, mientras que Silvia se sentía ocupando un lugar que no le correspondía, entre otras cosas porque su marido, para dirigirse a ella, usaba casi siempre el nombre de la difunta. La triste esposa llegó a ser como un fantasma viviente y empezó a asumir una conducta incomprensible para los demás, como si se tratara de un ser del otro mundo. Hablaba sola, se acicalaba solamente en las horas de la noche y permanecía durante el día con una túnica blanca y sin zapatos, de manera que su marcha por todos los sitios de la casa era sigilosa y veloz como si no tocara el piso. Su marido no reparaba en esa conducta insólita porque casi siempre estaba fuera de su casa en función de sus obligaciones militares.

La hija de María Arcelia le ayudaba en la crianza del pequeño, pero tuvo que renunciar después de algunos meses por el acoso permanente que le hacía el coronel Moreno y que ella le confió a su madre.

-No hija, -le dijo María Arcelia- sálgase de allá. Aquí tiene su casa y yo no voy a permitir que ese hombre la irrespete.

La vida fue transcurriendo para Silvia en un ambiente de tristeza, que sólo era soportable por la dedicación permanente a la crianza de su sobrino y la de los propios hijos que fueron llegando uno tras de otro hasta completar cuatro, dos hombres y dos mujeres que llenaron la casa con un gigantesco desorden. Los hijos dieron a Silvia una esperanza de vida porque, en atenderlos, comprometía todas sus energías y le ayudaba a olvidar la falta de amor de su matrimonio forzado.

En las reuniones de padres de familia del colegio hizo amistad con un apuesto hombre que también acudía puntualmente a averiguar por el desempeño de su hijo. Después de un prolongado tiempo de confidencias mutuas se hicieron amantes.

A Silvia le cambió la vida por completo. Tenía, primero, la ilusión de ir a las reuniones mensuales del colegio y, después, de encontrarse semanalmente con su amante en un discreto motel, al que se entraba por una puerta escondida entre arbustos. Las citas, para evitar cualquier sospecha, eran en horas inopinadas de la mañana y transcurrían en un delicioso escarceo de amantes felices.

Fue un largo y cauteloso romance que sólo se interrumpió el día en que el coronel Moreno, por casualidad, encontró una cajita de madera en la que Silvia guardaba papeles con las frases de amor que su amante le escribía en las citas furtivas.

Moreno la esperó sentado en la silla de la alcoba con un revólver en la mano y, cuando Silvia entró, le apuntó directamente al corazón gritándole:

¿Qué es esto? – le dijo mostrando el pequeño cofre.

Cuando Silvia vio la cajita de sus recuerdos hizo lo posible por conservar la serenidad, y le respondió con certeza:

-Cartas de amor.

-¿Y, quien se las escribe? -preguntó el enfurecido marido.

-Mi amante –dijo ella.

El militar exclamó con ira: -Ahora me va a decir quién es su amante.

-¡No!- dijo Silvia resueltamente. Ya es demasiado tarde para que se interese por mi vida.

El coronel Moreno la tomó con violencia de un brazo, la tiró sobre la cama y poniéndole el revólver en el pecho la increpó con rabia:

-Dígame con quien me engaña!

-De todas maneras no lo va a saber, así que puede matarme- contestó Silvia.

Moreno estalló en lágrimas. Tomó su arma, se sentó en la silla donde había esperado a Silvia y colocó el revólver sobre su sien. Ella, inmóvil, observaba la escena con pavor. De pronto, se levantó, puso nuevamente el revólver en el pecho de ella y le dijo:

-Si no fuera por los niños ya la hubiera matado. Y salió apresuradamente.

Desde aquel día la incomunicación de los esposos fue mayor. Silvia se mudó a la alcoba de su pequeña hija y regresó a su vida fantasmal. Nunca volvió a ver a su amante sin explicación ninguna. Él acudía a las reuniones del colegio pero Silvia no regresó a ellas. La llamaba a su teléfono, pero ella nunca contestó. Se atrevió a pasar con alguna frecuencia por su casa, pero Silvia no daba señales de vida. Ella, por su parte, lo espiaba. Cuando había reuniones en el colegio, esperaba escondida a que terminaran, lo veía salir y después entraba a hablar con los profesores. De vez en cuando pasaba por el frente del motel de sus citas clandestinas; esperaba el repique del teléfono que no contestaba y lo vio caminar por la acera de su casa. Siempre conservó en su cajita de madera las papeletas marcadas con las frases de su amor perdido.

Silvia se refugió en su bondadosa madre y le confió sus intimidades. Al fin y al cabo ambas eran víctimas del machismo desmedido de sus esposos y llegaron a cultivar una estrecha amistad. La madre visitaba a Silvia para darle apoyo y ayudarla en sus diarias faenas, y fue en ese tiempo cuando resolvieron asistir a los oficios religiosos de una comunidad protestante donde pasaban largas horas entre cánticos y oraciones, e ingresaron a un grupo de mujeres abandonadas en el que encontraron la paz interior compartiendo sus duras experiencias con las compañeras despechadas.

Una tarde, cuando Silvia regresó de la iglesia más temprano que de costumbre, entró a su casa y pasó directamente a buscar a la empleada para darle alguna orden. Al abrir la puerta de su alcoba la encontró haciendo el amor con el coronel Moreno. Todos quedaron paralizados. Silvia, con repugnancia pero con una íntima sensación de venganza, le dijo a la mujer:

-¡Carmelina, esto es el colmo! Prepare sus cosas y se va inmediatamente de esta casa.

Y dirigiéndose al coronel, que permanecía en la cama desnudo y medio cubierto por la sábana, le dijo:

-Ahora que se vaya Carmelina usted va a ocupar su lugar en esta pieza.

El coronel Moreno fue nombrado agregado militar de la embajada ante el gobierno de Argentina, y en el siguiente mes de junio viajó con toda su familia para vivir en Buenos Aires por un año. Allí trataron de disimular las desavenencias matrimoniales porque tenían que compartir gran parte del tiempo con los otros agregados y con los diplomáticos que trabajaban en la misión. Pero, cuando el coronel Moreno se embriagaba, ejecutaba unas escenas terroríficas amenazándola con el revólver sobre el corazón para que le confesara quién era su amante.

-Eso no importa -respondía Silvia- Puede matarme porque ya tengo pocos motivos para seguir viviendo.

Silvia se dedicó a complacer a sus cuatro hijos y, en las horas de oficina de su esposo, frecuentaba el parque de La Recoleta para que los niños jugaran en las mañanas alumbradas por el sol de invierno. Se sentaba en uno de los bancos a observar los juegos infantiles y a leer minuciosamente los periódicos atrasados que su esposo llevaba de la embajada, donde buscaba con una ínfima esperanza alguna noticia, un indicio que la aproximara a su amante en la ciudad donde lo había dejado sin explicación alguna. Repasaba una y otra vez los avisos fúnebres por si acaso encontraba su nombre entre los muertos, y se sobresaltó cuando leyó uno que invitaba al entierro de una de sus hermanas.

Para no dejar huella alguna, aprendió de memoria la dirección que figuraba en el aviso y decidió escribir una carta. Fue aquel un juego sentimental que duró semanas enteras en las que Silvia pensaba una a una las palabras que enviaría y, a su vez, las que vendrían en la respuesta anhelada. En sus estancias en La Recoleta no escribía nada, sino repasaba la dirección aprendida y armaba las frases amorosas, ensimismada en aquellas jornadas donde se imaginaba caminando del brazo de su amante entre los árboles, cerca de la iglesia de san Francisco.

Por fin se dispuso a enviar un escrito: Recortó el título y la fecha de un ejemplar de El Clarín de ese día, le estampó sus labios recién pintados de rouge, le derramó una gota de su perfume, lo guardó en el sobre sin más palabras y lo envió sin remitente. Fue como la nota de un naufrago arrojada al mar en una botella desde una isla remota.

Al poco tiempo llegó a vivir en Buenos Aires un militar compañero de Moreno casado con la hija del comandante del ejército. Fue la más desafortunada coincidencia porque, Elizabeth, era una mujer envidiosa y vengativa. Como, entre los militares, las mujeres ejercen el rango que corresponde a sus esposos, y en este caso a un influyente padre, Silvia pasó a ser la subalterna de Elizabeth sin paliativos. Las dos mujeres se repelían como el agua y el aceite pero tenían que convivir inevitablemente.

Los Moreno habían comprado valiosos objetos de cristal y una fina vajilla de porcelana que conservaban con sumo cuidado para llevar a su país en el regreso de la misión diplomática. Elizabeth quiso ver cada cosa e hizo desempacar todo los adornos; miró la marca estampada en el reverso de los platos; criticó cada adorno, y entre sacar y guardar, despedazar papeles y cortar cuerdas, rompió cuatro pocillos y dos floreros grandes.

No te afanes que yo te los repongo- le dijo Elizabeth con total indiferencia.

Como el coronel Moreno estaba a punto de ser llamado para hacer el curso de general, le advirtió a Silvia que se comportara cuidadosamente con Elizabeth porque, en buena parte, el ascenso dependía de su padre. Por eso Silvia se mordía los labios ante cada impertinencia de la hija del comandante.

Una mañana, cuando las dos familias desayunaban en el apartamento de Silvia, Elizabeth le dijo a su hijo que se resistía a tomar los alimentos:

-Tienes que comerte todo porque, si no, te vuelves raquítico y negro como el hijo de Silvia.

Varias veces, la hija del comandante del ejército le comentaba a Silvia que su padre la había pedido que le comprara algo muy costoso, y que ella no tenía el dinero suficiente para hacerlo. Entonces, Silvia, atendiendo la advertencia de su esposo, le recordaba que se lo obsequiara a Elizabeth. Aquella fue la práctica más desalmada porque los Moreno tenían que privarse hasta de las cosas necesarias para sus hijos con el fin de darle gusto a la cínica mujer.

Un día, Elizabeth llegó muy temprano al apartamento del coronel Moreno vociferando porque uno de sus hijos había roto un vaso de cristal, y Silvia debía salir inmediatamente a comprar su reemplazo pues, de lo contrario, le contaría el grave incidente a su padre.

Silvia, medio dormida y aturdida por los gritos, se levantó a atender a su vecina.

-¡Sus hijos son unos animales!, -fue lo que Silvia alcanzó a escuchar.

Entonces, Silvia perdió los estribos, se armó de una escoba y la emprendió a golpes contra Elizabeth gritándole:

-¡Vaya y dígle a su papá que se puede meter el ascenso de mi esposo por el trasero!

Y, en efecto, a su regreso al país Moreno fue llamado a calificar servicios

La familia Moreno vivía solamente de la pensión del coronel, y esa suma mensual escasamente alcanzaba para lo más indispensable de la casa. Silvia resolvió organizar un negocio para aumentar los ingresos familiares, y pensó en fabricar alimentos para entregas a domicilio. Se le ocurrió, entonces, que la hija de María Arcelia podría ayudarla en esa empresa. Buscó afanosamente entre sus viejos directorios el número telefónico, se comunicó con María Arcelia, y se dirigió a las afueras de la ciudad en busca de la tienda El Porvenir.

María Arcelia le dijo que le resultaba difícil ayudarla y que su hija estaba empleada en una casa de familia. No obstante, quedaba alerta por si llegaba a saber de alguien que le pudiera servir. Estaban las dos en la puerta de El Porvenir cuando un auto, que transitaba con destino al centro de la ciudad, frenó bruscamente con un fuerte chirrido de llantas sobre el pavimento. El conductor bajó el vidrio de su ventanilla y gritó

¡Silvia!, Soy yo.

Era el amante lejano. Habían pasado cuatro años desde cuando Silvia dejó de dar señales de vida y, aunque él no supo el motivo del desaparecimiento, conservó el recuerdo vivo de sus amores ocultos. Y cuando estaba a punto de olvidarlo todo, recibió la carta de Argentina con los labios de Silvia impresos en el papel periódico e impregnado del olor inconfundible de su perfume

Había cambiado de residencia y ahora vivía en las afueras de la ciudad en una casa rural en las inmediaciones del El Porvenir, por donde debía pasar diariamente. Desde aquel día le quedó grabada para siempre esa tienda de esquina.

Silvia se acercó, lo miró intensamente y le dijo:

Yo nunca te he olvidado.

El respondió con ternura - súbete y demos un paseo.

Aquel encuentro casual fue como un tímido renacer de ambos a una vida pasada, cuando la pasión era, apenas, un rescoldo tibio. Tomados de las manos se contaron lo ocurrido en el tiempo de la ausencia del que quedaron cicatrices que los hacían menos sensibles al dolor. Recordaban episodios sin detalles, para coincidir en que su amor estuvo misteriosamente resguardado de los embates de la mala fortuna. Como si se hubieran puesto de acuerdo para no dolerse anticipadamente por otra separación, no hablaban del futuro. Silvia se hundió con los ojos cerrados en un abismo interior, lejos de todo, y cuando él detuvo nuevamente el auto en El Porvenir, sintió como si descendiera torpemente a su mundo prosaico.

Tomaron como punto de referencia la esquina de El Porvenir para sus nuevos encuentros. No prefijaron días ni horas para sus citas, tratando de repetir la sensación de aquel encuentro que los transportó a la época de su amor estancado, y estuvieron un largo rato con las mejillas juntas hasta cuando las lágrimas de Silvia empezaron a humedecer la piel marchita de los dos.

La situación económica de los Moreno se hizo cada día más difícil. La manutención de la numerosa familia, la educación de los hijos y el pago de la vivienda, obligaron a salir poco a poco de las cosas de valor y a reducirse a un modesto apartamento que Silvia había heredado de su padre. Un día en que Silvia trataba de colocar un bombillo, encaramada en la mesa del comedor, atravesó con un pie la tabla superior, y aquel enorme agujero permaneció sin arreglo por meses enteros como testimonio de la pobreza en que vivían.

Ese roto era una calamidad. Silvia, tratando de ocultar la incuria de su marido, lo cubría con una hoja de cartón puesta debajo del mantel. Pero cuando se ponía allí un objeto pesado, todo era absorbido por el agujero como un remolino incontrolable. Esos episodios eran el comienzo de nuevas y ruidosas discusiones.

Los esposos anidaron un recóndito odio que los llevó a agredirse verbalmente sin consideración. En una ocasión en que el coronel estuvo varios días recluido en cama por una virosis infecciosa con vómitos y diarrea, Silvia le repetía en el momento de suministrarle las medicinas:

-Ya pronto va a estar en el infierno comiendo de eso mismo.

Un día se perdió la pequeña llave del escaparate donde los esposos guardaban la ropa y los objetos más valiosos, y el coronel Moreno no pudo salir a reunirse con los amigos como lo hacía todas las tardes. El episodio dio origen a un alegato fenomenal. Él acusaba a su mujer de impedirle hacer su vida como le daba la gana y de meterse en lo que no le importa. ¡Era el colmo impedirle usar su propia ropa! Fue tal su furia que estuvo a punto de abrir el escaparate a balazos.

Ella, por su parte, le dijo que, tal vez, él mismo había ocultado la llave con el propósito de inventar un nuevo motivo para asesinarla y que, si quería, le disparara para acabar de una vez por todas con esa vida de perros que le daba.

Al final de la tarde, cuando se sentaron a cenar, el coronel mordió el metal cobrizo de la llave en un bocado de la torta que Silvia había estado preparando durante todo el día.

Aquello lo enfureció de nuevo y le dijo a su mujer:

-¿Ah, con que así quería vengarse? – y sin más, se tragó la llave sentenciando:

-Ahora búsquela entre la caca.

Los meses pasaban en medio del fastidio matrimonial. De vez en cuando, Silvia llegaba hasta El Porvenir, y en varias ocasiones se encontró con su antiguo amante. Eran encuentros desapasionados que les transmitían la agradable sensación de repetir una bella película que hubieran visto juntos. Paseaban por un largo rato en el viejo automóvil, tomaban café en un sitio discreto y regresaban a sus casas con total tranquilidad.

Un día en que Silvia llegó a El Porvenir, María Arcelia le dijo que había encontrado a la muchacha que podía ayudarla en su negocio, pero Silvia le respondió que ya no tenía interés en emprender nada productivo. Cuando hablaban, apareció Juancho Paéz a quien Silvia había conocido en la época de su boda, y emprendieron una larga conversación sobre la familia de María Arcelia y sobre la herencia que había recibido su madre a la muerte de Isidro Manuel. Era una bendición del cielo porque ahora sí podrían terminar la construcción de su casa y montar la gran panadería con la que tanto habían soñado. Como de costumbre, llegó Martica Perilla y contó las novedades ocurridas en el barrio.

-Le presento, -dijo María Arcelia,- a la esposa del coronel Moreno. ¿Recuerda que mi hija trabajó en su casa?

¡Ah!, por supuesto, -contestó Martica- Ya estará muy grande el niño.

Los cuatro niños, querrá decir- respondió Silvia-. Hoy, ya son personitas formadas.

Silvia, alejada de su sofocante rutina cotidiana, encontró en El Porvenir un lugar de sosiego, y con aquella gente buena pasaba ratos de solaz al tiempo que esperaba sin ansiedad a su antiguo amante, quien algunas veces entraba a formar parte del corrillo vespertino.

El coronel Moreno, por su parte, había sido contratado por una firma petrolera para organizar y dirigir la seguridad de la empresa, y se vio obligado a vivir en el campo de explotación la mayor parte del tiempo. Se instaló allá en un cómodo campamento y al poco tiempo se amancebó con una mujer joven. Su contacto con Silvia se fue reduciendo a enviarle el dinero para el sostenimiento de la casa.

El segundo de los hijos del matrimonio, un adolescente de hermosa figura pero tímido y retraído, se enredó en la amistad de un grupo de muchachos que consumían drogas. Fue su perdición. Al comienzo, ninguno de los padres se fijó en el comportamiento anormal del jovencito, pero un día Silvia lo encontró en su alcoba totalmente dopado y al borde de un colapso. Había ingerido una sobredosis de cocaína mezclada con alcohol, y fue dejado en su casa por sus viciosos amigos atemorizados por el estado de intoxicación en que se encontraba. De inmediato lo llevó a una clínica de toxicología y fue sometido a un drástico tratamiento que le salvó la vida.

Desde aquel momento empezó un calvario para la madre angustiada. El muchacho estaba absorbido por su adicción y era víctima de una depresión insuperable. Se encerraba en su habitación durante el día, pero en las noches se escapaba en busca de los estupefacientes que le suministraban sus compañeros

de vicio, para lo cual tenía que arreglárselas de alguna manera en busca de dinero. Fue cuando empezaron a desaparecer los objetos de valor de la casa de Silvia y a surgir deudas en todo el vecindario. La madre, que no quiso contar al coronel Moreno lo que estaba ocurriendo, tenía que ir a la zaga de su hijo pagando lo que él gastaba, y debió guardar bajo llave todo lo valioso de su casa.

Era, aquella, una persecución agobiante. La madre, inundada en lágrimas, recorría las casas de los vecinos pagando los préstamos. En las tiendas del barrio y en los almacenes cercanos la detenían para cobrarle lo que su hijo se llevaba a crédito, y siempre descubría que algo había desaparecido de su casa. Recibió una llamada de María Arcelia para contarle que el muchacho le había pedido prestada una suma considerable de dinero y que, con pena, tenía que rogarle que se la pagara.

Silvia volvió al grupo de oración, contó sus angustias a las amigas que la acompañaban en sus oficios religiosos, y recibió consuelo y resignación en aquellas jornadas interminables de recogimiento.

Una tarde encontró a su hijo más extraño que nunca. Oía una pieza de rock metálico a todo volumen y buscaba algo con afán.

-¿Qué quieres, mi amor? - le dijo Silvia con ternura.

-Es que estoy buscando lo más importante de mi vida.

-Dime qué es, y yo te ayudo – le dijo la madre.

-No mamá, tú no entiendes.

Ella trató de acariciarlo, pero él se resistió bruscamente y se refugió en el baño de la alcoba.

-Por Dios, ábreme la puerta, insistía Silvia, pero el joven no respondía a sus clamores.

De pronto, abrió la puerta y ella vio aterrorizada que tenía un cuchillo en la mano y con una expresión irreconocible caminó desorientado hasta caer desgonzado en la cama. Silvia se abalanzó sobre él, le quitó el cuchillo y buscó afanosamente en su cuerpo alguna herida, pero no encontró sangre en ninguna parte de su cuerpo. El muchacho se sumió en un profundo letargo.

La madre permaneció largo tiempo observando el sueño intranquilo de su hijo y acariciando su cabellera ensortijada. Veía con un dolor profundo su rostro ya demacrado por los excesos, pero bello aun en su adolescencia trágica.

Preparó un nutritivo caldo para alimentarlo amorosamente, y él, como un felino asustado, lo tomaba lentamente de la cuchara que la madre le acercaba a la boca. El muchacho reaccionó poco a poco. Estaba inmensamente pálido y un temblor apenas perceptible se apoderó de él. Comenzó a hablar cosas incoherentes con expresiones algunas veces rencorosas y otras suplicantes. Se tomó la cabeza con las dos manos y exclamó con una voz potente que le salió del insondable abismo de su pecho:

-¡Por qué me dejaron! ¡Por qué no me amarraron! ¡Yo quiero morirme!

Silvia lanzó un grito de dolor: -¡Dios mío ayúdame! ¿Qué puedo hacer yo?- Y se abalanzó sobre su hijo para abrazarlo con un impulso maternal irrefrenable. Él, ausente por completo, permaneció varios minutos en el regazo de la madre.

-Ahora quiero estar solo - le dijo a Silvia.

-No mi corazón, yo quiero estar contigo toda la noche. Déjame acompañarte, déjame dar mi vida por ti.

-¡No! yo quiero descansar, insistió.

Serían las tres de la mañana cuando Silvia salió de la alcoba y se recostó en un diván que estaba junto al televisor de la sala. Con el dolor más grande de su vida permaneció a espera de cualquier movimiento de su hijo. Se quedó dormida y, de pronto, sintió un enorme estruendo. Se levantó de un salto sin saber lo que ocurría, y su corazón de madre la indicó que algo espantoso había sucedido.

Comenzó a gritar enloquecida y a golpear con todas sus fuerzas la puerta de la alcoba de su hijo. Sus otros hijos, que oyeron también el estruendo, abrieron la puerta a empellones. La escena era terrible. El hijo de Silvia se había descerrajado un disparo en la cabeza con el revólver del coronel Moreno.

La madre, después de ver aquella escena dantesca, salió gritando a la mitad de la calle descalza y con su túnica blanca suplicando al cielo una ayuda imposible.

X

EL MAGISTRADO ROMAN

En la sesión de esa mañana se ventiló un delicado asunto que obligó a los magistrados a discutir durante varias horas la providencia que debían dictar. En el curso del debate, uno de ellos se levantaba con frecuencia para hablar por su teléfono celular, actitud que produjo el fastidio de sus compañeros que ya lo consideraban como un hombre de costumbres groseras. No obstante, el magistrado parecía disfrutar del disgusto que producía su conducta inapropiada.

A la salida de la reunión, casi todos los compañeros de Román pidieron al presidente de la sala que prohibiera el uso de teléfonos celulares durante las sesiones y que, para el cabal cumplimiento de la orden, se impidiera entrarlos al recinto.

El asunto no era trascendental pero ayudaría a tener mejor compostura en un recinto tan solemne como era aquel, provisto de una gran mesa de finas maderas en forma de herradura alrededor de la cual se sentaban los magistrados bajo la autoridad del presidente que tenía su puesto en el extremo central. El tema llegó a ser objeto de una inusitada controversia porque Román increpó a los colegas que habían propuesto la prohibición y les lanzó insolentes amenazas.

Se originaron grandes diferencias entre los miembros del Tribunal Supremo, y en las siguientes sesiones Román adoptó una actitud que fue calificada de obstruccionista por cuanto se oponía a todo sin argumentos valederos. Llegó a ser

tan funesta su conducta que fue necesario convocar a una sesión especial para examinar el asunto.

A las sesiones ordinarias asistían la asesora jurídica, una espigada mujer de largo cabello negro y anteojos de maestra; la secretaria, que registraba todos los detalles de las sesiones; un ujier presto a cualquier solicitud de los magistrados, y la empleada que los atendía con tazas de café, infusiones aromáticas y agua mineral. Para tratar el caso de los teléfonos celulares, el presidente ordenó al personal auxiliar que abandonara la sala.

El Palacio de Justicia es un lujoso edificio construido sobre las ruinas del que se incendió en la pavorosa toma que hizo la guerrilla del M-19, cuando fueron sacrificados los juristas más eminentes del país. Entrar en el palacio produce sobrecogimiento por lo majestuoso de la construcción y por la imagen de aquella tragedia que no se olvidará nunca.

En el entorno de las oficinas hay un ambiente de silencio. Las alfombras asordinan las pisadas de los transeúntes, y aunque es numeroso el grupo de abogados, secretarias y auxiliares que allí laboran, se ven pocas personas en los pasillos y no se oye la música de las radios, ni el bullicio de los visitantes que fastidian en casi todas las dependencias oficiales. Todo invita al estudio y a la reflexión.

Román llegó a la sesión especial con códigos, documentos y una conducta distante para sus colegas de sala. Al iniciarse el debate, tomó la palabra y arguyó que no existía una ley sobre la materia, y que la presidencia no estaba facultada para prohibir el uso de teléfonos celulares durante las reuniones del alto tribunal. Sus argumentos estrambóticos produjeron en los restantes magistrados una incómoda perplejidad pero, al final, el presidente, con una demostración insólita de debilidad, decidió que el uso de los teléfonos en el recinto no quedaba prohibido.

El incidente se hizo repudiable cuando un conocido abogado, que actuaba en un proceso de grandes implicaciones económicas, informó a uno de los magistrados que Román, sobornado por su contraparte, desde la propia sala de sesiones le informaba por teléfono sobre el desarrollo de las discusiones y recibía datos que utilizaba para argumentar en su favor.

Román era un individuo sin escrúpulos. Había llegado al Tribunal Supremo por influencia de un jefe político del litoral atlántico, y gracias a la persistencia en visitar a cada uno de los veintisiete magistrados que debían llenar la plaza vacante. Aprovechó la circunstancia de que había sido compañero de estudios de uno de éstos en una universidad italiana, y de que otro era oriundo de su región. Además, como era un farsante capaz de interesar a cada quien en los temas de su preferencia, al magistrado amante de la literatura le recitaba párrafos aprendidos la víspera sobre su autor predilecto; a quien tenía fama de honorable le hablaba de moral y a los deshonestos les proponía negocios. A la postre, Román fue elegido por una amplia mayoría.

Era, también, un acosador sexual. Halagaba a las empleadas que deseaba conquistar con pequeños regalos y les hacía plebes insinuaciones al oído pero, si al cabo de los días no lograba sus propósitos, emprendía contra ellas una obstinada persecución. Con el tiempo fue adquiriendo una pésima fama entre el personal subalterno, acompañada del miedo por las represalias que podría ejercer el magistrado contra quienes se ganaran su malquerencia.

Cuando terminó el período del presidente del tribunal, logró hacerse elegir en su reemplazo después de un intenso cabildeo ante sus colegas que, agobiados por su insistencia, le dieron el voto. Desde entonces, en el alto tribunal crecieron los rumores sobre la conducta inmoral del magistrado y la complicidad de varios compañeros.

La apoteosis de la elección de Román tuvo lugar en la casa de su amante, una exuberante abogada que había pasado a ser la anfitriona más cotizada de la jurisprudencia nacional. Hermosa y de maneras vulgares, la mujer atendía espléndidamente a sus huéspedes permitiéndose vulgares ligerezas con los más ilustres exponentes del foro. En las reuniones de su apartamento hacía derroche de los mejores licores y viandas, en salas atiborradas de adornos y muebles costosos. La amante de Román dirigía una de las oficinas de abogados más florecientes de la capital.

El ejercicio de la presidencia le permitió a Román influir con mayor facilidad en las decisiones que favorecían a sus clientes y formar un grupo de colegas que actuaban bajo su orientación. Logró la elección de magistrados venales, y con una habilidad desenfadada sustituyó al personal subalterno por personas de su absoluta confianza.

En el curso de varios meses, en el tribunal se formaron dos bandos irreconciliables: uno comandado por Román con fama de inmoral, y otro, sin un líder visible, que se convirtió en una minoría de magistrados pulcros sin capacidad de decisión.

Con todo, la deplorable situación que se vivía se mantenía bajo reserva por la complicidad del grupo mayoritario y por el pudor de los otros que pretendían, con su silencio, preservar el prestigio de la corporación. Pero en el círculo de abogados litigantes se conocía ese estado de cosas y se sabía de antemano quiénes tenían el éxito asegurado en los procesos que se ventilaban ante el Tribunal Supremo.

Un auxiliar que fue injustamente destituido por Román para ser reemplazado por uno de sus compinches, decidió tomar venganza porque, después de largos años de servicio, quedaba en la calle con una situación económica lamentable.

El auxiliar se valió de las quejas que le confió una de las empleadas que sufría el acoso permanente de Román. Era una bella mujer venida del litoral que pertenecía a una familia conocida por éste, y a la que le prometió protegerla para que pudiera estudiar en la capital. Pero, como siempre, las intenciones del protector eran claramente protervas.

En el curso de las conversaciones, la mujer le confió al auxiliar algo sorprendente: Román obligaba a los empleados nombrados por él a pagar una cuota mensual con destino a su partido, que ella recaudaba y consignaba en una cuenta bancaria del magistrado.

-¡Esa es la prueba! –exclamó el auxiliar con la cara iluminada, y prometió apoyarla para impedir que Román siguiera cometiendo tamañas deshonestidades. El auxiliar contó a la empleada que él conocía a un funcionario de la Procuraduría Nacional recientemente nombrado que, con toda seguridad, tomaría cartas en el asunto.

Se trataba de Blanco, el ex diputado derrotado en las últimas elecciones regionales, que se radicó en la capital de la república huyendo de las amenazas guerrilleras y logró vincularse como abogado de la procuraduría delegada para la vigilancia de la rama judicial.

El auxiliar había acudido a Blanco cuando fue despedido de la corte por orden de Román, pero no pudo demostrar que había sido como resultado de una persecución y por eso no fue posible adelantar ninguna investigación. Ahora, sin embargo, con el caso que le exponía la empleada se abría una oportunidad inmejorable para satisfacer su venganza.

Blanco recibió en su despacho al auxiliar despedido y a la empleada de Román un lunes a las diez de la mañana. Ella, ataviada con las mejores ropas que destacaban su exótica belleza, y él con la recóndita esperanza de aplastar a su verdugo llegaron muy puntuales a la cita.

-Sigán adelante –dijo Blanco con amabilidad. Ahora cuéntenme el caso –les dijo.

La joven relató los atrevimientos de Román y le expresó los temores que la perturbaban porque, si perdía su empleo, debía regresar a su ciudad sin posibilidad de estudiar dados los escasos recursos de su familia. Enseguida contó cómo el magistrado recaudaba entre sus subalternos unas cuotas que ella depositaba en la cuenta bancaria que le había sido indicada, y le mostró varios recibos de consignación correspondientes a los depósitos.

-El asunto es delicado –dijo Blanco-. Comprenda que se trata del presidente del Tribunal Supremo y una denuncia sin fundamento puede revertir en contra suya. Pero, si está segura, escriba la queja para iniciar la investigación.

-Sí, doctor, yo estoy segura –respondió la empleada.

Pues manos a la obra –concluyó Blanco.

El memorial no se hizo esperar. A los pocos días de la entrevista el documento fue radicado en su despacho y Blanco pasó a estudiarlo con sumo cuidado. Se trataba de un escrito impecablemente redactado en precisos términos jurídicos, con una clara argumentación para acusar al magistrado de la violación de leyes específicas.

El investigador resolvió comentar el caso con su jefe inmediato y, éste, se alarmó.

-¿Usted conoce a la mujer que denuncia?- preguntó con disgusto.

-Bueno, conocerla propiamente no- respondió-. Ella vino a mi despacho y me relató el asunto.

-¡Caramba! –dijo el funcionario- Esta vaina nos va a traer problemas. Yo voy a consultar esto con el Procurador General.

Enterado del asunto, el Procurador General no tuvo otro camino que dar instrucciones para que se abriera una indagación preliminar con la esperanza de que el asunto se resolviera en esa instancia, y personalmente puso a Román al corriente de la situación, sugiriéndole que se tratara el caso de manera discreta para no suscitar habladurías. El magistrado entró en cólera y afirmó de manera tajante:

-¡Esto pasa por ayudar a esta gentuza! ¡De inmediato voy a destituir a esa imbécil!

-No lo haga –dijo el procurador- porque eso le podría acarrear problemas debido a que procuraduría ya abocó el conocimiento del asunto.

Después de esta conversación, Román hizo venir a la empleada a su oficina y la increpó en forma violenta:

-¡Usted es una desleal porque yo no hecho sino ayudarla! No sabe en lo que se ha metido y esto le va a salir caro. Desde hoy usted no tiene ninguna función aquí.

-Ahora, dígame –continuó- ¿Qué va a hacer en adelante?

La joven, que había sido bien aleccionada por el auxiliar, le respondió, tratando de guardar la serenidad:

-Doctor, yo estoy defendiendo mis derechos.

Román, que no era persona de dejarse amilanar, hizo entrar a su secretaria y le dio instrucciones perentorias:

-Recíbele a esta mujer los documentos que tienen que ver con el despacho mientras la hago trasladar al último hueco de este tribunal.

De ese momento Román se propuso detener el proceso. Lo primero que hizo fue averiguar quién era el funcionario que tenía a su cargo la investigación, cuál era su trayectoria y de qué región era proveniente. Cuando tuvo todos los datos precisos, llamó al protector político de Blanco para que le ordenara archivar el caso.

Blanco recibió una llamada del senador que lo había recomendado ante el Procurador General, quien le dijo:

-Usted tiene a su cargo la indagación preliminar al magistrado Román, ¿No es verdad?

-Sí, así es –respondió Blanco

-Pues mire –continuó el congresista- esa es una persona muy influyente y parece que el asunto es algo menor. ¿No es el caso de una muchacha que lo denuncia por acoso sexual?

-Sí, –dijo el funcionario- y de otras irregularidades.

-Bueno. Ese es el pan de cada día. Esas mujercitas se prestan para todo y después quieren aparecer como blancas palomas. Estudie el caso con cuidado y

no se deje impresionar por las lágrimas de una mujer. En otras palabras – continuó- échele tierra al asunto y evítese problemas.

Como el caso iba tomando un giro nuevo, Blanco decidió buscar al auxiliar que asesoraba a la empleada de Román para que le confesara cuáles eran las verdaderas intenciones de ella.

La cita era en la trastienda de El Porvenir un sábado por la tarde y, como Blanco no conocía el sitio, tuvo dificultades para encontrarlo en aquel barrio alejado del centro de la ciudad. El taxista que lo condujo estuvo a punto de abandonar la búsqueda hasta que, al fin, logró que un transeúnte lo orientara con precisión.

El lugar era deprimente. El dueño, Juan Timo, quien atendía desde el mostrador a sus clientes cotidianos, lo hizo seguir por una abertura estrecha, cubierta con una cortina estampada de flores coloreadas, a una trastienda donde había una mesa con varias sillas alrededor. Allí estaba el auxiliar acompañado de un hombre joven de barba con quien hablaba animadamente mientras consumían unas cervezas. Había un fuerte olor a maderas quemadas revuelto con el del humo apestoso de cigarrillos. Los contertulios se pusieron de pie y saludaron con signos de respeto al recién llegado.

-¿Quiere una cerveza? – le preguntó el auxiliar

-No gracias –dijo Blanco.

-Tómese una, doctor –insistió aquel. Con este frío le cae bien.

Blanco, sólo por cortesía, la recibió. Es costumbre en aquellos barrios beber las cervezas directamente en la botella y sin refrigerar, de tal manera que se convierte

en una bebida tibia, sin atractivo, que los envases grasientos hacen aun más desagradable.

La conversación giraba sobre política, y el tema de actualidad era el de los escándalos que se generaron por el ingreso de dineros provenientes del narcotráfico en las campañas políticas.

El joven de barba, a quien el auxiliar apodaba Licho, señaló:

-Eso ha sido siempre igual. La política en este país es un albañal. Ahora se rasgan las vestiduras por unos casos, cuando desde hace tiempo eso viene ocurriendo descaradamente.

Licho, después de emitir otros vehementes conceptos en el mismo sentido, se despidió para dejar que sus acompañantes pudieran conversar con tranquilidad, como estaba previsto.

-Doctor - preguntó el auxiliar- ¿qué es lo que le preocupa?

-Hombre –dijo Blanco- Yo quiero saber qué busca esta muchacha acusando al magistrado Román. ¿Es para sacarle dinero; o son celos de amante? Dígame francamente qué sabe usted, -continuó- porque el asunto se está volviendo complicado.

-Yo le puedo asegurar una cosa, –respondió el auxiliar- Román es un magistrado inmoral y eso lo sabemos todos. Además, con las empleadas del Tribunal Supremo es un descarado: Lo único que le importa es acostarse con todas, y las pobres no tienen más remedio que aceptar. Pero esta muchacha tiene otra condición. Cuando ella me buscó yo también dudé un poco, pero he estado observándola y puedo poner mi mano en el fuego por ella.

-Ahora, otra cosa –dijo Blanco- si Román se la trajo de su tierra, ¿ella no lo conocía bien? Mejor dicho, acláreme esto: Ella se acuesta con el magistrado?

-Mire, doctor –replicó el auxiliar- si ella accediera a los deseos de su jefe, ¿para qué se iba a meter en este berenjenal? ¿No le parece que le iba mejor quedándose callada?

-Está bien –dijo Blanco- sin embargo, el hecho de que ellos tengan una amistad antigua me deja dudas.

Doctor –replicó el otro- déjeme y yo la llamo para que usted se forme su propio concepto.

-¿Y es que ella vive cerca de aquí?- preguntó Blanco.

-No –dijo el auxiliar- pero yo me atreví a invitarla por si acaso usted quería hablar con ella, y está con María Arcelia, la dueña de casa.

María Arcelia y la secretaria de Román ingresaron a la trastienda a instancias del auxiliar, y se inició una conversación haciendo alusión a Metodio que era pariente de Juan Timo.

¡Ah! ¿ustedes son parientes de Metodio? –preguntó Blanco con sorpresa.

Sí, -dijo María Arcelia- él es tío de mi esposo.

-Yo conozco muy bien a Metodio porque fuimos diputados en la misma legislatura.- dijo Blanco, y concluyó afirmando- Es un hombre muy hábil.

Dirigiéndose a la secretaria de Román, preguntó:

-¿Y usted, cómo está?

-Pues, regular. Ahora me han mandado al sótano donde se guarda el archivo muerto del Tribunal Supremo.

María Arcelia intervino en su ayuda diciendo:

-Doctor, esta pobre niña está con los nervios de punta. No se imagina el daño que le ha hecho ese magistrado. Aquí la hemos acogido porque la vemos indefensa, lejos de su casa. Si usted no la ayuda, ella va a terminar mal.

Blanco salió de aquella reunión convencido de la buena fe de la joven y con el propósito de adelantar el caso sin vacilación. A la salida le dijo confidencialmente al auxiliar:

-Búsquese a un periodista y cuénteles el caso.

Un lunes, muy temprano, antes de salir de su casa, Román tomó el periódico más influyente del país y encontró un titular a tres columnas: "Presidente del Tribunal Supremo investigado por acoso sexual y político". Quedó paralizado y entró en cólera. De inmediato tomó el teléfono para llamar al Procurador General y pedirle que archivara ese expediente de una vez.

Fuera de sí, subió al automóvil oficial y exclamó:

-¡Si a mí me joden, me llevo a media corte por delante!

El escándalo se hizo cada día más estridente. Todos los periódicos reprodujeron la noticia y los reporteros de la radio y la televisión buscaban afanosamente al magistrado para que diera sus explicaciones. Éste, tratando de ganar tiempo, salió del país para cumplir un compromiso internacional, pero el asunto empeoró porque los periodistas abordaron a otras empleadas del Tribunal Supremo quienes, animadas por el escándalo, relataron otros abusos del presidente.

Cuando Román regresó lo esperaba en el aeropuerto una nube de periodistas con numerosos micrófonos y cámaras de televisión, que se esforzaban por conocer sus opiniones. Él no dio declaraciones. Enfundado en su grueso abrigo subió apresuradamente a su automóvil y desapareció en la oscuridad de la noche.

En el Tribunal Supremo el ambiente era de pavor. Un cuchicheo permanente se adentraba en las estancias solemnes al ritmo de las noticias que publicaban todos los medios, y los empleados maltratados por Román y los colegas que lo veían como un mal elemento abrigaban una íntima satisfacción.

Se celebraron varias reuniones entre los magistrados más amigos del presidente para buscar una salida a aquella crisis de inmensas proporciones. Alguno sugirió que Román debería renunciar a la magistratura, pero la idea fue rechazada por quienes consideraron que era una acción apresurada y con insospechadas repercusiones. En medio de los largos debates surgió la hipótesis de que Román optara por la jubilación a la que ya tenía derecho. Fue la solución milagrosa que encontraron.

Román inició los trámites para solicitar su pensión con la complacencia de toda la alta corte que veía en su salida un lenitivo a tan delicada situación. Todos se movilizaron: Los magistrados ayudaron a obtener los certificados de servicio de las diversas entidades donde Román había trabajado; el Procurador General gestionó la aceptación de los compromisos de las cuotas partes y varios senadores

influyeron ante la Caja de Previsión para que se dictara la resolución de reconocimiento: Fue la jubilación más rápidamente decretada en toda la historia republicana.

El magistrado, con algunas reticencias, aceptó la liquidación y un aire de alivio se apoderó del alto tribunal. Los periodistas, viendo fuera del Tribunal Supremo al investigado, se ocuparon de otras noticias y él pasó a dirigir personalmente el floreciente bufete de su amante.

Después de aquel escándalo, Blanco fue despedido de su cargo; la secretaria de Román, como secuela de un proceso disciplinario en el que se le demostró grave negligencia en el empleo, fue destituida, y el auxiliar que la ayudó jamás consiguió otro empleo oficial y nunca pudo lograr su pensión de jubilación.

XI

JULIETILLA BRICEÑO

En la espaciosa sala de la casa de Marina, Julio Eduardo y ella continuaban en la madrugada la conversación que habían iniciado veinte años atrás. Con el saldo de aguardiente de la noche de insomnio y un cenicero repleto de colillas de cigarrillo, hablaban sin tregua cuando la luz matinal descubrió en sus rostros la marca espectral de un traspaso sin término.

Muchas veces habían vivido la misma escena en una búsqueda incesante de la causa de todo. Julio Eduardo, generalmente, terminaba aquellas veladas bañado en lágrimas y con una sensación incierta de arrepentimiento y frustración. Pero, Marina, que había sido su confidente en todos esos años y lo protegía de la inclemencia de una sociedad pacata, lo consolaba con recomendaciones que él escuchaba agradecido.

Julio Eduardo había nacido en una familia acomodada cuyo padre era un funcionario público jubilado y la madre una mujer autoritaria, que se habían esforzado por darle una educación esmerada. Asistió a un jardín infantil para niños ricos, y después cursó todos los años del bachillerato en uno de los colegios más aprestigiados de la ciudad. En la época del bachillerato Julio Eduardo conoció a su mejor amigo.

Desde el embarazo, la madre, quien llevaba las riendas del hogar, soñaba con tener una niña, y organizó el ajuar del bebé con prendas y muebles de un delicado

color rosa. Todo era femenino en los refinados objetos que iba a usar el recién nacido, mientras la progenitora hacía innumerables combinaciones de nombres de mujer para bautizar a la criatura.

Cuando nació el niño varón, la madre sufrió un enorme desencanto y resolvió seguir en su obstinada ilusión de criar a una niña, de manera que en los meses de lactancia lo vistió de rosado, y luego, cuando empezaba a dar los primeros pasos, de graciosa mujercita. La obcecada mujer no atendía los reclamos discretos del padre que veía en esa conducta un descarrío extravagante.

Al llegar la hora del bautizo estuvo a punto de ponerle el nombre femenino que había ideado, pero encontró la invencible resistencia de su marido que se opuso a ello de manera rotunda. Finalmente, ante el peligro de un desastre familiar, aceptó darle el mismo nombre del padre, sin mayor entusiasmo. Desde ese momento, Julio Eduardo fue objeto de inexplicables cambios en su apariencia. En la rutina cotidiana lo ataviaban con prendas femeninas pero, para recibir visitas o salir de la casa su atuendo era de hombrecito.

Un día, por los afanes de la madrugada, la madre vistió equivocadamente a Julio Eduardo y lo despachó al jardín infantil vestido de mujer. Fue el primer desconcierto que experimentó el niño: La maestra, indignada, lo devolvió a su madre con una nota en la que le informaba que no sería recibido nunca más en el parvulario.

Hasta ese momento, Julio Eduardo no había encontrado diferencia entre estar vestido de una manera u otra, y sólo entonces sintió temor de usar sus trajes de niña, pero siempre conservó la nostalgia por las faldas y los lazos de colores atados en su cabello.

Fue en el colegio de bachillerato donde experimentó la curiosidad del sexo, y tuvo la ambigua experiencia de interesarse más por las intimidades de sus amigos que por mostrar las suyas, en un abstruso deseo de ser como su madre quiso que fuera y no como todas las demás personas le aseguraban que era.

Cuando se acercaba a la adolescencia se hizo notoria la predilección de Julio Eduardo por las prendas de mujer, y buscaba los más triviales motivos para usarlas: Al salir de la cama, en la mañana, se cubría con las levantadoras de su madre; cuando terminaba de ducharse, se colocaba en la cabeza una toalla en forma de turbante. Usaba pañoletas en el cuello y tomaba prestados brazaletes y anillos del joyero materno. Bajo una tácita complicidad, cuando debía disfrazarse por algún motivo, su madre y él siempre escogían personajes femeninos.

El fenómeno más intenso que Julio Eduardo experimentó en el último año de la primaria fue la atracción por uno de sus compañeros de clase, después de que en un combate de lucha libre lo sintió anudado a su cuerpo y sus mejillas se juntaron en el momento en que era vencido por su rival. Fue la derrota más adorable que jamás vivió. Desde aquel día se empeñó por estar al lado de su amigo en los juegos del recreo o en el bus escolar, y buscaba su compañía silenciosa en las filas para entrar al salón de clases o al comedor del almuerzo.

En su casa, esperaba ilusionado la hora de salir para el colegio a encontrarse de nuevo con su amigo, y cuando subía al bus buscaba con afán su rostro sonrosado para desechar la angustia que sentiría de no verlo allí alguna vez.

Ese amor inconfesable era para Julio Eduardo un delirio y un tormento a la vez, y en los días que transcurrían no encontraba sosiego. Obcecado por su sentimiento, no se fijaba en la forma como su amigo procedía, y creía que todo ocurría por iniciativa propia pero, en un anochecer, cuando regresaban a sus casas más tarde que de costumbre después de un partido de fútbol, sus manos tropezaron

inopinadamente y ambos se agarraron con una fuerza reprimida durante semanas. En la penumbra del fondo del bus se besaron sutilmente en sus bocas húmedas. El amigo idealizado había vivido las mismas sensaciones de Julio Eduardo, y de igual manera lo amaba secretamente con pasión infantil.

El niño fue retirado del colegio porque su familia partió para vivir en un país lejano, y Julio Eduardo tuvo una despedida desgarradora que lo marcó indeleblemente. Sus días de colegio perdieron todo atractivo, y acudía a él por simple obligación y para estudiar con desgano.

Cuando terminaba su bachillerato conoció a un hombre mayor que él que lo asedió tenazmente y terminó enamorándolo. Con él tuvo las primeras experiencias sexuales y se convirtió en el gran amor de su vida. De ahí en adelante, Julio Eduardo vivió su vida de homosexual. Con el ardor de la adolescencia dio rienda suelta a su instinto y, aunque todavía disimulaba su condición, estaba seguro de ella y complacido de haberla adoptado.

Jaime, el amante, era un hombre rico y ocupaba un lugar destacado en su medio social, de manera que la relación con Julio Eduardo estaba rodeada de lujos que la hacían mucho más placentera y notoria. Fue cuando sus padres lo expulsaron de su casa y le prohibieron volver a tratar a los miembros de la familia.

Empezó, entonces, para Julio Eduardo un peregrinaje penoso. Inicialmente vivió en una pensión para estudiantes, y continuó sus estudios universitarios que Jaime pagaba. Después, entró a trabajar en un instituto oficial y tomó en arriendo un pequeño apartamento que conservó por varios años, cuando ya Jaime, quien viajaba frecuentemente a los Estados Unidos, lo visitaba con menos frecuencia.

Fue en ese tiempo cuando Julio Eduardo conoció a personas que sostienen soterradas relaciones homosexuales, y se relacionó con profesores de su

universidad, con diplomáticos extranjeros, con funcionarios del gobierno, en un ambiente falaz en el que, bajo puritanas apariencias, coexiste un mundillo de vicios que comparten hombres y mujeres de todas las procedencias.

En los círculos de aquel libertinaje oculto, los excesos eran frecuentes porque la puerta de la libertad se abría con la mano de la complicidad perniciosa. Julio Eduardo y sus amigos celebraban ruidosas fiestas bajo los efectos del alcohol y de las drogas; se vestían de mujeres con descaros obscenos, y desfilaban entre aplausos y carcajadas grotescas.

Las maneras de Julio Eduardo era cada vez más femeninas, y adornaba sus atuendos de fina ropa con prendedores dorados, fulares brillantes atados a la cintura, boinas de colores fuertes y anillos estrambóticos. Fue el tiempo en que recibió más desaires y agresiones de sus compañeros de trabajo.

Dueño, como era, de un carácter firme, resolvió asumir abiertamente su condición de homosexual y, desde ese día, cada vez que tenía oportunidad de expresarlo, afirmaba que lo era hasta ganarse el respeto de los demás.

Julio Eduardo tenía 25 años cuando conoció a Marina al ser designada como su jefe en un instituto del gobierno. Fue, ella, quien primero lo respaldó para que cumpliera sus funciones laborales como cualquier otro empleado, y le brindó su amistad. Para Julio Eduardo fue el comienzo de una nueva etapa de su vida, en la cual pudo relacionarse con personas que lo apreciaron y aceptaron su condición sin recelo. Pasó a ser el confidente de jovencitas que le contaban sus cuitas de amor, y acompañante para fiestas sociales de familias cercanas.

Con los años, se apagaron sus excesos y se dedicó a trabajar con ahínco para lograr un decoroso *modus vivendi*. Adquirió, a crédito, un apartamento ubicado en un sitio exclusivo de la ciudad; compró un automóvil utilitario que cada año

reemplazaba por uno mejor y se vistió con lujo. Su buen gusto le facilitaba decorar con exquisitez todo lo que lo rodeaba, y fue la época en que volvió a tratar a sus padres que, ya viejos, necesitaron de su atención y la aceptaron sin reproches.

Cuando iba a visitar a Marina en la afueras de la ciudad, Julio Eduardo se detenía en una tienda de barrio cercana a la casa de su amiga para comprar el licor que iban a consumir. Era el mismo lugar donde se tomaba la última copa cuando regresaba en las mañanas brumosas, después de haber pasado la noche tratando de descifrar el arcano de su vida que había empezado en una niñez ambigua y llegado a la madurez con la certeza de haber equivocado el rumbo. Hubiera querido casarse con una mujer porque sabía cómo complacer los insondables deseos femeninos; hubiera deseado tener un hijo porque tenía el instinto de una buena madre. Aquella tienda, que se convirtió en su primera estación del viaje de ida y la última de su regreso de la casa de Marina, era El Porvenir, del cual se hizo un cliente habitual.

Una tarde conoció a Martica Perilla, que en un santiamén lo puso al tanto de todos los acontecimientos del vecindario. Otro día se encontró con Silvia de Moreno vestida de luto riguroso, y se enteró de la horrible tragedia de su hijo y de cómo ella aparecía con alguna frecuencia en horas de la mañana para esperar a quien nunca volvió. Supo también que Juan Timo y María Arcelia, los dueños de El Porvenir, eran oriundos de un lejano pueblo de provincia, que se habían radicado en la capital desde hacía varios años con la esperanza de educar mejor a sus hijos. Esa tienda era como la posada de refresco de sus angustias secretas.

En un atardecer, Julio Eduardo llegó a El Porvenir abatido por el dolor. No tenía el ánimo festivo que mostraba en las tardes, sino la apariencia sombría de las mañanas de resaca. Pidió una copa con desgano que no bebió, se recostó en el mostrador de la tienda y permaneció en silencio largo rato. Después se despidió y,

en lugar de seguir hasta la casa de Marina, regresó a la suya dando un inmenso rodeo por la ciudad.

La causa de la pena de Julio Eduardo era causada por el regreso de Jaime, el gran amor de su vida. Éste lo había llamado para informarle que estaba en la ciudad, tal como lo hacía de tiempo en tiempo. Mantenían una amistad entrañable pero ya no compartían más que un breve lapso en los ocasionales regresos de Jaime. Hacía muchos meses que éste se había marchado la última vez, y sólo se comunicaban telefónicamente en fechas memorables, bien fuera en el cumpleaños de alguno de ellos o en otras fechas de recordaciones íntimas que celebraban en la distancia. En las últimas conversaciones Jaime le hablaba de dolencias que lo aquejaban, pero nunca le explicó una causa precisa ni dio detalles de su estado. Parecían afecciones aisladas, malestares pasajeros que Julio Eduardo nunca tomó como graves.

A su llegada a la ciudad, Jaime le pidió que lo visitara porque tenía urgente necesidad de hablar con él. Cuando Julio Eduardo llegó, se asombró al verlo. Había envejecido enormemente, estaba delgadísimo y tenía todo el cuerpo cubierto de manchas pardas. Casi no podía sostenerse en pie cuando abrió la puerta, y con voz irreconocible le dijo:

-¡Pásmate! Tengo sida.

Julio Eduardo, embozando su conmoción, lo ayudó a recostarse en la cama junto a la mesa de noche ocupada por infinidad de medicamentos cuyas cajas vacías rodaban por el suelo.

Ya no hay nada qué hacer, -dijo Jaime,- me estoy muriendo.

Julio Eduardo no pudo contener el llanto y, tomándole la débil mano, le dijo:

Aquí me tienes. ¿Qué necesitas?

-Nada, sólo vine a despedirme porque ya me queda poco tiempo.

Ese día Julio Eduardo le había anunciado visita a Marina, pero sólo llegó hasta El Porvenir porque no era capaz de prolongar su dolor en otra noche de insomnio. Fue cuando regresó a su apartamento dando un largo rodeo por la ciudad, y se durmió con un sueño profundo como si su alma tratara de esconderse en la caverna más honda del olvido.

Todas las tardes, al salir de su trabajo, Julio Eduardo iba a visitar a Jaime. Con una abnegación sin límite lo acompañaba en silencio y le ayudaba a tomar los medicamentos vespertinos. En aquellas prolongadas visitas no había recuerdos vigentes porque el dolor parecía haber ocupado todos los espacios de las estancias vacías. Los familiares de Jaime lo abandonaron a su suerte avergonzados por la enfermedad proscrita, y sólo Julio Eduardo permaneció a su lado hasta el último instante de su vida, cuando ya no funcionaron los riñones y la uremia lo envenenó lentamente; cuando los pulmones se infectaron y una tos incurable lo martirizó sin remedio; cuando la piel lacerada lo calcinó con dolores atroces; en fin, cuando todo su cuerpo se descompuso y ya no le quedó vida sino en sus ojos verdes hundidos en las cuencas profundas, que Julio Eduardo cerró al verlos fijos en un más allá indescifrable.

Aquella muerte cruel dio a Julio Eduardo una razón de vida diferente. Del dolor sordo que lo acompañó durante la agonía de Jaime, pasó a una época de meditación inusual en él. Se alejó durante meses de todas las personas diferentes a su familia íntima. Volvió a ser el hijo predilecto de su madre y llenó de atenciones al padre que había entrado en una demencia senil. Acompañándolos a las misas de los domingos, inició un contacto ocasional con las prácticas religiosas

que había abandonado desde los años escolares, en las que encontró un nuevo consuelo.

Julio Eduardo estaba en El Porvenir el día que encontraron el cadáver del hermano de Campo Elías, asesinado por la policía. Esa tarde se enteró de los pormenores del hecho y de la trayectoria pavorosa de los dos hermanos que atemorizaron al vecindario durante meses. Descubrió que Campo Elías era quien había trabajado en la casa de Marina cuando ella ordenó repintar las alcobas del segundo piso y hacer los resanes por los daños que causaba la humedad. Ahora recordaba su palidez permanente y su mirada torva.

Lo relacionaba con un arquitecto vecino de Marina que también lo tuvo a su servicio durante la construcción de su casa. El arquitecto, que tendría unos 37 años de edad, era un profesional con éxito que había logrado amasar una fortuna considerable y se había casado, hacía seis meses, con una joven bella y rica.

Fue por la época en que varios vecinos, encabezados por Martica Perilla, convencieron a Campo Elías de que se casara con la mujer que le había dado tres hijos y con la que convivía desde hacía largo tiempo. El arquitecto, para ayudar a su obrero, le había pagado una prima extraordinaria y otorgado un préstamo con el fin de que pudiera cubrir los gastos de la boda. Unos días antes de la celebración, aquel compró algunas botellas de licor e invitó a todos los trabajadores para hacer un brindis en honor del novio.

Se reunieron en el garaje, todavía en construcción, acomodaron una rústica mesa con varias sillas, instalaron la radio que usaban los obreros durante sus jornadas diarias y la sintonizaron con una emisora de música vallenata. Los asistentes compartieron varias horas con euforia y se burlaron afectuosamente del compañero que empezaría pronto su vida matrimonial. Los trabajadores se fueron

despidiendo hasta que sólo quedó Campo Elías en compañía del arquitecto, a quien éste retuvo con diversos pretextos.

A causa del licor que habían ingerido, la conversación se encaminó a las confidencias personales que cada uno fue exponiendo a su manera: Campo Elías, con su rústico vocabulario, hablaba de sus calamidades domésticas, y el arquitecto, con el rostro enrojecido y sus maneras corteses, le relató sus conflictos sentimentales. De un momento a otro, el arquitecto se levantó de la silla, se acercó a Campo Elías y trató de besarlo en la boca. El obrero se escabulló como pudo y se metió bajo la mesa, mientras el otro hizo lo mismo en su persecución hasta que logró agarrarlo y, con ofertas y amenazas, lo convenció de que tuviera sexo con él.

Estaban en ello cuando la esposa del arquitecto, extrañada por la demora de su esposo, entró al garaje y presenció con estupor la repugnante escena. Con un grito de horror salió del sitio, se refugió en una de las alcobas hasta el día siguiente, y abandonó la casa matrimonial para siempre.

Nadie se explicaba la abrupta terminación de un matrimonio que se consideraba perfecto y con los atributos para perdurar mucho tiempo. Tampoco, ninguno de los conocidos de Campo Elías comprendió por qué, de manera tan brutal, había golpeado a su esposa al día siguiente de la boda y la había abandonado, precisamente cuando todos ayudaron para que mejorara la condición de su familia.

Julio Eduardo se hizo muy amigo de su vecino de apartamento, un joven profesional que organizaba estruendosas fiestas a las que lo invitaba frecuentemente. En aquellos jolgorios de solteros se hacían las bromas más inesperadas en un ambiente caracterizado por la confianza que había entre quienes asistían, casi todos emparentados entre sí. Julio Eduardo era el invitado de mayor edad y, al comienzo, era tratado con el respeto que se prodiga a una señora, pero pronto desaparecieron las reservas y pasó a ser parte del círculo habitual sin que a nadie alarmaran sus maneras femeninas.

Cuando Julio Eduardo se enclaustró a causa del dolor que le ocasionó la muerte de Jaime, el vecino, sin saber el motivo, se extrañó de su circunspección y le insistía que lo acompañara a sus fiestas. Ante la pertinacia del amigo, Julio Eduardo tuvo que explicarle el motivo de su actitud, y así logró librarse de él.

Al fin, después de varias semanas, aceptó una de las invitaciones y llegó vestido con un elegante vestido negro. El dueño de casa hizo suspender la música, tomó una copa y dijo en voz alta:

-Hagamos un brindis por Julietilla Briceño que es la viuda más honorable de este vecindario.

XII

ROBERTO, EL JARDINERO

Roberto es un hombre recio y magro que frisa los setenta años. Es dócil como un cordero, silencioso como las mañanas dominicales y jamás está ocioso. Si no está sembrando plantas o podando el prado, corta leña, arruma escombros, limpia sin pronunciar palabra alguna a menos que se le pida que cuente su propia historia que es la única que conoce. En su juventud era pendenciero y fue a parar a la cárcel por haber herido a un rival. Los habitantes del barrio dicen que ese hombre murió de una puñalada certera en la mitad del corazón, mas Roberto dice que solamente lo hirió con sus enormes manos por una causa justa. Con todo, hoy anida un alma noble y tranquila. Afirma que Dios le enseñó el camino de la paz, y nadie pensaría que Roberto hubiera sido un hombre violento si el mismo no lo contara con la alegría de haber enterrado su pasado.

Los jardines de la casa son bellos y espaciosos. En él florecen agapantos azules, azucenas y cartuchos blancos, pensamientos de variados colores y margaritas que despuntan tímidamente en las mañanas. Unas grandes trinitarias se arraigan a la pared blanca del fondo inundando de luz morada la ventana del comedor.

Roberto vive en armonía con la naturaleza como un pájaro libre. Todo lo que siembra reverdece rápidamente como si le insuflara una vitalidad portentosa. Sabe cuándo podar o transplantar y cómo hacer los injertos. Por las tardes, al partir Roberto para su casa con las herramientas al hombro, el jardín empieza a

oscurecerse mientras la silueta de su cuerpo encorvado se aleja en una marcha despaciosa.

La carretera que sube a la colina es una vía angosta recién pavimentada. Una línea amarilla divide la calzada por donde sólo caben simultáneamente dos automóviles, de manera que cuando transita alguno de los grandes buses escolares es necesario ejecutar unas difíciles maniobras para abrirle paso.

El camino ondulado atraviesa parajes de bosques verdeoscuros, frescas praderas y matorrales florecidos alrededor de las elegantes edificaciones de los colegios que funcionan en la colina. Más abajo de la casa de Roberto, en una recta de doscientos metros, hay unas viviendas modestas que dan al paisaje un aire, aun, más pintoresco.

Frente a una de ellas, en un rellano que parece alfombrado, hay siempre un hombre de edad indefinible que permanece de pie y saluda a los vehículos que pasan con su mano enfundada en un guante de lana azul. Su figura es patética: La cabeza cubierta de una cabellera ensortijada y su rostro oscuro le imprimen un aire misterioso. No hay en él un movimiento distinto al brazo que levanta y baja lentamente al paso de los automotores; no tiene un nombre; no emite sonido alguno, ni hace un gesto siquiera. El saludo de este hombre es indiferente y frío.

De tanto saludar, su presencia se hizo conocida entre los conductores que pasan a diario con destino a los sitios de trabajo o regresan a sus viviendas en las horas de la tarde, y casi todos hacen sonar los claxons automáticamente.

Una mujer joven, a quien le pareció gracioso el gesto del saludador, empezó a responderlo con alegría. No solamente agitaba su mano sino que le gritaba un adiós alegre sacando su cabeza por la ventanilla del automotor. El saludador

empezó a expresar alegría al paso de la mujer y se emocionaba cuando veía venir su auto plateado.

Una tarde en que la bruma impedía ver con claridad, el saludador creyó que el auto de su amiga venía con los faros encendidos, y feliz dio unos pasos hacia la calzada sin percatarse de que un motociclista se acercaba velozmente a sus espaldas. La máquina lo atropelló y, volando por los aires, el saludador fue a parar con su cráneo destrozado junto al auto que no era el de la hermosa mujer.

Más tarde, cuando la joven regresaba a su casa, observó cerca de las viviendas pintorescas un tumulto que impedía el paso. Para no demorarse, dio vuelta a su vehículo y tomó otro camino. Ella nunca supo por qué el hombre del saludo no volvió a aparecer con su mano enguantada, ni tampoco se enteró de que había muerto de amor por ella.

Cuando Martica Perilla supo del accidente fatal del saludador fue hasta su casa para hacer la ritual visita de pésame. El muerto pertenecía a una familia numerosa en la que todos los hermanos tenían una apariencia parecida. Eran vecinos de Roberto y, como otras familias cercanas, provenían de la región del Guavio, de tal manera que formaban un vecindario con las mismas costumbres de sus pueblos. Roberto era el tronco de esa familia que fue creciendo con los matrimonios celebrados entre los descendientes de uno y otro lado, hasta formar una numerosa comunidad entrelazada por su parentesco.

Aquella tarde llegaron varios amigos movidos por el pesar de la muerte del saludador, y la reunión se animó al calor de los licores que consumieron. Durante el velorio se comentaron los sucesos más recientes, que cada quien iba ilustrando con mayores detalles. Fue cuando se supo que Campo Elías había sido dado de baja en el curso de una acción de “limpieza” realizada en toda la zona por la policía: Varios cadáveres habían sido hallados en los alrededores, y relataron que

el de Campo Elías apareció terriblemente acribillado por las balas oficiales. Martica quedó muda con la noticia y recordó la noche en que el obrero estuvo a punto de revelarles quiénes habían sido los asesinos de su hermano.

Una mañana, Roberto no llegó a trabajar en el jardín y Martica Perilla se alarmó. Salió apresuradamente para averiguar lo que ocurría porque desde hacía varios días tenía un presentimiento luctuoso. Cuando entró a la casa de Roberto le informaron que lo habían encontrado muerto, en su alcoba, esa madrugada.

-Murió de un infarto. – le dijo una de las hijas- Gracias a Dios no sufrió.

La noticia de la muerte de Roberto se transmitió velozmente en todo el barrio y pronto empezaron a llegar los vecinos, de manera que la casa y el amplio patio de tierra se colmaron en poco tiempo.

Desde ese momento comenzó el extenso ritual fúnebre. Lo primero era cocinar una gran olla de café con panela para repartir a los madrugadores; después, comprar varias botellas de aguardiente, preparar enormes cantidades de papa cocida y carne guisada, y poner a hervir el consomé en el enorme fondo de cocinar el sancocho.

Mientras todo esto ocupaba a los deudos, el cadáver del jardinero permanecía solitario en la alcoba todavía metido entre las cobijas. Nadie se acordó de él hasta cuando llegó el ataúd de madera de pino que trajo el mayor de sus hijos, y fue entonces cuando lo prepararon para que se conservara durante los tres días de festejos.

Aquel funeral parecía una romería religiosa, a la que llegaron parientes del pueblo de Roberto que se acomodaban en todos los rincones de la casa. Incontables habitantes de su barrio y de barrios cercanos, y un sinnúmero de curiosos atraídos por la celebración llenaban los espacios.

Por fin, el domingo por la mañana se organizó el desfile para llevar al difunto al oficio religioso que había de celebrar el pastor protestante de la comunidad a la que perteneció Roberto por muchos años. Seis deudos, vestidos de negro, portaron el ataúd cubierto de ramas verdes y flores de todos los colores que avanzaba al vaivén de los cargueros ebrios.

Las mujeres, vestidas de luto y trenzadas por los brazos, formaban varias filas detrás del catafalco, en tanto que los hombres mayores lo seguían con los sombreros en sus manos, dejando descubiertas las calvas blancuzcas y las cabelleras canas que parecían relumbrar sobre el color sombrío del cortejo.

Cuando la procesión pasó frente a El Porvenir, salieron a observarlo el auxiliar del Tribunal Supremo que fue despedido por Román, y el Pocillo Ariza, el periodista que inició el gran escándalo de prensa que culminó con la salida del perverso magistrado. Ellos eran clientes habituales de la trastienda de Juan Timo.

El Pocillo Ariza era un turbio reportero que se había criado en un ambiente de perversidad, y se hizo periodista por una casualidad inesperada cuando se presentó ante el director de un diario en busca de empleo y éste lo contrató como mensajero.

Con habilidad, paulatinamente se ganó la confianza del director y se dedicó a la reportería con base en sus conocimientos empíricos. Después fue despedido por

su proceder indecoroso, pero logró sobreaguar en el medio y conocer a los más destacados periodistas de la capital.

Lo llamaban el Pocillo porque en una riña callejera de su infancia había perdido parte de su oreja derecha por un mordisco de su contrincante. Aquella cicatriz lo marcaría de por vida y, era tal su complejo, que siempre buscaba hablar con su interlocutor mostrando el lado opuesto al de la oreja mocha, y tenía por costumbre llevar su mano a ella en actitud de escuchar con atención.

Al Pocillo Ariza lo acusaban de haber participado en el asesinato de un amigo por una deuda insoluble de juego, en un episodio espeluznante. La víctima era el dueño de una discoteca de mala muerte, y una noche se desató un voraz incendio que consumió con rapidez el establecimiento adornado de maderas y telas colgantes. El muerto apareció calcinado junto a la salida del servicio, por donde habían salido el Pocillo Ariza y sus compinches después de trancar con una varilla de acero la puerta metálica de la cocina.

Ariza se codeaba con los reporteros de los periódicos más influyentes y se ganaba la vida cobrando por los favores que ofrecía para influir ante aquellos. Era, también, un chantajista, y por eso andaba a la caza de chismes que pudiera convertir en su carnada.

Cuando el auxiliar del Tribunal Supremo le contó a Ariza el caso del magistrado Román, lo primero que hizo fue tratar de comunicarse con él para exigirle una gruesa suma de dinero a cambio de impedir el escándalo. Pero nunca logró que lo recibiera y, por el contrario, fue tratado desdeñosamente. Fue por venganza que contribuyó a atizar la hoguera de la difamación, de la cual también lograría beneficiarse con el tiempo.

Durante semanas enteras, aprovechando las informaciones del auxiliar, siguió los pasos de Román: Se enteró de los negocios que adelantaba su oficina de abogado ante el Tribunal Supremo, donde tenía de su lado a varios magistrados sobornados. Conoció el apartamento de la exuberante querida, que seguía convocando a lo más granado del foro nacional, y consiguió testimonios de mujeres que habían caído en las garras del libertino ex magistrado.

La presencia del Pocillo Ariza en El Porvenir, aquella mañana, se debía a que buscaba nuevos datos que comprometieran a Román a quien tenía bajo chantaje con la amenaza de dar a conocer sus negociados. El auxiliar era inocente de la argucias de Ariza y, de manera ingenua, le daba informes que éste utilizaba para sus picardías.

Terminado el entierro de Roberto, El Porvenir se llenó de bebedores. Enseguida, Ariza se tomó la última cerveza y se despidió de su amigo. Nunca más se volverían a ver. Al cabo de una semana, el auxiliar se enteró de que el Pocillo Ariza había sido asesinado precisamente la noche del domingo en que estuvieron juntos por última vez, y que su cuerpo fue llevado a la morgue forense donde uno de sus parientes lo reconoció por la oreja mutilada, y comprobó que había recibido un disparo de revólver en la nuca.

Con la muerte de Roberto se desató un litigio por la sucesión de sus bienes debido a la cantidad de personas que alegaban ser hijos suyos con derecho a heredarlo. No obstante, el problema mayor era que el jardinero no tenía títulos de propiedad sobre los terrenos donde había construido su casa, de los que era dueña una

familia compuesta por varios hermanos que vivían disputándose el derecho de dominio sobre ellos.

Roberto y su mujer habían llegado hacía más de cuarenta años como cuidanderos de los extensos terrenos del general Pulido, y nunca habían salido de ellos. Allí nacieron sus hijos y sus nietos; allí formaron una ganadería nómada que Roberto alimentaba trasladando las reses por todos los pastizales del vecindario; allí habían construido su casa sobre las ruinas de un horno para cocer piezas de barro que fue abandonado por el general después de haber intentado, sin éxito, levantar una fábrica de ladrillos.

Después de un tiempo nadie volvió a pagarle a Roberto el salario convenido, y fue necesario llegar a un acuerdo amistoso para que el cuidandero tomara en arriendo la propiedad con el pago de un canon ínfimo. Así habían pasado las últimas décadas, tiempo en el que Roberto cultivaba esas tierras casi improductivas y servía como jardinero de las familias vecinas.

Los herederos del general Pulido tenían un estrafalario sistema de administrar sus propiedades porque, como vivían acosados por la iliquidez, vendían pequeños lotes de terreno para atender sus necesidades más apremiantes. Pero, generalmente, no protocolizaban las ventas y, dentro de un galimatías incomprensible, casi siempre alegaban que el dueño del segmento vendido era un hermano diferente al que había hecho el negocio.

Aquel estado de cosas generó una particular inestabilidad en los derechos de propiedad de la zona, que se convirtió en un rompecabezas en el que los terrenos debían ser imaginariamente trasladados para coincidir con el derecho que alegaba cada uno de los hermanos.

Uno de éstos era el que mayores dificultades generaba porque nunca estaba de acuerdo con lo decidido por sus hermanos, y ocupaba su tiempo en tomar medidas para objetar las decisiones de los otros. Pero, era tan avaro, que no contrataba a quien le ayudara a hacer las mediciones, de tal suerte que su método era contar los pasos que había entre un punto y otro y completar las medidas en cuclillas, palmo a palmo. Además, durante las noches intentaba cambiar los mojones que alinderan los territorios y tumbar las cercas más frágiles para confundir los límites de las propiedades.

Con la muerte de Roberto el asunto adquirió unas características dramáticas. Como desaparecieron las personas que habían iniciado la relación de trabajo bajo el principio de la confianza, los herederos del jardinero y los del general Pulido desconocieron los derechos opuestos y se enfrascaron en un pleito de nunca acabar.

Los Pulido enviaron al avaro agrimensor para que notificara a los sucesores de Roberto que debían desocupar su propiedad, pero fue rechazado con altanería por todos los presentes y lo hicieron alejarse con el rabo entre las piernas mientras uno de ellos le gritaba:

-Si vuelve por aquí, a usted es al que la vamos a tomar sus medidas para cavarle la tumba.

Los Pulido intentaron una acción de desalojo con el alcalde menor de la localidad, pero cuando éste se dio cuenta del inmenso problema que iba a enfrentar desistió de las diligencias.

Viéndose vencidos, los hermanos resolvieron negociar. Se acordó una reunión en un sitio neutral entre el mayor de los Pulido y un representante de los herederos de Roberto. El lugar que eligieron fue la trastienda de El Porvenir.

El mayor de los Pulido era un abogado que nunca había ejercido su profesión, probablemente en cumplimiento del juramento secreto que le hizo a su presidente de tesis, un compañero de estudios que le ayudó a obtener el título ocho años después de haber terminado los estudios, de que no actuaría jamás ante los tribunales.

El representante de los familiares de Roberto era un hombre tranquilo y de buenas maneras, que había acompañado al viejo jardinero a cultivar esas tierras pobres con un esfuerzo descomunal. Desde niño lo acompañó en las jornadas agotadoras de sembrar, abonar y recoger las cosechas que difícilmente se producían allí, y conoció de cerca al general Pulido a quien recordaba con afecto.

En la trastienda de Juan Timo los voceros de las familias enfrentadas llegaron a un acuerdo razonable que sellaron bebiendo unas cervezas tibias. Fue gracias al buen criterio de ambos y a su honorable proceder que el asunto quedó zanjado. Determinaron que los ocupantes recibirían en propiedad el terreno donde se levantaba la casa y un lote aledaño, y que entregarían el resto de los terrenos a los Pulido. No se firmó ningún documento y pusieron por testigos a María Arcelia y a Martica Perilla, quienes quedaron como garantes del cumplimiento de los pactos.

Aquel día fue de celebración. Los numerosos familiares de Roberto invitaron al abogado Pulido para que compartiera con ellos el festejo familiar, en el que varios nietos del jardinero animaron la tarde con su conjunto de cuerdas y los asistentes bebieron y comieron a jarros llenos.

El avaro agrimensor de los Pulido, que siempre salía inconforme de cualquier arreglo así fuera propuesto por él, y que había observado desde lejos el jolgorio, cuando ya oscurecía decidió tomar nuevas medidas del terreno litigioso para

alegar en contra del compromiso. Volvió a medir con pasos largos los linderos y completó las distancias con las palmas de sus manos; repasó una y otra vez las imaginarias líneas de demarcación, tumbó cercas, corrió mojones y, de tanto ir y venir en la oscuridad cayó en un profundo socavón de los muchos que el general Pulido había abierto buscando el tesoro que, según suponía, el ejército antigobiernista había ocultado cuando salió en retirada durante la última guerra civil.

Pulido resbaló en silencio. Acostumbrado al sigilo y a la oscuridad, contuvo su respiración mientras se deslizaba por aquel agujero inclinado de paredes húmedas y frías. Estaba aterrorizado y llegó a pensar que era el último día de su vida. Entre jaculatorias y maldiciones invocó a su padre, y de manera repentina se detuvo su deslizamiento en esa oscuridad espantosa. Cuando volvió su mirada hacia arriba, alcanzó a ver en la boca del socavón un retazo del cielo estrellado y se tranquilizó.

Durante horas intentó salir del agujero pero las paredes resbaladizas se lo impedían, de manera que esperó hasta el amanecer para dar gritos pidiendo auxilio cuando creía que alguien lo pudiera escuchar. Y, efectivamente, un hombre que pasaba por el lugar, al oír los clamores, se asomó a la entrada del hueco y le ofreció pedir ayuda para sacarlo de allí. Fueron los parientes de Roberto quienes, con lazos y varas, lograron sacar al obstinado inconforme de aquel agujero, donde hubiera podido morir por hipotermia.

Después de aquel accidente, Pulido nunca volvió a intentar nuevas mensuras y, por el contrario, aceptó a regañadientes el arreglo hecho con los herederos de Roberto. Alguna vez que uno de sus hermanos quiso saber los detalles del miedoso incidente, el arrepentido agrimensor le confesó que cuando invocó a su padre, éste apareció en el fondo del socavón y le pidió que no hostigara a la familia del jardinero.

Mi padre me dijo: –contó Pulido - no mortifique a los vivos para que los muertos descansemos en paz.

Quien alertó a los vecinos sobre la presencia de Pulido en el socavón fue Luis Guillermo, un pariente tarambana de Roberto que había llegado a la colina con su madre buscando algún horizonte, pero que se enroló con malas compañías y se dedicó a la juerga y al licor. Como consecuencia de sus andanzas quedó atrapado en los vicios, y terminó huyendo de la casa para vivir en la calle como un indigente. Su madre lo había concebido cuando quedó embarazada de un hombre casado con quien convivió por algunos años, pero al final quedó sola con el hijo. Algunos parientes le ayudaron en su educación durante primeros años pero de nada sirvió. Era un vicioso empedernido y, cuando su situación era peor, se acercaba a los parientes para que le dieran de comer y permanecía merodeando por los alrededores.

Cada día que pasaba era un sufrimiento para la familia, especialmente para la madre quien siempre esperaba lo peor. Pero Luis Guillermo sobrevivía a los peores episodios. Había sufrido varias fracturas y heridas con toda clase de armas. En uno de los peores accidentes, cuando un vecino lo hirió de un tiro de revólver en una pierna porque lo encontró robando en su casa, tuvo que ser hospitalizado de urgencia. El hospital oficial, igual que Luis Guillermo, estaba en la ruina y los pacientes tenían que llevar las gasas para sus curaciones, el alcohol y los escalpelos para las cirugías.

Como el herido no contaba con dinero alguno, para evitar que muriera desangrado varios pacientes le facilitaron las agujas y los hilos quirúrgicos, y una caritativa médica le compró dos bolsas de sangre para la transfusión que debían practicarle.

Cuando Luis Guillermo estaba en capilla para la operación de la pierna, se le acercó un individuo flaco de rostro mortal, quien le ofreció unas prótesis de segunda por si llegaba a necesitar platinas o tornillos cuando le remendaran los huesos.

-¿Cómo, de segunda?, - preguntó extrañado Luis Guillermo.

-Pues, las que recuperamos de los cadáveres, - replicó el individuo que respiraba con dificultad.

Finalmente, sólo tuvieron que enyesarlo y el paciente quedó con el compromiso de cubrir los gastos de la escayola y de la sala de cirugía cuando consiguiera el dinero. Pero, como Luis Guillermo sabía que no iba a cumplir, en un descuido de la enfermera huyó del hospital. De inmediato se dirigió a la casa de Roberto a pedir ayuda porque, según inventó, tenía que comprar una prótesis de segunda y pagar la cuenta del hospital.

Toda la familia se puso en obra y logró la colaboración de algunos vecinos para recolectar una considerable suma. Luis Guillermo tomó el dinero y se largó. Por supuesto, nunca fue al hospital y, como no recibió ningún tratamiento adicional, quedó cojo de por vida. De eso se quejaba cuando les mentía a sus parientes:

- El problema fue que me pusieron la platina de un muerto más pequeño que yo.

Una tarde entró a El Porvenir el agrimensor de los Pulido con intención de compartir unas cervezas. Tomó una mesa, y al ver a Luis Guillermo que

conversaba con el dueño, lo invitó para que lo acompañara. Cuando habían consumido algunas botellas, Juan Timo pidió a Pulido que corriera su vehículo porque iban a descargar unas cajas del camión repartidor. Pulido, sin prevención alguna, le entregó las llaves de su auto a Luis Guillermo para que él lo moviera. Este salió, encendió el vehículo y nunca regresó. Todavía, muchos meses después, Pulido se acercaba a El Porvenir para averiguar si sabían algo del sinvergüenza que le robó el automóvil.

XIII

EL PORVENIR

En las madrugadas de diciembre, que son especialmente frías, una neblina delgada se apodera de las calles, y el rocío matutino hace brillar las hojas de las plantas con una gracia transparente como si tuvieran engarzados cristales diminutos.

En El Porvenir, el olor del humo que sale del horno de leña invade toda la casa, y las ropas, los techos y los muebles despiden el olor seco de la madera quemada. Es la hora de abrir la tienda. En la penumbra de su alcoba, Juan Timo se vistió con pereza y, entre bostezos, fue a quitar las trancas y los candados que protegen la puerta del negocio. Ni siquiera amarró los cordones de sus zapatos y se puso los pantalones sin el cinturón de cuero que usaba siempre. Apenas abrió, una mujer cubierta con un mantón de lana pidió que le vendiera una bolsa de leche y tres panes. Era uno de los clientes habituales a quienes les anotaban en un ajado cuaderno las compras diarias que pagaban al final del mes, y que llamaban a ese negocio “la tienda de los muertos” recordando el apodo con el que los conocían en su pueblo.

Era, la de Juan Timo, una contabilidad simple: A cada cliente le abría una página en la que anotaba y tachaba compras y pagos sin muchas operaciones porque, al final, todo iba a parar a la gaveta donde guardaba desordenadamente el dinero y las facturas.

Con los proveedores de la tienda el asunto era parecido. Cada vez que le suministraban mercancías, Juan Timo pagaba una parte de su valor y la otra quedaba pendiente para la siguiente visita. En definitiva, el negocio se reducía a cuentas por cobrar o por pagar, y en ese oficio transcurrían monótonamente los días de la semana.

Juan Timo pasó a desayunar mientras María Arcelia atendía la venta. La primera comida del día consistía en una arepa grande rellena de queso, y un tazón de café colado con aguapanela, tal como había sido toda la vida porque las costumbres de la familia no habían variado a pesar de los cambios de residencia.

La casa que habitaban era una construcción de dos pisos a medio terminar. En la primera planta, junto a la puerta de entrada, organizaron la tienda; más adentro instalaron la alcoba del matrimonio y, al fondo, al lado del diminuto patio interior construyeron el horno de leña para cocinar los amasijos que fabricaban dos veces por semana. Por una oscura escalera se subía al segundo piso donde acomodaron el comedor, la cocina y dos alcobas más. De allí se ascendía a la azotea en la que había un lavadero y el tendedero de ropas.

Juan Timo y María Arcelia siempre habían tenido el propósito de construir un piso adicional cuando tuvieran el dinero suficiente, pero la idea nunca llegaba a concretarse por las urgencias de vivir al día. Como todas las viviendas de la vecindad, la construcción se había hecho sin licencia oficial y sin las mínimas normas de urbanismo.

En la azotea vivía el perro traído de su pueblo, que ladraba día y noche irritado por el movimiento de ese barrio que él extrañaba. “Rex” hacía parte del coro canino que acompañaba a los transeúntes desde las azoteas, sumado al bullicio de las radios que, cada una con una música diferente, sonaban en las puertas de las casas.

La familia había llegado hacía varios años después de que Juan Timo vendió todas las pertenencias que poseía en su población de origen. Sólo les quedó esa casa en construcción y la tienda, que escasamente les daba para sobrevivir con trabajos. La hija, que esperaba conseguir un trabajo bien remunerado, sólo había logrado emplearse en el servicio doméstico.

El Porvenir tenía una trastienda improvisada donde se reunían, especialmente los viernes por la tarde, los clientes de mayor confianza que departían, casi siempre, al calor de unas cervezas. En esas tertulias el tema más recurrente era el de la política, en el que sobresalían las disertaciones del hijo del doctor Portillo quien por aquella época terminaba sus estudios de abogacía en la universidad nacional.

El doctor Portillo había bautizado a su hijo con el nombre de Ilich en honor de Lenin, pero como se trataba de un nombre de difícil recordación, a fuerza de distorsiones se transformó en Licho, que era como le conocían sus allegados. Era un joven inteligente e intelectualmente inquieto que había abrazado la causa izquierdista más extrema y abogaba por la formación de un Estado comunista capaz de erradicar la injusticia social rampante. Ese era el sentido de sus intervenciones en la trastienda, que sus contertulios escuchaban con atención y que los hacía considerar a Licho como un joven preparado. No bebía ningún licor pero fumaba cigarrillos de una manera compulsiva, y tomaba café tinto todo el día. Era un lector infatigable. Había heredado de su padre una pequeña biblioteca que conservaba con celo y que acrecentaba con libros de política y sociología. Tenía una novia con quien compartía una habitación en una vieja casa de inquilinato, nacida también de una familia provinciana y de ideas tan extremas como las de él

En la universidad, Licho era uno de los líderes más reconocidos. Siempre enfrascado en temas de política, sentaba cátedra en los lugares más insólitos: En la fila del comedor repetía sus argumentos para refutar algunas afirmaciones de

los profesores; sentado en el retrete, discurría para los compañeros que lo escuchaban junto a los orinales de pared, mientras él terminaba las evacuaciones en medio de sus soflamas comunistas; gesticulaba con vehemencia en los descansos de clase; hablaba con reciedumbre en los buses urbanos y, finalmente, reafirmaba sus convicciones en la tertulia de “El Porvenir”. Su novia lo secundaba en todo.

-Este país es tan artificial, - dijo Licho durante una discusión- que hay personas que no pueden bajar de su automóvil se sin descender de estrato.

Otro de los habituales contertulios era Antonio, el hijo de don Abel, quien fuera el profesor de la escuela primaria de Metodio, que ejercía la profesión de abogado en la capital desde hacía varios años. Su principal afición era escribir poesías, y estaba casado con una mujer agria y maniática del orden con quien tenía dos hijas preciosas.

El matrimonio de Antonio no andaba bien porque los temperamentos de los cónyuges eran incompatibles. Él era romántico y afectuoso, mientras que su mujer era pragmática en extremo y entendía su papel de esposa como un permanente sacrificio en el que no cabía ningún placer. Cuando estaban solos, no había diálogo alguno que no fuera el repaso de los deberes cotidianos y la elaboración minuciosa de las cuentas de gastos.

El enamorado esposo pretendía hacer cambiar a su mujer, insinuándole que acudieran a lugares de diversión donde pudieran escuchar música y disfrutar de un ambiente romántico. Ella alegaba que no se podían hacer gastos suntuarios cuando estaba de por medio la educación de las hijas y el pago de los servicios públicos. No obstante, la insistencia de Antonio era tal que ella aceptó la invitación a un bar donde la atracción principal era la música mexicana. Llegaron a una hora temprana que les permitió ocupar el lugar más próximo al mariachi anunciado para

esa noche. El solícito esposo ordenó unas copas de tequila y pasabocas picantes. La mujer, siempre rígida, sacó una libreta de apuntes donde empezó a hacer anotaciones. Cuando Antonio llamó al mesero para pedir cigarrillos importados, ella le increpó:

-¡Ah! ¿Y cómo vamos a pagar el recibo de luz que este mes llegó altísimo?

-Bueno, mi amor, - respondió el buen hombre- mañana miraremos eso. Por ahora escucha esta canción que pedí para ti.

-¡Qué canción ni qué pan caliente! Esto es una irresponsabilidad –concluyó la estricta acompañante.

Antonio, descorazonado, pagó la factura, tomó el abrigo de su esposa para colocárselo sobre su espalda y le dijo con suave ironía:

-Vamos, mi amor. Para hacer cuentas, nos sale más barato sentarnos en la sala de la casa.

Con todo, Antonio no perdía las esperanzas de animar a su mujer para que adoptara una actitud menos áspera, y se las arregló para que lo acompañara en una noche romántica en su propio apartamento. Aprovechó que las hijas pasarían el fin de semana en la casa de la abuela materna, y dispuso los preparativos con el mayor cuidado: Compró una botella de la champaña más fina que pudo; escogió la música más apropiada y, un viernes, mientras ella estaba en su trabajo, cocinó unos espaguetis y acomodó la sala con el encanto de un enamorado. Cuando ella entró, al finalizar la tarde, encontró su casa transformada. La sala estaba a media luz y la mesa del comedor adornada con velas rojas. Antonio, recién bañado, la esperaba con dos copas listas para servir la champaña que se enfriaba en la hielera.

La mujer quedó paralizada. Enseguida se sentó al lado de su marido que hojeaba un libro de versos y fumaba deliciosamente un cigarrillo.

-Buenas noches. Todo está lindo. - le dijo ella con voz entrecortada.

- Oye, mi amor - respondió él, emocionado. Esta noche es solamente nuestra.

Después de permanecer por un tiempo en un silencio indeciso, la mujer dijo de pronto:

-Quiero subir para prepararme. Ya vengo.

-Apúrate para abrir esta botella contigo –le dijo el marido.

Cuando ella subió al segundo piso, Antonio pensó que al fin había logrado interesarla en una jornada amorosa. Estiró las piernas, se recostó cómodamente en el sofá y se puso a cavilar ensoñadoramente.

De repente sintió un estrépito en la escalera. Angustiado, se levantó velozmente sin saber de qué se trataba y corrió hasta el primer escalón, desde donde vio que su esposa bajaba arrastrando la mesa de aplanchar con una mano, con la otra un gran talego de ropa y traía la plancha eléctrica atada al cuello con el cable de conectarla a la corriente.

-Es que voy a aprovechar para aplanchar este ropita mientras escuchamos la música –dijo la insensible mujer.

Antonio apagó las velas, desconectó la radio y se fue a la cama. Al día siguiente inició los trámites del divorcio.

Cerca de El Porvenir vivía un gran escultor que algunas veces, en sus frecuentes caminatas, se acercaba a comprar pasteles de gloria de los que María Arcelia horneaba los jueves. Eran ocasiones en las que conversaba con la dueña de la tienda acerca de los sucesos cotidianos.

El maestro era un hombre de aspecto huraño, pero con un alma tímida y noble, que había llegado a vivir a la colina porque amaba la naturaleza y la soledad. Compró al general Pulido unos terrenos y restauró con un gusto extraordinario la casa de campo que allí existía, sin lujos ni excentricidades. Junto a la casa pintada de blanco construyó su amplio taller iluminado con luz natural.

Tenía ya ochenta años, pero revelaba una edad mucho menor porque era un trabajador incansable. Desde las primeras horas de la mañana se dedicaba con todo rigor a diseñar sus obras en maquetas de cartón, que luego convertía en esculturas de hierro oxidado.

Después de muchos años de búsqueda había encontrado la figura geométrica del rombo como la base de su estética y, a partir de ese hallazgo, todas sus creaciones estaban compuestas de rombos que, colocados de varias maneras, le permitían idear las formas más diversas.

Su mayor lujo era el jardín que siempre cultivó con Roberto, adornado con numerosas esculturas oxidadas con la paciencia de los sietecuecos y los saúcos que crecían a su alrededor. Y, aunque era un renombrado artista, su forma de vida

era sencilla y no demostraba vanidad alguna. Vivía modestamente, comía con frugalidad y todo a su alrededor estaba revestido de su estilo sobrio.

En sus conversaciones con Roberto, el escultor le hacía repetidas preguntas sobre el comportamiento de las plantas y los cuidados que debían dárseles. Eran diálogos de dos hombres de pocas palabras que habían pasado toda su vida en la búsqueda de la belleza. Cuando Roberto murió, el gran artista construyó la escultura Homenaje Floral, que puso a oxidar en el epicentro del solar surcado de árboles.

Tenía, el maestro, un mecanismo de defensa para impedir que alguien invadiera los dominios de su timidez, y era posar de enfadado. Era tan evidente su estrategia que, cuando su actitud no asustaba, pretendía lograrlo con sus propias palabras.

-No me contraría porque me pongo furioso- decía en esas ocasiones.

Nunca se había casado. En los últimos años vivía acompañado por una mujer y su pequeño hijo, quienes atendían las labores domésticas. Además, le servía de chofer el hijo de otra antigua empleada que resolvió seguir acompañándolo durante largos años. Era, esa, su familia íntima. Él se comportaba como padre y abuelo con todas las características peculiares de esas condiciones: Regañaba por el desorden y los olvidos; consentía al pequeño, a quien la fabricaba juguetes de cartón que éste despedazaba sin entender lo valiosos que podrían ser, y compartía los viajes a su pequeña propiedad rural, ubicada en una población de clima medio.

El maestro se sorprendió cuando María Arcelia contó que, ella y su familia, provenían de la misma región de donde él había salido muchos años atrás buscando abrirse camino en el mundo. Esa mañana compartieron añoranzas de la

ciudad mitrada, de donde eran oriundos, y él relató episodios antiguos de su familia.

Sus antepasados tenían, como muchos de los viejos lugareños, un carácter fuerte. Su abuelo materno había sido un hombre rico pero, como secuela de las guerras civiles del siglo diecinueve, se había arruinado y quedó con cuantiosas deudas. Tomó la drástica decisión de pagar con su trabajo hasta el último centavo y, mientras eso no ocurriera, calzaría alpargatas de lona. Por eso, durante largos años, sus coterráneos lo vieron andar con el impecable calzado de tela blanca hasta cuando logró saldar completamente su pasivo. El padre del escultor había sido un orfebre de excepcional talento y maestro de todos los plateros de la región de quienes, hoy, hijos y nietos conservan los talleres.

El gran escultor, que viajó por el mundo entero exponiendo sus obras y se cultivó con las lecturas y el trabajo, tenía una filosofía que expresaba en conceptos de sabia simplicidad. Una mañana, cuando María Arcelia le preguntó cómo se podía lograr la felicidad, él le contestó sencillamente:

-La felicidad es sentirse contento con lo uno que tiene.

Cuando murió el maestro, después de un fatal infarto coronario, ocurrieron lamentables sucesos a causa de su fallecimiento. Él, que había sido generoso y desprendido de las riquezas materiales, dejó unos herederos que sólo se ocuparon en aprovecharse del legado, sin respeto a su memoria.

La blanca casa que el maestro había querido dejar para un museo financiado por los réditos de sus creaciones, fue puesta en venta apenas ocurrió su muerte. Y los legatarios, contrariando altruistas disposiciones testamentarias, se dedicaron codiciosamente al cobro de los derechos de autor.

Menos mal – dijo Licho en la trastienda de El Porvenir – el maestro no tendrá el disgusto de ver cómo feriaron su legado.

Todos los familiares de Juan Timo se llenaron de optimismo cuando supieron que Arcelia, la madre de María Arcelia, había heredado una casa por la muerte de su hermano Isidro Manuel, y resurgió en ellos la idea de montar la gran panadería con la que habían soñado toda la vida. Después de un año de averiguaciones, y luego de preparar el viaje para apersonarse del asunto, la heredera viajó a su pueblo para adelantar las diligencias del registro de su propiedad y ponerla en venta.

Los clientes asiduos se fueron enterando en las conversaciones cotidianas del afortunado suceso, y todos hacían votos para que se pudiera cristalizar esa idea acariciada largamente. Fue en la época en que Silvia de Moreno esperaba sin ansiedad a su antiguo amante y malgastaba el tiempo con las historias que contaban los clientes de Juan Timo. En esos días fue cuando llegó a la tienda Julio Eduardo Briceño, no con la resea de las noches sin fin en la casa de Marina, sino con la pena de la muerte de Jaime. Fue el tiempo del escándalo periodístico del magistrado Román y de la frustración de sus acusadores. Fue cuando Martica Perilla informó alarmada a todo el vecindario el accidente en que murió el saludador-

Al cabo de varios meses, Arcelia llegó con noticias alentadoras. La casa que había heredado tenía varios compradores, y era probable que en poco tiempo se supiera de su venta, según debía informarle el pariente que quedó comisionado para concluir la negociación.

Mas sus informes de la familia que quedó en el pueblo no eran gratos. Aunque todo parecía estancado en el tiempo, le parecieron descaecidas las casas y pequeños los espacios. Le dio pesar encontrar a la señorita Virginia agobiada por una decrepitud avanzada, y a la hermana de Engracia sumida en la tristeza de una soledad irreparable.

El caso más triste era el de Metodio quien, alcoholizado y casi ciego como secuela de la diabetes que padecía desde hacía varios años, vivía en la casa familiar solamente acompañado por una de las viejas sirvientas de Engracia. Permanecía mucho tiempo en la vieja mecedora de don Timoleón recordando su vida pública y doliéndose de los estragos de su familia, entre el sopor del aguardiente y la intrusión de la pobreza que lo iba royendo todo a su alrededor. Había ganado una inmensa gordura que lo obligaba a moverse con pesadez y, cuando pasaba de un sitio a otro ayudado por su bastón de cañaguate, iba tumbando torpemente las pocas cosas que quedaban en pie, detectando con vacilación el piso por donde caminaba hacia ningún destino.

Metodio fue derrotado varias veces en las últimas elecciones y perdió casi todo el capital en sus desafortunadas campañas políticas. Cuando lo abandonaron sus amigos, resolvió vivir permanentemente en su pueblo entregado al licor y a los excesos.

Martica Perilla le contó a Juan Timo que un panadero vecino estaba vendiendo dos buenos hornos de panadería, y que lo iba a poner en contacto con él para que negociara su compra. Juancho Páez, por su parte, se ofreció para diseñar las adecuaciones y dirigir las instalaciones eléctricas para la ampliación del negocio y, así, cada vecino aportaba una idea para alcanzar el sueño familiar de la empresa panadera.

Las tertulias de los viernes se hicieron más concurridas y parecía asomar una prosperidad repentina en El Porvenir. Además, por el carácter amable de los dueños y su dedicación al trabajo, el negocio era un sitio de referencia obligada en el barrio.

Se supo que Licho y su novia habían desaparecido repentinamente. No volvieron jamás a “El Porvenir” y Antonio, tratando infructuosamente de localizarlos, fue en su búsqueda hasta la casa donde vivían en una pieza alquilada.

- De aquí se fueron y no dijeron para dónde – dijo la dueña de la casa -. Así son los estudiantes, - concluyó

Licho y su novia habían ocupado un cuarto de esa casa destinada a alojar estudiantes. Era una antigua edificación de dos plantas con numerosas habitaciones y un patio central adornado con un brevo y dos matas de cananga que perfumaban los corredores.

La dueña, una mujer viuda, vivía de los arriendos que, con dificultad, pagaban los estudiantes. A algunos les suministraba las comidas del día, y en la preparación de los alimentos y el arreglo de las habitaciones empleaba la mayor parte de su tiempo. A pesar de lo poco que pagaban los huéspedes, se esmeraba por atenderlos lo mejor posible por el pesar que le causaban esos muchachos que venían a estudiar alejados de sus familias y con tantas privaciones. Pero, también, era víctima de las picardías de algunos que se aprovechaban de su bondad para huir sin pagar las cuentas.

La buena mujer relataba con frecuencia el caso de dos hermanos que vivían cambiando de pensión con una farsa ideada para vivir de gorra. La estrategia consistía en permanecer viviendo y comiendo hasta cuando les exigieran el pago

de lo que debían y, entonces, una día cualquiera llegaba un supuesto policía con una orden de captura para sacarlos con todas sus pertenencias.

Por informaciones de varios compañeros de universidad se pudo saber que Licho y su novia se habían incorporado a un frente guerrillero. Nunca más se tuvo noticia de ellos. Antonio, que había cultivado una amistad entrañable con la joven pareja, recibió la noticia con la tristeza de haber sufrido otro revés en su vida y se dedicó a escribir febrilmente poesías durante semanas enteras.

En El Porvenir seguían pasando los días con la monotonía del trabajo y los oficios domésticos, que empezaban los sábados de madrugada cuando se hacía el mercado semanal y María Arcelia y su madre, antes del amanecer, salían en el viejo carro que contrataban para ir a la plaza de mercado.

El mercado tiene un encanto inesperado. En el inmenso patio donde se apostan los vendedores de flores, el espacio se llena de los infinitos colores, perfumes y formas de las especies ofrecidas por los mercaderes. En el interior de la edificación, ordenados por secciones, están todos los productos imaginables para el consumo. Es tal la variedad de frutas que, simplemente exhibidas, constituyen un espectáculo multicolor digno del mejor pintor. Hay legumbres de toda clase; enormes refrigeradores repletos de carnes y pescados; cestería de lejanas regiones; pájaros vivos; quesos; embutidos y yerbas medicinales anunciados por hombres y mujeres, que parecen felices en aquel barullo de comerciantes y compradores aturridos por la guachafita del regateo. María Arcelia y su madre gastaban toda la mañana en escoger lo mejor de cada cosa, embebidas en esa labor que les renovaba la añoranza de su tierra.

-Tenemos que cumplir la promesa al Señor de Monserrate – repetía Arcelia en las reuniones familiares.

Era porque, la familia, había ofrecido subir caminando el cerro de Monserrate para dar gracias al Señor Caído por los favores recibidos durante el tiempo que habían vivido en la capital. Pese a todo, tenían una vivienda propia, salud y trabajo, y la familia estaba rodeada del aprecio de sus vecinos.

Arcelia quería agradecer, sobre todo, el beneficio de la casa de sus padres, que ahora recibía después de que Isidro Manuel, que en paz descanse, la había conservado durante años para educar a sus hijas con el producto del arriendo. Con todo, le aterraba pensar que casi todos estaban muertos y que, con la venta de la última propiedad que le quedaba en el pueblo, se desprendía de él como un barco que zarpa lentamente.

Eran días de zozobra en la capital de la república por los terribles ataques que el narcotraficante Pablo Escobar hacía contra edificios públicos, centros comerciales y vías públicas con el fin de aterrorizar a la ciudadanía y someter al Estado, para evitar que fuera perseguido por las autoridades. Hacía poco, el perverso criminal había hecho explotar un avión de Avianca en pleno vuelo para atacar contra un candidato presidencial quien, providencialmente, no abordó la nave. En el infame atentado cayó un centenar de inocentes ciudadanos.

Ese domingo, cerca del medio día, cuando Antonio descendió de la buseta de servicio público para encaminarse a El Porvenir, oyó un estruendo que hizo vibrar el suelo y vio en la distancia una nube de humo que ascendía al firmamento como un hongo gris. Con el retumbar de aquel fenómeno corrió por su cuerpo un escalofrío de terror.

- ¡Fue un bombazo! – gritó alguien en la calle.

- ¡Nos están matando! – exclamó, suplicante, una mujer que corría con su cabellera desordenada por el viento.

Antonio pensó en regresar, tratando de evitar el peligro, pero la curiosidad se lo impidió. Caminó atónito entre las gentes que corrían de un lado a otro de manera alocada, y a medida que se acercaba al lugar donde ocurrió la explosión, su corazón se aceleraba por la angustia. No supo cuánto tiempo transcurrió porque todo a su alrededor parecía girar en un inatajable torbellino.

Se acercaba a la tienda de Juan Timo, pero ya era casi imposible caminar por la cantidad de curiosos que salían a borbotones de todas partes. En un momento aparecieron varios vehículos policiales y, en cuestión de segundos, acordonaron el lugar para impedir el acceso al sitio de la tragedia. Ya Antonio no pudo avanzar y quedó petrificado entre la multitud.

El ruido se hizo ensordecedor por el ulular de las sirenas de las ambulancias que se aproximaban con el resplandor de sus luces intermitentes. La confusión se apoderó de los habitantes del barrio, y en el sitio de la explosión todo parecía arrasado. En las vías aledañas se veían varios automóviles averiados y una motocicleta estaba destrozada, tirada en la mitad de una calle.

Cerca de Antonio pasó un muchacho que informó:

- Allá no quedó nada -

Ante el terrorífico panorama, Antonio fue incapaz de hacer ninguna pregunta y un horrible presentimiento lo sobrecogió. Decidió retirarse del gentío que lo apretujaba y, cuando caminó unos pasos, alcanzó a ver un retorcido aviso de latón que sobre la superficie ennegrecida tenía las letras rojas y verdes de El Porvenir.

Antonio escondió entre sus manos la cara empapada por las lágrimas y se hincó de rodillas, exclamando para sí:

-¡Qué pasó, Dios mío!

- La bomba fue en la “tienda de los muertos” – gritó alguien con angustia.

Después, Antonio anduvo sin rumbo por las calles del barrio porque no podía abandonar el sitio sin estar seguro de lo que imaginaba. Tampoco había manera de llegar hasta el lugar de la tragedia.

Durante un tiempo imposible de precisar estuvo sentado en un andén, sin escuchar ni ver nada de lo que ocurría a su alrededor. Se había consumido en el sopor de la desesperanza y su mente parecía flotar en el espacio sideral que no tiene sonidos.

De pronto oyó los gritos de una voz que creía reconocer. Mas, podía ser una alucinación porque en esos momentos surgen imágenes impensadas. Pero era verdad:

Corriendo por la mitad de la calle venían María Arcelia y su madre preguntando desesperadas qué había ocurrido. Y, más atrás, Juan Timo caminaba apresuradamente tomando de la mano a su hija.

-¡Antonio!, ¿qué pasó? – gritó María Arcelia.

Y él, sin decir palabra alguna, se abrazó fuertemente a ella con un llanto incontenible.

Cuando pudieron acercarse, después de explicar a los policías que ellos eran dueños de una de las casas averiadas, observaron el desastre: Su vivienda estaba semidestruida: El segundo piso y la azotea, literalmente, habían volado y allí sólo quedaban unas paredes ennegrecidas por el fogonazo de la explosión. Sobre el andén, entre los escombros ennegrecido, estaba intacto el retrato de don Timoleón que Juan Timo siempre conservó colgado en su alcoba.

Pero, gracias al Señor, todos estamos vivos -dijo María Arcelia.

La noticia del desastre recorrió el barrio como el viento. Al enterarse, Martica Perilla tomó el teléfono y llamó a cuantos amigos pudo para ponerlos al corriente, sin saber todavía los detalles de la catástrofe. De inmediato partió para la tienda de los muertos.

Ya en el atardecer, el sector recobró la calma y la familia de Juan Timo examinó los estragos que produjo la explosión tratando de averiguar su causa. Claramente se veía que todo había ocurrido en el segundo piso donde funcionaba la cocina.

Los efectivos del cuerpo de bomberos concluyeron que la causa del desastre había sido el estallido de la bombona de gas de la estufa. Fue cuando recordaron que Juancho Páez se había quedado esa mañana en El Porvenir tomando las medidas para las nuevas instalaciones, mientras ellos salieron a cumplir la promesa al señor de Monserrate, y se aterraron de que pudiera haber muerto en la voladura. Pero no había huellas de sangre ni indicio alguno de un cuerpo destrozado.

Entretanto, fueron llegando los amigos más cercanos de la familia: Martica Perilla entró con los brazos en alto rezando jaculatorias; la seguían los hijos de Roberto que caminaban en silencio, demudados; Silvia de Moreno llegó acompañada de su amante lejano vestida de un luto impenetrable; Julio Eduardo Briceño se acercó

con Marina que, aterrorizada, lo tomaba del brazo; el doctor Blanco apareció acompañado del auxiliar del Tribunal Supremo que nunca pudo pensionarse; la empleada del famoso escultor trajo una cruz de hierro oxidado para colocar en las ruinas, y el avaro agrimensor de los Pulido se apostó a prudente distancia junto a los enigmáticos hermanos del saludador que murió por amor.

Cuando Juancho Páez llegó preguntando qué había ocurrido, muchos los miraron con disgusto porque colegían que él fue quien dejó abierta la llave del gas que desató la conflagración, cuando el combustible penetró en la alcoba donde estaba encendida la lámpara votiva de María Arcelia.

- ¡Pues que estalló la bombona de gas! – le dijo la hija de Juan Timo con voz de reproche.

- ¿Cómo así? – preguntó Paéz con expresión de estupidez.

El último en llegar fue Rex, el pobre can que salió proyectado desde la terraza a tres cuerdas de distancia, y deambuló aturdido por el barrio toda la tarde, chamuscado y cojeando de una pata.

También se acercaron los clientes habituales, los vecinos anónimos y los curiosos sin oficio, y se congregó una multitud silenciosa frente a lo poco que quedaba de El Porvenir. Y, de manera prodigiosa, se fueron encendiendo velas entre todos los presentes que formaron un círculo luminoso alrededor de Arcelia, quien portaba la cruz de hierro fabricada por el famoso escultor.

Alguien entonó el rezo del rosario a la virgen, repitiendo la versión de los misterios que Engracia rezaba todas las noches entre instrucciones y reclamos, y los presentes respondieron en un coro resonante las oraciones muchas veces recitadas.

Cuando terminó la plegaria, Arcelia alzó la cruz metálica y dijo:

-Demos gracias a Dios porque, a pesar de que todo lo perdimos, aun nos queda intacto el porvenir.

FIN